

La gramática de la opresión

© 1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2011
© 1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019
© 2.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019

© Alexander Torres Iriarte
© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212)7688300 / 7688399.

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Edición: Ángel Cristóbal García
Corrección: José Jenaro Rueda
Diagramación: Vilma Jaspe

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-4557-9
Depósito legal: DC2019001347

Torres Iriarte, Alexander, 1971-
La gramática de la opresión / Alexander Torres Iriarte.
--Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2016. --246 p.

ISBN: 9789801445579
DL: DC2019001347

1. Venezuela --Historiografía. I. Título. II. Serie.

987.00722
T693

Alexander Torres Iriarte
**La gramática
de la opresión**


ELPERRO
yLARANA

*A las memorias de Alexander José y Sarai Alejandra...
mis angelitos que ya son luz.*

PRESENTACIÓN

Esta compilación de ensayos históricos e historiográficos la entendemos como una clarinada para repasar aspectos neurálgicos de la historia nacional, a la vez que un llamado de atención: que la ciencia de Clío es más que el lenguaje de los muertos, es la esperanza de los vivos. Si el lector después de recrearse en su contenido lo visualiza así, entonces estaremos agradecidos. Somos del pensar que muchos de los mayores estuvieron en lo cierto, que para edificar un país, además de amarlo, se requiere lo que en su momento Enrique Bernardo Núñez denominó “pasión de actualidad”.

La historia nunca es neutra y eso es lo que queremos demostrar en “La gramática de la opresión”. Viene a lugar, entonces, abrir estos escritos con una reflexión titulada como el libro todo, que haga hincapié en nuevas miradas que desmonten el paradigma histórico-cultural dominante venezolano; modelo de vernos y entendernos que ha conspirado contra los poderes creadores del pueblo.

“El oro de la discordia” se plantea dar respuesta a una interrogante de gran trascendencia: cómo los conquistadores, sedientos de oro, no lograron atinar en el misterio de nuestra gente. “El oro de la discordia” nos ilustra sobre los nuevos doristas; esos que, emulando los invasores de ayer, poseen una mentalidad de saqueo, de lucro y de fortuna sin esfuerzo, sin compromiso por el país y su cultura.

“Más que una fiesta” escruta la significación política del Movimiento del 28 en el marco de la férula gomecista. Este trabajo llama la atención sobre los estudiantes que han jugado y juegan un rol cardinal en nuestra evolución sociohistórica. Como élite política, más que generación emancipadora, el movimiento estudiantil de 1928 dejó una huella en el país contemporáneo.

“¿El otro salvaje?” emplaza a la discusión sobre la manera hispanocéntrica como a comienzos del siglo xx fueron evaluados los aborígenes en las voces de Mario Briceño Iragorry y Carlos Siso, así como también de la mirada rescatadora de Mariano Picón Salas, quien encontró “afinidades misteriosas” en los indígenas, dignas de ser estudiadas para acercarnos a la complejidad de nuestro tejido sociocultural.

La novela es un recurso de gran importancia para el estudio de la historia doméstica. Por ello, “Cumboto o la heredad negativa” explora la óptica de la negritud en Cumboto de Ramón Díaz Sánchez, enfatizando el discurso racista subyacente, –a través de Natividad, su personaje principal– pese a ser una obra de factura universal, referencia obligada de la literatura negrista del continente.

“Bolívar poliédrico” busca caracterizar la figura, siempre polémica y multifacética, del Libertador. El propósito es convidar a la relectura de la vida del hombre grande, líder indiscutible de la independencia, por cinco vertientes autorizadas que nos enfatizan a un mantuano universal de indiscutible vigencia.

“Entre libertadores te veas” examina un problema historiográfico de gran interés: los sucesos del año de 1812 entre Bolívar y Miranda. Explicar por qué el Precursor fue entregado a Monteverde y sus intrínquilis es la meta del escrito. Se replantea así un “nudo historiográfico” que siendo de difícil resolución, nos señala que los hombres-nucleares fueron humanos, con sus virtudes y defectos, simplemente humanos.

La independencia como problema de estudio e investigación encierra gran dificultad temática por estar consustanciada, en gran medida, con nuestra fundación republicana y con el origen de la historiografía venezolana. Puntos de vista muchas veces irreconciliables, están presentes sobre un asunto que gana cada día mayores horizontes interpretativos y curiosidades indagatorias. Positivistas, marxistas y revisionistas evaluarán la emancipación, sin descuidar el avance de la ciencia histórica y sus particulares intereses políticos. Aprovechando las celebraciones de los bicentenarios de tan definitorio proceso para la América entera, intentamos desempolvar aspectos básicos de la independencia a la luz de los estudios históricos en Venezuela, enfatizando tres elementos fundamentales. “De la traición española al deseo de libertad” es una invitación a ver la independencia como un proceso inconcluso, cuyos claroscuros todavía nos persiguen.

“Afán de comprender” pasa revista sobre qué son la historia, la cultura y la región en importantes pensadores venezolanos. Pone en su justa dimensión el sentido de la historia como instrumento para generar conciencia social y nos apunta la necesidad de entender nuestras identidades culturales, regionales y locales para ser un

gentilicio más fuerte y avanzado. “Afán de comprender” nos llama a indagar sobre las brújulas de nuestros abuelos; esos venezolanos que indiferentes a la inquina y la inmediatez estupidizante, robaron tiempo a sus familias y apremios económicos para indicarnos —cada uno a su modo, equivocados o no— los cauces del pensamiento nacional.

Problemas que a primera vista no tienen relación, pero que aguzando la vista nos avisan que el gran tópico es Venezuela. Advertimos que pese a tratarse de ensayos bien diferenciados, su hilo conductor es la ruta de lo nacional; momentos, procesos y lecturas de nuestro transcurrir que han marcado y marcan nuestro *carácter* de pueblo. El tema que nos cita es la Venezuela profunda, Venezuela que quiere alcanzar rango histórico de patria en un mundo de globalización antinacional; una Venezuela decidida a ser libre y soberana plenamente. Y en este panorama la historia, como discurso de liberación, más que gramática de la opresión, es instrumento estratégico para soltar las amarras de la ignorancia, yugo más poderoso que la fuerza física, como dijera en su momento el *hombre diáfano* de América.

CAPÍTULO I

La gramática de la opresión

CINCO NOTAS PARA UNA REFLEXIÓN
HISTÓRICO-CULTURAL EN UNA
VENEZUELA EN TRANSFORMACIÓN

A MODO DE INTRODUCCIÓN

La historia, cualquiera sea el concepto que tomemos, envuelve varios significados en los que la idea de ciencia se acompaña de la idea de conciencia, donde el hombre y la mujer, artesanos de sus destinos, están claros sobre el papel que deben jugar como actores sociales. El nombre de la historia es tiempo y su apellido es espacio pero no una temporalidad y espacialidad dividida como el pensamiento binario nos acostumbró, sino como síntesis de un ser humano justificando su existencia, sintiéndose y entendiéndose como dueño de su futuro y el de sus iguales. La historia, además de ser lo antes mencionado, es una potente arma política¹. La historia es instrumento para transformar lo establecido, la química más peligrosa del intelecto, como un pensador del siglo XIX llegó a decir. Conviene preguntarse cuál ha sido la historia que ha reinado en Venezuela; una historiografía oficial que, pese al trabajo tesonero de algunos historiadores, inculcó en muchos venezolanos un sentimiento de minusvalía difícil de erradicar. Quienes se han erigido con esta historia asexuada y de neutralidad axiológica han negado

1 Si somos más acuciosos notaremos que el problema de la política no es la política misma, sino su núcleo fundamental: el poder. Poder, en cualquiera de sus acepciones, implica correlación de fuerzas entre los actores sociales —clases, partidos políticos, grupos de presión, élites, etc.— que constituyen el conjunto social. El poder político, específicamente, son esas relaciones sociales por medio de las cuales se imponen unos “objetivos” determinados a la sociedad y unos medios de acción para realizarlos. El poder político como expresión de la complejidad social es siempre asimétrico y dinámico, lo que nos hace sospechar en que quienes se empeñan en decir que la sociedad es armónica e inmutable, alejada de cambios y rupturas, tienen intereses abyectos. Por otro lado, el poder político se comporta como una divisa de intercambio social, es decir, así como en la economía hacemos transacciones de bienes y servicios por dinero, en política se realizan pactos y alianzas en los cuales los hombres y mujeres cumplen responsabilidades y, muchas veces, adquieren privilegios. Sin lugar a dudas, una de las características más polémicas del poder político es su carácter mediador. Es decir, el poder político se vale de “aparatos” que hacen uso de recursos y objetivos para alcanzar metas muy concretas. Lo que nos hace suponer que de estas instituciones sociales es el Estado el que juega un papel de primer orden.

permanentemente la presencia de las rupturas, los movimientos y los factores que necesariamente generan cambios sociales. La historia dominante distorsiona y mutila la realidad, encubre y prepara el camino para la vergüenza étnica y la dependencia de intereses extraños.

Por su parte, el término cultura encierra gran dificultad conceptual. Ni siquiera la *izquierda* ha escapado del discurso ilustrado, propio del siglo XVIII, para referirse a la cultura como sinónimo de las Bellas Artes. Es la aristocracia europea contemporánea quien prende esta concepción exclusivista de referir cultura a la filosofía, al arte y a las letras. En el siglo XIX se acentuará esta interpretación intelectualista con el repunte de los movimientos nacionalistas y el romanticismo del “espíritu popular”. Sin embargo, quien puso orden sobre tan vago término fue el inglés Eduard Taylor, quien, aun cuando hacía un avance teórico, obviaba la singularidad, la heterogeneidad y la interacción cultural.

La cultura se relaciona con procesos significativos del sujeto—que ve, siente, interpreta, actúa— en su realidad social. Las producciones de sentidos, las simbolizaciones, las normas, las cosmovisiones, los códigos, etc., van dando como resultado una práctica social muy específica que modifica o ratifica los patrones de comportamientos. Por eso la cultura es histórica, es intercambiable, es dialéctica, es producto y factor a la vez. Por eso, además, no puede ser el mero reflejo de las condiciones sociales de los grupos; no es un fenómeno simplemente superestructural.

Antonio Gramsci fue quien mejor explicó la relación entre cultura y política. Estuvo consciente el pensador italiano de que en gran medida, el dominio de los bloques hegemónicos partía de que las clases subalternas hacían suyos los intereses de las clases altas. No podían escapar de la “seducción cultural” de ser el otro, el opresor. Determinó cómo lo ideológico y lo cultural tienen una función práctica. Que lo popular no es una esencia inmutable ni es popular porque venga del pueblo, sino por la manera como se relaciona con lo dominante. Lo que es innegable—lo dice García Canclini— es que no existe ninguna cultura popular autónoma, auténtica y completa, exonerada de las relaciones de poder y dominación cultural. Aquí está la clave: es la representatividad cultural, la manera de vivir y pensar de los sectores subalternos donde radica

lo popular. De allí la importancia de cambiar las relaciones desde lo micro, desde la cotidianidad, desde lo comunal.

Consideramos pertinente realizar una reflexión sobre lo que hemos denominado, sugerentemente, *la gramática de la opresión*, para enfatizar la necesidad de nuevas ópticas, de dispositivos emergentes y alternativos; para analizar el paradigma² histórico-cultural dominante venezolano para evaluar nuestra realidad e ir cambiándola mediante la acción y reflexión permanentes.

2 En este breve ensayo lo utilizamos con el sentido que le dio en su momento Thomas Kuhn, como ese entramado de creencias y preconcepciones que sirven de “filtro” para interpretar nuestra realidad. Los paradigmas sufren cambios que están íntimamente en sintonía con la profundización del conocimiento científico y las rupturas epistemológicas.

I. ELLOS... EL OMBLIGO DEL MUNDO

Arrancamos con parte de la respuesta que da Arturo Usler Pietri ante la sensible pregunta: ¿Qué celebramos el 12 de octubre?, para que nos demos cuenta cuál es la orientación del paradigma historiográfico dominante venezolano:

Pero también, desde luego y ante todo, el 12 de octubre es el día cargado de destino en que Cristóbal Colón y un puñado de españoles incorporaron la tierra americana a la historia universal, y comienza el prodigioso esfuerzo de la conquista y colonización de un vasto continente y la creación de una nueva sociedad original que va a hacer sentir su presencia en todos los órdenes de la creación humana. Todo esto, y mucho más, significa esa fecha incomparable y la hazaña española que iba a transformar en todos los sentidos la historia de la humanidad (1992:107).

La religión católica sirvió la mesa para la explotación europea sobre los nuevos territorios de ultramar en el siglo xv. Con el pretexto de la implantación del catolicismo se diezmaron las poblaciones autóctonas. La Iglesia contribuyó con el “lavado de cerebro” de los dominados sin desconocer, por supuesto, la tesonera labor de algunos misioneros sinceramente convencidos de que venían a esta tierra a traer la Buena Nueva. Pese a la argumentada crítica a una Iglesia católica complaciente con el Estado español, no podemos negar su contribución en la defensa de los indígenas. No olvidemos que son precisamente los misioneros quienes denunciaban los desmanes de sus paisanos. Un caso excepcional fue el de fray Bartolomé de las Casas en su obra *Historia de las Indias*, quien al ver el exterminio de la isla La Española dejó caer un juicio tan desgarrador como verídico. Sobre la interrogante de la evangelización del indígena, dirá: “Ya no había a quien convertir ni predicar, si no era a los pájaros y a los árboles”. Solo exterminio, nos acotaba (Morales, 1994).

Desde el proceso de colonización comienza a edificarse el complejo de inferioridad del americano, a la vez que la presunción de que solo Europa tiene historia y que esta es “universal”. Ni Hegel ni

Marx pudieron escapar de este prejuicio. Intelectuales y filósofos del siglo XVIII se dieron a la tarea –partiendo de sus reconocidas reputaciones y credibilidades– de justificar la dominación europea en América. Buffon sostuvo que hasta los animales que habitaban en el Nuevo Mundo no solo eran diferentes, sino inferiores a los del Viejo Mundo. La hostilidad de la naturaleza americana era la causante de tanto atraso, incluyendo el de sus habitantes. Raynal, con esta misma orientación, aseveró que en América tanto los hombres como los animales eran unos “infantes permanentes”. Esto se lee como que los americanos eran unos niños y, cuales menores de edad, debían estar bajo la tutela de los hispanos. Corneille de Pauw fue mucho más lejos; para este prusiano radical los americanos eran unos “degenerados” física y mentalmente por culpa de un clima poco bondadoso para los mamíferos en general.

Ante estas groseras afirmaciones, algunas voces se hicieron sentir, como por ejemplo la de fray Servando Teresa de Mier, quien defendió una América realmente distinta. Estos son algunos antecedentes del eurocentrismo racista y excluyente que todavía nos persigue.

Existe una interpretación sociorracial hegemónica de la historia venezolana. Tanto la escuela como los medios de comunicación de masas tienen una seria responsabilidad. La situación se torna más grave cuando presenciamos una muestra significativa de textos escolares que afianzan el colonialismo cultural. La historia dominante –de clara estirpe etnocéntrica– arranca desde el mismo momento de la conquista; proceso violento que inoculó en el indígena y en el negro su condición de “malas razas”, de hombres “étnicamente inferiores”. Esta lectura tendenciosa de la historia –no exclusiva de nuestro país, por cierto– ha tenido y tiene vara alta en las academias y universidades venezolanas. Aquí cabe esa inaceptable expresión de “Descubrimiento de América”, paulatinamente desplazada por “Resistencia Indígena”. Suponer que se es “descubierto” es asumir que Europa –o cualquier centro de poder– es el eje del mundo, el ombligo de la “historia universal”; y los demás, pueblos ahistóricos y salvajes que deben ser civilizados por cualquier medio. Así, la expoliación, el genocidio y el ecocidio se disfrazan de acción humanizadora, de catolicismo, de pensamiento occidental. Por eso indígena es sinónimo de “irracional” y negro de “primitivo”, negando de antemano nuestro pasado

mestizo, en el cual los autóctonos y negroides tienen una presencia determinantes.

Para el eurocentrista existimos gracias al Viejo Mundo. Nuestra mismísima historicidad está condicionada por la historia europea. En este sentido, el eurocentrismo —con sus portavoces en los países neocolonizados— asumen que la historia de Venezuela debe tener la misma periodización de Europa. Lo que se traduce no solo en un desacierto teórico-metodológico, sino en la adscripción servil al evolucionismo seudocientífico que nos quiere vender un solo modo de ser, una única forma de progreso y desarrollo³.

La mirada europeísta, aún vigente, busca invisibilizar al indígena, al negro y al mestizo en el ayer colonial, y sirve de pábulo ideologizante para la *negación-del-otro* en una actualidad de grandes conflictos imperialistas: campesinos, cerreros, “tierrúos”, etc., son los nuevos marginados. Por eso es tan pertinente la defensa del carácter pluriétnico y multicultural expuesto en nuestra Carta Magna. Por eso la oportuna lucha del gobierno nacional en los foros internacionales por un mundo policéntrico y diverso culturalmente; vía inteligente y efectiva de propiciar el respeto y la convivencia pacífica.

3 Pero también desprecian —en el campo científico— el papel de la oralidad como fuente de primer orden. El desconocimiento y la invalidez de las fuentes orales en la investigación historiográfico-cultural está enraizada con una dualidad más profunda y que es, en parte, el caballito de pelea del proyecto homogeneizador de ser y conocer: la modernidad. La dialéctica civilización-savajismo y su respectivo correlato documento-voz son las duplas en las cuales se sustenta el paradigma positivista para impugnar las fuentes orales, en una relación aséptica sujeto-objeto. Concebir la idea de que un sujeto puede ser fuente introduce un elemento polémico que desestructura el sofisma científicista, a la vez que amplifica la interpretación de los fenómenos sociales. La oralidad, forma expresiva y fundamental de las comunidades indígenas, se asocia con lo primitivo y lo tradicional y, por ende, es evaluada como una fuente emotiva y nada “seria” por petulantes eruditos; mientras que el documento, instrumento básico del modelo cultural impuesto, se nos presenta como “objetivo” y bastante estable. Así que para la lógica del positivismo y sus deudos académicos, la fuente oral es proclive a la fugacidad, a lo distorsionado, asociada al olvido colectivo; por otra parte, el documento se nos vende como una fuente histórica perenne y siempre confiable. Esta manera, pues, ortodoxa y simplificadora, está siendo rebatida por la teoría y la práctica microhistóricas y en esto la epistemología, la historia, la antropología y hasta la neurociencia tienen mucho que aportar. Lo afectivo no está divorciado de lo cognitivo, nos advierte esta última para terminar de revolucionar el panorama.

II. SOLO LOS VENCEDORES

J. H. Plumb es categórico: el pasado es una ideología creada bien sea para controlar individuos, motivar grupos o “inspirar clases sociales”. Es un hecho incontrovertible: *nada ha sido usado de manera tan corrupta como los conceptos del pasado*. No hay discurso histórico aséptico, puramente cognitivo. Detrás de nuestra interpretación histórico-cultural nacional existen constructos, prejuicios y generalizaciones que han desacreditado la idea de que un pueblo organizado puede dirigir su propio destino. En este sentido, con sus matices y complejidades, nuestra historia es elitesca, es la “peligrosa química” que han producido los grupos de poder para neutralizar el accionar de los colectivos (Torres, 1993).

En el caso específico de la historiografía venezolana podemos palpar que nuestra historia ha sido escrita por la élite⁴, heredera del poderío español en primer momento, metamorfoseada a imagen y semejanza de los blancos criollos. Caudillos, militares y pretorianos, posteriormente, *echaran el cuento a su favor* como nuevas facciones hegemónicas. Después de las transformaciones de la Venezuela contemporánea y petrolera, siguiendo el mismo sentido de discurso justificador, la historiografía será redefinida por la minoría rectora política, cultural y económicamente.

Si observamos con detenimiento la manera de escribir y explicar la historia y cultura domésticas, nos podemos percatar de que nos han introyectado el argumento de que nuestro país es producto de la edificación de “grandes hombres” que erigieron las bases de la nacionalidad⁵. Conquistadores, viajeros de indias, gobernadores, cabildantes y obispos se acaparan todos los lauros

4 Élite es una palabra de uso cotidiano. Su procedencia es gala, siendo su raíz “élit-”, derivación latina de *eligere*, que significa elegir o seleccionar. El elitismo es la fiel creencia de que un grupo –“los más adecuados”– deben dirigir a los otros. ¿En qué sustentan su supuesta supremacía? En diversos elementos que van desde la riqueza hasta la experiencia o los méritos. Lo cierto es que la animadversión a los “otros” es un signo distintivo del elitismo.

5 Sería un ejercicio interesante una revisión minuciosa de nuestros textos de bachillerato de historia de Venezuela sobre cultura indígena y africana en la época colonial, por ejemplo. Notaremos una brevísima unidad sobre cultura colonial, y ya sabemos a quiénes se refieren y bajo cuál orientación.

—como exclusivos hacedores de la historia— de la Venezuela colonial. En este mismo sentido, la independencia es resultado de las luchas heroicas del patriciado criollo⁶. Los negros, los indios, los pardos, etc., que también aportaron su vida por la emancipación, son actores referenciales en un teatro protagonizado por las clases dominantes.

El poema “Preguntas de un obrero ante un libro”, de Bertolt Brecht, habla por sí solo del papel de los colectivos en la historia. En sus primeros versos es bastante elocuente: “¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas? En los libros están los nombres de los reyes, ¿fueron ellos, pues, quienes levantaron los bloques de piedra? Y Babilonia, tan a menudo destruida, ¿quién la reconstruyó una y otra vez?...” Decía así el intelectual alemán, con lenguaje poético, esa prosaica afirmación de que la historia la escriben los vencedores.

Basta estudiar el siglo XIX venezolano para tropezarse con oligarquías, personalismos y dictaduras. Después de 1830, como secuela de una guerra devastadora, se diezmó la población, se aceleró la crisis económica y se generaron nuevos grupos sociales. La minoría ilustrada sería la intérprete exclusiva del acontecer nacional. Si la Venezuela decimonónica fue una sociedad oligárquica y censitaria, podemos inferir cómo va a ser la “verdad oficial” de un pueblo hambriento de justicia social. Campesinos, esclavos, trabajadores domésticos, etc., no figurarán en los grandes anaqueles

6 Pero la historiografía, como arma fundamental para exaltar la independencia y desaprobando la colonia, relegará a segundo plano todas aquellas tentativas que no procedieran de la nobleza colonial. Si bien no ignora, por lo menos subestima a todos aquellos movimientos de intereses distantes al “círculo de fundadores de la patria”. Románticos, positivistas y revisionistas —con honrosas excepciones— se encargarán de asignarles un rol subalterno a las mayorías marginadas, calificándolas de “hordas bárbaras y perezosas” incapaces de alcanzar las virtudes republicanas exclusivas de los blancos criollos. Entonces, la independencia, entendida únicamente como deslinde político o acciones militares exclusivas de las élites doctores, será defendida por la historiografía tradicional sin admitir, en primera instancia, la posibilidad de enfrentarnos con un proceso inconcluso y excluyente, en el cual los intereses foráneos de ayer y hoy conspiran con los factores antinacionales de casa, para mantener las cadenas de la opresión. En este sentido es que la conquista, la colonia y la independencia no son fases superadas de nuestra historia latinoamericana, sino que dialécticamente están latentes en nuestra actualidad.

de la pomposa historiografía romántica. Esa cruda emotividad del relato histórico y su exaltación heroica centraría su atención en las “familias acomodadas” o el mandamás de turno. Tampoco pudo el positivismo –pese a abandonar la pauta sentimental– con su pretensión cientificista despejar una historiografía centrada en el “individuo”; esto, sin desconocer los aportes de Laureano Vallenilla Lanz, quien hizo alusión, pesimistamente por cierto, de la psicología de las masas populares. Como ideólogo del gomecismo, buscaba justificar la mano de hierro del “gendarme necesario”. Empero, será la historiografía marxista, casi clandestina, la que expondrá la significación de las clases dominadas a lo largo de nuestra historia intestina. A mediados del siglo xx veremos cierto elitismo historiográfico encarnado ahora en los jefes del partido, “los padres de la democracia”, los caudillos civiles, el empresario, el sindicato o la confederación.

Como se puede observar, el elitismo es una interpretación de la historia venezolana que todavía tiene deudos en la Venezuela del siglo XXI. De tal modo que para ganar terreno en la participación comunal, debemos comenzar por rescatar la historia de los excluidos y defender la memoria colectiva, la cultura popular, armas fundamentales para liberar los poderes creadores del pueblo.

III. EL MACHO ES EL QUE MANDA

Para el momento de la penetración de Europa sobre América, España atravesaba un momento difícil. La necesidad de expansión de la economía, la búsqueda de nuevas rutas comerciales, la frenética acumulación de metales preciosos, la compraventa de especies exóticas, la crisis fiscal por la expulsión de los moros, la férrea competencia náutica contra Portugal, etc., señalaban la caída de un viejo orden. El mercantilismo, en síntesis, regía la economía de los nuevos Estados europeos. La posesión de colonias y el fomento de la industria incipiente son sinónimos de poder en la modernidad en ciernes. El afán de acumulación de capitales y propiedades privadas son tan importados de Europa como la viruela. La sociedad patriarcal será el contexto ideal para la construcción de la sociedad implantada. El otrora régimen matriarcal autóctono es incompatible con la sed de oro del conquistador. El culto a la violencia masculina, por un lado, y la edificación de una feminidad apacible, por otra, son algunas de las bases del nuevo machismo hispano. La misma postura a la hora del coito lo dice todo: la mujer-pasiva abajo, el hombre-activo arriba, dominando, el “sexo fuerte”. Esta es la llamada posición del *misionero*. El hombre pone la semilla, ella la abona. Nada de sonrisa de satisfacción en el rostro de la hembra. Es pecado.

La santa inquisición acrecentará los tabúes sexuales y, por ende, la hegemonía masculina. Es así como el machismo es lo que subyace en la marca colonizadora, de allí su difícil erradicación. Todas las actividades sociales y culturales en nuestro país, como otros hermanos, están mediatizadas por el androcentrismo. Con sus matices, por supuesto, pero es un mal general. Como muchas de nuestras taras sociales, en su transcurrir el machismo terminó siendo un obstáculo para sus mismos defensores. El capitalismo también necesitó la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. La irrupción de movimientos sociales ayer y hoy son luchas encarnizadas que tienen que librar las mujeres para alcanzar la añorada igualdad. Nuestra interpretación histórica no ha escapado de esta realidad.

Rousseau, el ginebrino radical del siglo XVIII, dijo una vez que una mujer educada era el azote de su marido. Bolívar mismo, con todo lo revolucionario que fue, no pudo huir totalmente de sus

apreciaciones *machistoides*; faltó en su pluma justiciera un trato más “equitativo” entre el macho y la hembra (Salcedo, 1981). Ponemos estos ejemplos para señalar que ni siquiera los hombres de avanzadas—ilustrados y demás— han trascendido las pautas culturales extremadamente androcéntricas, lo que ya nos dice el tremendo problema que es la sexualidad. Estamos ante un fenómeno más social que natural: el rol y las representaciones sociales de hombres y mujeres están determinadas en gran medida por un tiempo y espacio concretos⁷.

El machismo, subproducto de un sexismo más complejo, encierra un conjunto de conductas y valores que justifican el maltrato a la mujer como actor social. Es expresión —la impronta española es responsable con el proceso de conquista y aculturación— de la jerarquización social que arranca desde la familia y que ve en la mujer servilismo y debilidad. Esto explica por qué en diversas instancias de nuestra realidad social: educación, leyes, trabajo, religión, etc., la mujer está todavía en franca desventaja con respecto al hombre. También en la contemporaneidad los medios de comunicación de masa han contribuido con la perniciosa imagen de la mujer-cosa.

En la historiografía venezolana, tanto en su enseñanza como en su divulgación, vemos a la mujer como apéndice del hombre. Predomina el patriarcado historiográfico. Pensemos, por ejemplo, en la figura de Manuelita Sáenz, más famosa por ser la amante del Libertador que la “Caballeresa del Sol”, título máspreciado que podía ambicionar una mujer por la causa independentista. O una Luisa Cáceres más “de Arismendi” que la heroína que perdió tanto en la guerra contra España. ¿Y las madres, hermanas, esposas y viudas que lloraron a sus compañeros en nuestras guerras y guerrillas intestinas, acaso, no pueden tener una línea de consideración en nuestra historia monumental de Venezuela? En este sentido, se requieren nuevas lecturas de la historia venezolana en que se le dé el justo valor a un ser que es la garantía misma de la vida en la tierra.

7 El sexismo es la discriminación del otro(a) tomando como base su sexo o género. Detrás de esta actitud segregacionista está el convencimiento de la superioridad de un sexo sobre otro, lo que se expresa generalmente en odio a la mujer (misoginia) u odio a los hombres (misandria). En todo caso, nos encontramos ante una diferenciación lesiva al respeto y a la tolerancia que debe caracterizar una sociedad abierta y democrática.

IV. MIENTRAS MÁS BLANCA, MEJOR

La discriminación es compleja en lo social, sexual y racial. Las dos primeras se relacionan con clasismo y sexismo, la última, es propiamente el racismo. El racismo es la creencia, doctrina, teoría o práctica social que afianza el poder entre grupos diferenciados genética, física o culturalmente. El prejuicio de creer en una raza superior es su soporte real. Por supuesto, esto es pura ignorancia; no hay tales “características biológicas excepcionales”. Las únicas diferencias son las culturalmente adquiridas. No existen hombres “naturalmente” bárbaros o “niches”. Y aquí reside la crítica al término *raza* como instrumento de diferenciación y supremacía de unos pueblos sobre otros. Sin embargo, lo más peligroso que este fenómeno sociohistórico entraña es el endorracismo, es decir, el desprecio a lo propio y a sí mismo, en un imaginario de ser el otro-opresor. Por eso vemos a negros e indígenas que, asumiendo ser catires, maltratan a sus iguales⁸.

Diversos y complejos fueron los mecanismos ideológicos de los cuales se valieron los invasores para justificar sus acciones de saqueo y rapiña. Una vez, prácticamente exterminado el indígena, el negro africano llenaría los nuevos requerimientos de la acumulación del capital de la empresa depredadora. Cual mano de obra,

8 Sobre este aspecto Ligia Montañez (1993:113-114) es taxativa en el caso colonial con repercusiones contemporáneas: “A nuestro modo de ver, cuando se penetra un poco más en el concepto –y, en consecuencia, en la realidad a la cual él alude–, puede observarse que no solo es un comportamineto de descalificación hacia los otros; él conlleva la autodescalificación en tanto se trata de un fenómeno generado por el mestizaje o, dicho en los términos racistas de la época, de un fenómeno entre impuros disputándose probables grados de pureza que le permitan beneficiarse con las ganancias sociales correspondientes (...) En términos generales, podríamos afirmar que la persona endorracista, mestiza, uno de cuyos ascendentes es blanco, desarrolla un proceso perceptivo más o menos así: valora en sí mismo, como positivos, los rasgos de blanco que posee. Desvaloriza en sí mismo los rasgos no blancos (negros o indígenas). Valoriza en los demás mestizos, como rasgos positivos, aquello que evidencia su ascendencia blanca. Desvaloriza en los demás mestizos aquellos rasgos que evidencian su ascendencia negra o indígena”.

instrumento de trabajo sin corazón ni alma, fue utilizado por la voracidad disfrazada de civilización. El cristianismo, pese a su carga redentora y revolucionaria, fue usado con fines inconfesables para exaltar la dominación hispana, a la vez de “normalizar” un crimen disfrazado de progreso. Los conceptos de pecado y salvación se usaron de manera indiscriminada durante el siglo xvi y xvii por los europeos como arma de culturicidio. La Biblia como criterio de verdad y el Nuevo Testamento, más en específico, mezclado con imaginarios medievales y leyendas antiquísimas, prepararon el caldo de cultivo para el sentimiento de minusvalía del negro cazado como animal en el continente ancestral. Argucias –no existe otra palabra– que intentaban explicar la naturaleza esclava de los negros fueron construyendo una especie de teología de la sumisión, una filosofía de la servidumbre.

Mentiras, medias verdades, deformaciones, prejuicios, idearon la historia de un pasado oprobioso del negro, ahora sinónimo de esclavo. El caso más emblemático fue el de Alonso de Sandoval, teólogo jesuita, en su *Tratado sobre la esclavitud* de 1627. Los africanos tienen la impronta de Cam:

Los etíopes, que comúnmente llamamos negros, traen su origen de Cam, que fue el primer siervo y esclavo que hubo en el mundo, por haberlo maldecido su padre Noé a él y toda su generación por la desvergüenza que usó con él, tratándole con poca reverencia cuando se embriagó al comerse unas uvas... y por ello perdió Cam la nobleza, y aún la libertad costándole quedar por esclavo él y toda su generación, que fue la primera servidumbre que se introdujo en el mundo. Y siendo claro por linaje, nació oscuro. Y de allí nacieron los negros, y aún pudiéramos decir también los esclavos como tiznando Dios a los hijos por serlo de malos padres... que a los que tienen buenos, llamamos de sangre esclarecida, como los que no, de gente oscura (Sandoval, 1987: 74).

Alonso de Sandoval sostiene, además, que el Creador marcó de “tisne” la tez del siervo como signo de castigo. Como castigo también sería pertenecer a una cultura y a una religión diferente a la cristiana. El agua bautismal volvería sus “ánimas blancas”. Sus nombres serán cristianos, así como su idioma, sus reuniones y jolgorios. Nada de “hechicerías” negroides. Lo negro no es bueno,

machacaba. La Iglesia se valdría de su investidura “espiritual” y de sus ansias mercantilistas, hasta el punto de lucrarse con remuneraciones directas por el adoctrinamiento de esclavos y sirvientes. Toda se traducía en una aculturación del negro, su paganización, su satanización y el ostracismo de una historiografía cada día más blanqueada.

Pese a las diferencias entre los grupos de la época indígena, es en la colonia, con la sociedad estratificada del conquistador español del siglo xvi, que arranca el largo expediente de crímenes e injusticias. El blanco peninsular subestimaba al criollo, y este, ahora “amo del valle”, domina a negros, indígenas y pardos. Como es bien conocido, los negros cazados en las regiones ecuatoriales de África terminaron siendo mano de obra de grandes plantaciones tropicales.

Ni la cacareada abolición de la esclavitud de 1854 detuvo la servidumbre en nuestro país. Bajo estos supuestos se ha erigido nuestra cultura e historiografía.

El racismo es un arma fundamental de los bloques hegemónicos que se sienten amenazados por los “otros”; un caso emblemático es el de los indígenas estadounidenses –numéricamente superiores a los nuestros y sin las mismas garantías constitucionales–, que en pleno siglo xxi viven en “reservas”, alejados de las comunidades vecinas, execrados de “la sociedad del confort”.

Los medios de comunicación, como agencias de poderosos intereses económicos, reproducen contenidos racistas pese a toda la infraestructura legal que los prohíbe. Es un requerimiento revisar minuciosamente nuestras escuelas, nuestros estudios histórico-culturales y su enseñanza; instrumentos ideológicos que han respaldado, muchas veces, el mito de la igualdad racial.

V. LA CHUSMA NO HACE LA HISTORIA

Clase social es una categoría de análisis que, pese a su presencia aplastante, incomoda a tirios y troyanos. Quienes niegan el pensamiento dialéctico no aceptan la idea de que en el complejísimo devenir histórico los grupos sociales poseen una ubicación determinada en la estructura social, en relación directa —con escasas excepciones— con la actividad económica que desempeñan. Todo comenzó con la desestructuración de la comunidad primitiva. La división social del trabajo fue el punto de inflexión para el surgimiento de la propiedad privada, antecedente del capitalismo salvaje contemporáneo.

Tanto los intereses de estatus, bienestar, legado familiar o poder económico —por nombrar algunos— han hecho que los hombres se organicen y clasifiquen dentro de un marco referencial mayor. Algunos, generalmente los poderosos, de manera muy consciente, otros ni cuentan se dan. A estos últimos se les llama *alienados*, por no ver en el día a día la explotación a que están expuestos. Así, las élites y grupos hegemónicos se valen de mecanismos muy concretos —instituciones, escuelas, iglesias, medios de comunicación, etc.— para legitimar el clasismo como ideología dominante. De tal forma que ver con claridad las relaciones antagónicas implica la liberación del sujeto oprimido. Todo esto se resume como “conciencia de clase”; peligroso recurso empleado contra quienes detentan el poder económico, político o cultural. El padre de este razonamiento fue Marx, quien sostuvo que no era la conciencia la que determinaba la vida, sino la vida la que determinaba la conciencia. Por supuesto, esta afirmación no debe convertirse en dogma de fe; debemos ser cuidadosos de la vulgata marxista. La realidad siempre es más compleja que el modelo.

Si convenimos que la fuerza motriz de los cambios es la lucha evidente o subterránea de intereses opuestos, entonces contamos con una lectura del mundo que tiene gran vigencia. El clasismo historiográfico, en todo caso, es la interpretación de nuestra historia y cultura, centradas en el prejuicio y la discriminación por parte de la élite venezolana contra los sectores más humildes del país. Es hijo del racismo en que lo determinante, ahora, no son las causas

étnicas, sino las condiciones sociales. Combatiendo las creencias, estereotipos, prejuicios y la “violencia simbólica” es como se puede erigir una conciencia histórico-cultural popular; ese soporte fundamental que la sociedad venezolana amerita.

Las implicaciones de estas miradas que se han penetrado en las interpretaciones de nuestra historia y cultura son de capital importancia y ya nos van anunciado la ingente tarea que tenemos todos: socializar la conciencia histórico-cultural del pueblo venezolano.

FUENTES CONSULTADAS

- Britto García, Luis. (2002). *Conciencia de América Latina. Intelectuales, medios de comunicación y poder*. Caracas: Nueva Sociedad,
- Calderón, Fernando y otros. (1996). *Esa esquivia modernidad: desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y El Caribe*. Venezuela: Unesco/Nueva Sociedad,
- Cliford, J. (2002). *Dilemas de la cultura*. Buenos Aires: Gedisa.
- Colombres, Adolfo. (1987). *Colonización cultural de América indígena*. Argentina: Editorial Colihue.
- De Sousa, B. (1997). “Epistemología y Feminismo”. En: *Utopía y praxis Latinoamericana*, año 2, n.º 2, pp. 115-121.
- García Canclini, N. (2000). *Consumidores y ciudadanos, Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Editores Grijalbo.
- Holloway, John (comp.) (2005). *Clase y Lucha*. Caracas: Vadell Hermanos.
- León Portilla, Miguel. (1992). *De palabra y obra en el Nuevo Mundo, imágenes interétnicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mato, Daniel (coord.). (1993). *Diversidad cultural y construcción de identidades*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos/CEAP-FACES-UCV.
- Montañez, Ligia. (1993). *El racismo oculto en una sociedad no racista*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.

- Montero, Maritza. (1984). *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Montero, Nelly (comp.) (2006). *Reflexiones sobre el socialismo del siglo XXI*. Caracas: Ipasme.
- Morales, Salvador. (1994). “Eurocentrismo y descolonización de la historia”, en varios autores, *Eurocentrismo y descolonización de la Historia*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Rossi, Juan José. (S/f). *La máscara de América*. Argentina: Editorial Galerna.
- Salcedo Bastardo, José Luis. (1981). *Visión y revisión de Bolívar*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Sandoval, Alonso de. (1987). *Un tratado sobre la esclavitud*, Madrid: Alianza Editores.
- Torres, Alfonso y otros. (1993). *Los otros también cuentan. Elementos para la recuperación colectiva de la historia*. Colombia: Serie Educación Popular, Dimensión Educativa.
- Tzvetan, Todorov. (1989). *La conquista de América. La cuestión del otro*. México: Siglo XXI.
- Uslar Pietri, Arturo. (1992). *Medio milenio de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Vargas, Iraida. (1999). *La historia como futuro*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Vargas, Iraida y Sanoja, Mario. (1993). *Historia, identidad y poder*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Vetencourt, Lola y Amelia Guardia. (1992). *Historia de la economía mundial*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.

CAPÍTULO II

El oro de la discordia

BREVES APUNTES SOBRE HISTORIA,
MITO Y CODICIA

*Iban con la cruz en la mano y una sed
insaciable de oro en el corazón.*

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

*El mito de Manoa, de la “golden city”, del pretendido reino
inca de Ataliba, motivo de tantas expediciones infructuosas,
constituye un volumen de historia ajena a la Gran Sabana,
puesto que los conquistadores fueron siempre derrotados por
la naturaleza antes de alcanzar este riñón de América.*

ALEJO CARPENTIER

UNAS PALABRAS INICIALES

La historia nos ha enseñado que el oro, además de brillante, es problemático. Como llamativo objeto ha tenido distintos significados a través del tiempo, gozando siempre de muy buena fama. Simbolizaciones como pureza, valor, realeza son muy comunes en un material que sirvió, incluso, a los Reyes Magos como presente para el Niño Jesús en la epifanía, lo que nos dice de su legado judeocristiano. También fue visto como perfección y objeto sagrado equivalente al Dios-Sol por diferentes culturas americanas. En su devenir pasó muchas veces de ser un bien suntuario y decorativo, a un disputado tesoro.

La conquista fue la época durante la cual los españoles doblegaron a los indígenas y arrebataron sus tierras, ahora pertenecientes a la corona. Aun cuando la conquista arrancó en el siglo xvi, tuvo una duración desigual. La importancia económica, por un lado, y la madurez política de los habitantes originarios, por el otro, marcaron la pauta. Quien autorizaba las llegadas de los extranjeros era la persona del rey, que se consideraba el legítimo heredero de territorios asignados por Dios mismo. El papa disponía libremente de todos los “bienes terrenales” de las naciones cristianas y, sobre todo, de aquellas consideradas paganas.

El proceso de dominación española en el Nuevo Mundo tuvo de trasfondo, además del carácter mercantilista de la empresa colonizadora, las supersticiones europeas. El ansia del “metal precioso” y la ilusión del enriquecimiento súbito del invasor motivaron grandes expediciones. La búsqueda febril de El Dorado por viajeros y aventureros de todas latitudes tiene una página imborrable en los anales de nuestros pueblos.

Venezuela, como otras naciones hermanas, en los siglos xv y xvi fue testigo de hombres venidos de diversos lugares, hambrientos de oro y llenos de ira. Caracterizar los abusos de los Welser, las “demencias” de Lope de Aguirre y las andanzas de Antonio Berrío y Walter Raleigh, entre otros, es la meta de nuestro ensayo. Buscamos explicar cómo el oro desde el principio del *impacto* fue causa de conflictos de los opresores; aquellos que locos de ambición no pudieron descifrar el secreto de la tierra americana.

I. ESPAÑA EJERCE EL CONTROL

La llegada de Cristóbal Colón al territorio después llamado América converge con el surgimiento de una Europa sedienta de negocios. La aparición de los Estados modernos y las explosiones de nacionalidades desplazaban los señoríos locales. El feudalismo, que basaba la riqueza en la tenencia de la tierra y que asumía cierto recato al amasar fortuna por ser una forma de *pecado*, como algunos cristianos insistían desde los púlpitos de las iglesias, estaba prácticamente en decadencia. Una idea cobraba terreno: ser rico era una bendición del cielo. Lucrarse de los préstamos era algo normal y hasta divino, se pensaba sin rubor. Sobre este punto Manuel González Abreu es claro:

Tal descubrimiento no fue obra del azar. La crisis de la sociedad medieval en Europa trajo aparejado, entre otras cosas, un cuestionamiento a los dogmas del conocimiento establecido y el rescate del conocimiento científico eclipsado durante siglos por el predominio de una concepción basada en la preeminencia de valores extraterrenales, que se erigían en condicionantes de los actos humanos. Esta renovación del pensamiento, que coincidía con la desintegración del feudalismo, condujo a dos hechos de singular trascendencia: primero, a un estímulo particularmente de la ciencia geográfica y de la astronomía; y segundo, al aprovechamiento de sus aportaciones con criterio aplicado. En este sentido son elocuentes los testimonios sobre monarcas adictos al cultivo científico para la segunda mitad del siglo XVI, de quienes se dice que mantenían en sus respectivas cortes centros de “sabios” para el estudio y la práctica en trabajo conjunto de diversos aspectos del conocimiento, como la traducción y divulgación de obras que abarcaban desde simples relatos de viajeros hasta las más relevantes teorías científicas y filosóficas sobre el universo (1979: 24).

Los principios éticos, básicamente protestantes, definían a un nuevo sujeto histórico y España, como potencia colonial emergente, no escapaba del espíritu de una época en la que las verdades aceptadas comenzaban a estar entredichas. Todo descansaba sobre el rey; un soberano que por “gracia divina” era el mandamás de los confines.

Vetencourt y Guardia lo describen así:

Por otra parte, una vez instaurado el absolutismo, se hacía necesario más y más dinero para pagar ejércitos mercenarios, sostener la burocracia y cubrir los gastos de las cortes. Por tal motivo, la búsqueda de territorios con posibles yacimientos de oro y por consiguiente nuevos descubrimientos geográficos representaban un gran incentivo. La burguesía necesitaba y buscará acuciosamente oro. “El oro —escribió Colón— constituye un tesoro, y quien lo posee tiene todo lo que necesita en este mundo, al igual que los medios de rescatar almas del Purgatorio y restaurarlas al disfrute del Paraíso”. El circuito feudal-capitalista bordeaba peligrosamente la crisis, lo que tenía su expresión en encontrados enfrentamientos de clases. Por otra parte, a la inoportuna ruptura del comercio oriental se le sumaba la escasez de los preciosos metales. Habían, por consiguiente, razones de sobra para aventurarse en el inexplorado Atlántico (1992: 135).

Mercantilismo se le llamó a esta manera de ver el mundo; creencias, más que doctrina, en las que los Estados integrados por minorías poderosas y “educadas” se sentían llamadas a intervenir en la vida económica de los pueblos. El convencimiento de que la exportación del Estado debía ser mayor que su importación trajo como consecuencia el choque de intereses económicos de España con otros países —Francia, Inglaterra, Portugal, etc.—, que también requerían mercados para alcanzar prosperidad material. Se necesitaban colonias para tener materias primas, trabajos a bajos costos y compradores cautivos, y esto era objeto de problemas que se mantendrían unos cuantos siglos. Estas medidas se debían acompañar del fomento de las “industrias” para abastecer las demandas y aplicar fuertes reglas aduaneras. Como se puede deducir, el panorama era de competencias y pugnas por el apoderamiento del mundo. España, que cada día ejercía más el control a propósito de los viajes de exploración y conquista, no escondía sus ansias proteccionistas:

En el siglo xvi España era poseedora de un vastísimo imperio colonial que había arrojado resultados muy productivos. El reino español en Europa llegaba hasta Austria, Bélgica y los Países Bajos. Lograron construir una flota de proporciones considerables que le permitió combatir y destruir barcos árabes y turcos. En la práctica controlan el Mediterráneo y los accesos del mar del Norte. En Asia cuentan con las

Filipinas; Carlos V decía que en su imperio no se ponía el sol. Contaban además, entre sus posesiones, con un inmenso continente más sus islas adyacentes, con el cual tenían aseguradas inconmensurables riquezas que pudieron convertir a la nación española en la potencia más rica de la Tierra. Establecen una rivalidad con Portugal por el control del comercio mundial. Pero, al igual que Portugal, su riqueza languideció lenta, progresiva y dramáticamente. A diferencia de los portugueses, realizaron una profunda y productiva colonización que incorporó a Castilla ricos imperios indígenas (Ibídem: 168-169).

La ejecución de normas duras que obligaban a las colonias a comercializar exclusivamente con la metrópoli, asfixiando así la explotación de industrias que pudieran competir con España, lo decía todo. Ejemplo más sobresaliente fue el sector textil aupado en 1548 por las Cortes de Valladolid y posteriormente restringido a los extranjeros. Asimismo, España profundizaba el monopolio del transporte a la vez que prohibía terminantemente el comercio entre las colonias. Los mercaderes sevillanos perchaban con altos impuestos las mercancías provenientes de las colonias, lo que con el tiempo fue minando el ánimo y el afán independentista de los sectores resentidos. Si bien este no era un proceder exclusivo de los hispanos, sí repercutió definitivamente en los territorios de ultramar, entre ellos la recién bautizada Venezuela. El instrumento del cual se valdría la reina Isabel, para implementar su poderío comercial y sus indiscutibles atribuciones políticas, fue la Casa de Contratación de Sevilla, fundada en 1503, que tenía entre sus funcionarios a un *tesorero* que debía encargarse de recibir todo el oro que viniera de las Indias y enviarlo a la Casa de la Moneda de Sevilla para su acuñación.

Lo más destacable en la lógica de la España expansionista del siglo xv y xvi, que demuestra su apego por el oro americano, fue su teoría de los metales preciosos; es decir, el convencimiento de que una nación era verdaderamente rica cuanto más cantidad de dinero almacenara. La riqueza de una nación estaba dada por la posesión del oro y demás metales preciosos, motivos reales del impulso “civilizador”. Sobre este aspecto, Pardo es enfático:

Cuando Colón concibe la idea de llegar a las indias navegando al occidente, aquellas tierras aparecen en su imaginación cubiertas de oro y de piedras preciosas. Al partir las primeras carabelas ya todos los interesados, de los reyes hacia abajo, ven los tesoros de Indias con la misma claridad que el Almirante. Pero lo que lleva Colón a su regreso es apenas una miseria, como para enfriar los ánimos a otra gente que no tuviera, como tenía el español, una inagotable capacidad de creer. Se suceden las expediciones y con ellas los asientos que hacen los reyes con los aventureros. Una y cien veces garrapatearán los escribientes las mismas palabras excitantes: oro, plata, diamantes, perlas, rubíes, especias... (1988: 120).

II. AMARILLOS FULGORES

La personalidad del español ha sido tarea de historiadores, antropólogos, psicólogos, sociólogos y escritores en general. Entender los resortes de comportamientos muchas veces “anormales” y de temperamentos indomables es un problema interesantísimo, por ser parte de nuestra herencia cultural, tanto en el negro como en el indígena. Cuando evaluamos el proceder del conquistador, si bien no podemos desvincularlo de su momento histórico, sí creemos que existen enfermedades –no hay otra palabra– muy particulares. Herrera Luque, psiquiatra venezolano apasionado de la historia nacional, da una descripción del invasor que respalda lo afirmado:

Las características patológicas más sobresalientes de la Conquista es la criminalidad en sus autores. No hay expedición, ni descubrimiento, que no tenga en sus anales el asesinato y la violencia como signo más constante. Desde el Fuerte de la Natividad, primer asiento de los españoles en el Nuevo Mundo, hasta en el más apacible paraje, dieron muestra de la ferocidad más despiadada e inhumana. El empalamiento, la ceba de perro, la cadena, el garrote lento, la hoguera, el hierro al rojo vivo, las heridas con sal, son procedimientos que utilizan desde los asesinos públicos como Carvajal y Aguirre, hasta hombres como el virrey Mendoza en México. Bartolomé de Las Casas, presa de la indignación, le escribe a Carlos V: “He visto cometer en aquellas mansas gentes y pacíficas las mayores crueldades y más inhumanas que jamás nunca en generaciones por hombres crueles y bárbaros irracionales se cometieron, y estas sin causas ni razón”. López de Gómara compara a las tropas de Cortés con las hordas bárbaras. A los de La Española los acusa de malvados y de ser responsables de la ola de suicidios que se produjo en aquellos tiempos: “Grandisísima culpa tuvieron dellos por tratillos muy mal, acodiéndose más al oro que al prójimo”. De la generalidad de los hombres que vinieron a Indias, los acusa de haber matado a muchos indios, habiendo “acabado todos muy mal. Parésceme que Dios ha castigado sus pecados por aquellos”. A Balboa lo llama rufián y esgrimidor; a Enciso, bandolero y revoltoso. Sobre Pedro Heredia, el de Cartagena, anota: “Mató indios. Tuvo maldades y pecados por donde vinieron a España pero él y su hermano”. Notas similares hay sobre Pizarro y Pedrarias (1970: 153).

Los españoles llegaron a estas tierras rompiendo las reglas impuestas desde el principio por la misma corona. Individualistas —propio de los hombres del Renacimiento—, amantes de las aventuras, ganados a la fama, arrogantes, avaros y crueles. Si bien eran creyentes del premio celestial hasta rayar en el fanatismo, también estaban ganados al goce terrenal, mieles y comodidades en las que el oro era el sendero más seguro.

Es harto conocido que el primero en tener contacto con las costas, después llamadas venezolanas, fue el almirante Cristóbal Colón, quien les asignaría el nombre de Tierra de Gracia. Sin embargo, sería Alonso de Ojeda quien establecería comercio con los indígenas de tierra firme por vez primera. El golfo de Cariaco, la isla de Margarita, Los Frailes, el lago de Maracaibo serían algunos lugares que con Américo Vespucio reconocería el explorador español. La presencia de las perlas y la ubicación geográfica cercana a Santo Domingo y Cuba justificaron que los establecimientos españoles se hicieran en el oriente. Los misioneros dominicos acompañaron brevemente a Alonso de Ojeda en Cumaná antes de caer este por la resistencia indígena; rebeldía que estaría presente a lo largo del período colonial. No se pueden dejar de mencionar las pretensiones de Bartolomé de Las Casas quien, ensayando un sistema más humano que las encomiendas, planificaba la llegada a la Provincia de Paria de Santa Marta a labradores españoles. Las Casas, después de seleccionar a algunos castellanos para colonizar tierra firme, se comprometía, entre otras cosas, a informar a la Casa de Contratación acerca de los sitios donde se encontrara el preciado metal. Pese a sus pretensiones bien intencionadas, no pudo Las Casas detener el sistema esclavista de sus sucesores Gonzalo de Ocampo y Jácome Castellón. En este sentido es que Juan Ampies vendría, en nombre de la Real Audiencia de Santo Domingo, a parar los desmanes de los esclavistas de tierra firme. Su esfuerzo fundacional de Coro en 1527, con la colaboración del cacique Manaure de la nación caquetía, tiene este sentido. Sin embargo, la irrupción de los Welser en la Provincia de Venezuela malograría la conquista pacífica. Mención aparte merecen estos banqueros alemanes, quienes como prestamistas de la corona capitularon con Carlos V un “arrendamiento” de la región de Venezuela, desde el Cabo de la Vela hasta Maracapana.

El primero en llegar como adelantado de los Welser fue Ambrosio Alfínger, quien expulsaría a Ampíes y nombraría su propio ayuntamiento. Con el propósito de organizar una expedición recorrería la costa del lago de Maracaibo, lugar donde esclavizaría a los lugareños y aplicaría el “rescate de oro”. Quebrantado de salud regresaría a Coro y de allí a Santo Domingo, según parte de los oficiales reales, a ocultar el oro encontrado. Prepararía una segunda expedición que llegaría hasta las puertas del reino de los chibchas. Después que implementó una política de sometimiento de los indígenas, murió en el Valle de Upar.

Nicolás Fédermann fue el teniente que auxilió a Alfínger una vez que este, en junio de 1530, se ausentara hacia Santo Domingo. Llevando la contraria a las órdenes de Alfínger, Fédermann organizó una expedición tomando el camino del sur. Cruzando la sierra de Coro llegaría al río Tocuyo, continuaría por Barquisimeto hasta encontrar a Itabana, predios de los aguerridos *guaycaríes*. Creyó haber llegado al mar del sur cuando estaba cerca de El Baúl. Tras el frenesí del oro, terminaría en el golfo Triste y enemistado de los demás alemanes.

Otro de los Welser de mucha importancia fue Jorge Spira, quien vino a sustituir a un Fédermann ratificado como gobernador de Venezuela. Spira, igual que sus anteriores, se encaminó al sur donde cruzaría el río Apure y alcanzaría las cabeceras del Meta. Volvería a Coro después de vagar casi cinco años tras su dorado sueño.

Aprovechando la ausencia de Spira y sin acatar las instrucciones de los superiores, Fédermann resolvió superar la hazaña de Alfínger: por Maracaibo y el Cabo de la Vela llegó hasta el Magdalena. Para el fin del año de 1537 ya estaba en Barquisimeto y luego en el llano, lugar al que regresaría al enterarse de no haber sido ratificado como Gobernador. Así llegó hasta el río Apure y de allí, salvando dificultades, a la meseta de Bogotá.

Felipe von Hutten fue el último de los adelantados alemanes que se había destacado en la expedición de Jorge Spira y, por ello optó por seguir la misma campaña. Llegaría al río Meta, adelantaría hacia el sur, atravesaría el Guaviare y tendría contacto con los omaguas, empecinado en el resplandor del oro.

Como balance sobre los Welser podríamos decir que incumplieron el contrato de 1528: no hicieron el asentamiento de las ciudades y fortalezas prometidas. Desconocieron las cláusulas por

sus mezquinos privilegios. En abril de 1556 la corona española decidiría quitarles sus derechos sobre la Provincia de Venezuela, pero ya la sangre de los “irracionales” había sido derramada por el desenfreno de los recién llegados, obsesionados por amarillos fulgores.

Uslar Pietri hace un juicio que vale la pena retomar:

De este modo vino a asociarse desde el origen el nombre de Venezuela de una manera mágica, de una manera curiosa, difícil de explicar, esta noción de riqueza inconmensurable; es decir, aquel país donde visiblemente no había riqueza a la mano, donde no había encontrado oro sino en mínimas cantidades, donde no había plata como había en México o Perú. Sin embargo, allí, durante siglos, los hombres tuvieron la intuición de que había la más grande de las riquezas posibles. Era como una predestinación mágica que había signado la tierra de este país para un destino que no parecía alcanzable (1993: 355).

Sería más tarde, cuando España deje de representar una amenaza, que el oro venezolano brote en las riberas del Orinoco; cuando ya El Dorado pase a ser, ante la llegada del “oro negro”, otro cuento de caminos.

III. HACERSE RICO DE LA NOCHE A LA MAÑANA

Desde la llegada del conquistador al Nuevo Mundo arranca un mito que se confunde con la sangre de los primeros habitantes. Se creía, con obstinación, en un sitio maravilloso en lo más intricado del territorio americano, de riquezas inigualables, en donde las piedras preciosas eran tan comunes como las calles y las estatuas bañadas de oro puro. En los ríos y lagunas –se aseguraba– brotaban, como peces, metales hermosos siempre renovables. Como pájaros y plantas, el oro era tan común y tan abundante. Aun cuando se llamaría de diferentes maneras ese *paraíso*, se impuso la versión de Sebastián Belalcázar, quien se inspiró en el “cacique dorado” –aquel personaje que, como forma de adornarse, rutinariamente cubría todo su cuerpo con polvos de oro acompañados con perfumes y resinas aromáticas–. Esta leyenda alcanzó gran popularidad y cada quien y cada cual le agregaría lo que su imaginación le dictara. Sería el siglo XVI el momento más estelar del “Mito del Dorado”, a pesar de su vigencia por más de doscientos años, siendo fuente de inspiración de numerosas expediciones. Fue El Dorado un lugar tan ambicionado que costó las vidas de incontables aventureros, quienes, enfrentados a las hambrunas y a las raras enfermedades, libraron batallas contra valientes indígenas. Las selvas y ríos los acechaban, pero El Dorado seguía siendo el norte de sus brújulas europeas. Además de oro, buscaban nombradía, poder y respeto. El grito de “¡Tierra!”, de Rodrigo de Triana en las embarcaciones colombinas, se terminó oyendo como oro en una España ganada para la fortuna rápida. Aventureros como Diego de Ordaz, Jerónimo de Ortal, Antonio Sedeño, Diego Fernández de Serpa, Antonio de Berrio, Walter Raleigh y una lista interminable, sintieron el llamado de El Dorado.

¿Dónde quedaba El Dorado? Habría tantas respuestas como crónicas que darían pistas sobre su posible ubicación. Los lugares se disputaban y más de uno, para no sufrir de la burla y el desprecio de sus paisanos, inventaban los suyos. La laguna de Guatavita, en la meseta bogotana, y el territorio de la cuenca amazónica y del Orinoco eran los sitios más citados. Se decía –para ilustrar lo impreciso del espacio– que El Dorado quedaba en el país de los bravíos omaguas, cuyo centro era Manoa, a orillas del lago Parima;

otros sostenían que estaba en el “país del Meta”. Las leyendas se alimentaban de seres singulares, dignos de cuentos de hadas:

Hasta llegaron a creer, como lo revela la ingenua imaginación de los ilustradores de la época, que había Amazonas; mujeres guerreras como las que cuentan los mitos griegos, las cuales luchaban victoriosamente contra los hombres. De esa creencia nació precisamente el nombre de río de las Amazonas. Creían en cosas aún más fantásticas como, por ejemplo, que en algunas regiones existía una raza de hombres sin cabeza que tenían los ojos a la altura del pecho, la boca en el estómago y que, para añadir algo más a todo lo extraordinario que tenían, acostumbraban dormir bajo el agua (Ibídem: 350).

¿Por qué los europeos “racionales” e hijos del humanismo pudieron ser tan cándidos sobre la existencia de increíbles territorios? No es fácil responder esta interrogante. Uslar, sobre este particular y tomando sus palabras anteriores, nos dice: “No era, por lo tanto, sorprendente que confiaran en que iban a encontrar una ciudad más rica que la capital de Moctezuma o de Atahualpa, donde todo sería de oro y donde reinaba el fabuloso monarca vestido de polvo de oro” (Ídem). Comarcas extrañas donde todo parecía al revés; paisajes abrumadores, la excelencia de la tierra, las exóticas faunas y floras dan, en parte, contestación. Las deslumbrantes ciudades aztecas e incas hacían de los aventureros presa de la magia, así como las leyendas de los habitantes de distantes tierras. Es importante acotar que el encuentro del oro del Perú, en 1532, obligó a que la Real Audiencia de Santo Domingo exigiera a las gobernaciones de Venezuela y de Cartagena de Indias a enviar expediciones para confiscar riquezas. Por otro lado, como estrategia de distracción, los indígenas cansados del sometimiento español inventaban apetitosas historias al invasor, predispuesto a la moneda fácil y a la mentalidad mercantilista. Rocas brillantes, malas instrucciones, indicaciones confusas, barreras idiomáticas, etc., pudieron haber propiciado el Mito del Dorado. España, Francia, Holanda y Portugal incursionaron por Brasil y Guayana, siguiendo la ruta del oro, lo que azoraba la búsqueda española.

El “pillaje” del oro motivó la exploración de tierras imposibles de penetrar y la fundación de pueblos que posteriormente fueron villas y ciudades. Aventuras, odios y paisajes se conjugaron detrás de una gran quimera: hacerse rico de la noche a la mañana.

IV. AGUIRRE, “EL LOCO”

Lope de Aguirre es en sí una figura fascinante y requeriría un estudio pormenorizado para comprender lo que es el expediente de oro en la Colonia. Un corrido recuperado por Ramón y Rivera (1982: 15-16) ayuda a pintar con palabras a este enigmático personaje:

Riberas del Marañón,
de gran mal se ha congelado,
se levantó un vizcaíno
muy peor que andaluzado.
La muerte de muchos buenos
el gran traidor ha causado,
usando de muchas mañas,
cautelas como malvado,
matando a Pedro de Orsúa,
gobernador de El Dorado,
y a su teniente don Juan
que de Vargas es llamado.
Y después a don Fernando,
su príncipe ya jurado,
con más de cien caballeros
y a toda flor del campo,
matándolos a garrote
sin poder nadie evitarlo.
Hasta un clérigo de misa
las entrañas le ha sacado,
y la linda doña Inés
que a Policema ha imitado.
Dio muerte a un comendador
de Rodas, viejo y honrado,
porque le ordenó la muerte
por servir al rey su amo...

Y seguiré con este tono la descripción de la vida del “cruel matador”. En la localidad de Oñate, en su España tormentosa, nacerá cerca de 1511 y sus actuaciones se dejarán sentir en el Nuevo Mundo a sus veintiséis años. Poco amigo de acatar órdenes, Lope de Aguirre era hijo de una familia hidalga y de relativa cultura.

Se verá en el virreinato del Perú fiel a Blasco Núñez Vela. En Nicaragua, en Charcas y La Plata (Chuquisaca) intervendrá en la sublevación de Sebastián de Castilla y en el asesinato del corregidor Pedro de Hinojosa en 1553, por lo cual sería condenado a muerte y posteriormente indultado.

Por su conducta disipada se le comenzó el sobrenombre de Aguirre “El Loco”. El 26 de septiembre de 1560 partirá, a través del río Huallaga (Perú), con bergantines, canoas, soldados y centenares de indígenas, además de Pedro de Orsúa y Fernando de Guzmán. El Dorado era el gran propósito. Según los cronistas, Aguirre y sus acompañantes bajaron por el Huallaga al Amazonas; cruzaron ante las confluencias de los ríos Ucayalí (Perú) y Napo (Ecuador, limítrofe con Perú y Colombia); a fines de noviembre llegaron al territorio entre Yurmá (Perú) y Purus (Brasil), llamado Machifaro, donde acamparon durante un mes. El liderazgo de Orsúa fue mal visto por el grupo y el 1 de enero de 1561 fue asesinado por recomendación de Aguirre. Guzmán sería el nuevo jefe; Aguirre, maestre de campo y Juan Alonso de la Bandera, teniente general, quien moriría asesinado por celos de mando.

Guzmán se autotitula príncipe del Perú, tierra firme y Chile. El 23 de marzo se firmará un acta en la que se reniega subordinación a Felipe II. El reinado de Guzmán fue breve: Aguirre lo hará ejecutar como también a varios soldados. A comienzos de julio saldría al Atlántico. La vía que seguiría Aguirre y sus “marañones” ha sido objeto de debate entre especialistas; generalmente, se concluye que la ruta al Atlántico fue por el Amazonas debido al tiempo que le tomó en llegar, ya que de haberlo hecho por el río Negro y el brazo Casiquiare (alto Orinoco) habría tardado mucho más. Llegará a las costas de la isla de Margarita el 21 de julio de 1561; el bergantín de Aguirre desembarcará por Paraguachí y el otro dos leguas más al norte.

El teniente de gobernador de la isla, Juan Sarmiento de Villandrando, caerá por la espada de Aguirre. “El Loco” impondrá el terror en la “isla de las perlas” durante casi mes y medio, período durante el cual un marañón, Pedro de Monguía, avisará a fray Francisco de Montesinos sobre los objetivos del “Tirano” de pasar a tierra firme, y es el religioso quien llevará la noticia a Maracapaná y Borburata; de allí pasaría la noticia a Barquisimeto y sería ratificada poco después por otro marañón desertor: Pedro Alonso Galeas, dicen algunos biógrafos.

En Valencia, Aguirre escribe una carta al rey Felipe II donde en parte de su texto le dice: "...Señor, que no puedes llevar, con título de Rey justo, ningún interés de estas partes, donde no aventuraste nada, sin que primero los que en él trabajaron sean gratificados...". Sobre este asunto, Uslar Pietri hace una aclaratoria:

Este se ha dicho que es el primer acto de libertad hispanoamericana. Lo es y no lo es. Lo es formalmente por el hecho de que es un desconocimiento del rey de España y, como si dijéramos, la adopción de una actitud de autonomía. Pero no lo es porque lo que vino a hacer la Independencia más tarde fue, precisamente, la proclamación de una serie de principios a base de gobierno representativo, de igualdad, de respeto a los derechos, y lo que Lope de Aguirre representa en aquellos momentos es la consecuencia extrema de la rebelión de los conquistadores contra las leyes de Indias, que les impedía esclavizar a los indios y hacer su real gana, y que les trataban de someter a ciertos principios legales y equitativos que ellos repudiaban. De modo que el espíritu que Lope de Aguirre encarna no es del que nace la Independencia hispanoamericana. La Independencia hispanoamericana nace, al contrario, del espíritu que apuntaba la legislación de leyes de Indias; de un espíritu de derecho, de equidad y de justicia (Ob. cit.: 396-397).

Su temida figura se impondrá en Borburata, Valencia y Barquisimeto. Juan Rodríguez Suárez, el fundador de la ciudad de Mérida, fue uno de los españoles que perdió la vida a su paso. Rodeado en Barquisimeto y sin el apoyo de sus marañones, matará a su joven hija, Elvira.

Viéndose perdido le anunció la muerte, diciéndole que no quería que la llamaran la hija de un traidor. Nada pudo con sus súplicas y forcejeos la Torralba, mujer que le acompañaba, pues el padre enloquecido abalanzóse sobre la joven, puñal en mano, y le quito la vida. Luego, porque ya llegaban sus captores, abatido presentóse a ellos: dos de sus antiguos marañones, Juan Chaves y Cristóbal Galindo, que se habían pasado a las tropas reales, disparándole sus arcabuces (Magallanes, 1990: 71-72).

Como escarmiento para los imitadores, el cuerpo de Lope de Aguirre fue descuartizado, guindado y exhibido a los pueblos de la provincia en 1561.

V. EL ALUCINADO BERRÍO

No se puede obviar a Antonio Berrío cuando de codicia y oro se trate. Este segoviano, nacido cerca de 1527, tiene el mérito de haber descubierto por parte de Europa los cauces fluviales entre el Nuevo Reino de Granada y el Orinoco, además de ser considerado el fundador de San José de Oruña, en Trinidad, y Santo Tomé de Guayana. En su hoja militar, Italia, Alemania, Flandes y África fueron escenarios donde libró batallas. También en Granada –lo que explica bastante su trayectoria de soldado– peleó contra los moros cuando contaba con cuarenta y un años. Casado con María de Oruña, sobrina de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá, su nombre gozaba de prestigio cada día más. Será en Boyacá que sus oídos se dejen encantar con la leyenda de El Dorado y la laguna de Manoa, trayendo como acto seguido la planificación de tres expediciones con la idea de encontrar tan fantástico lugar. Su huella se deja ver en los ríos Meta y Orinoco, asimismo en la serranía de Cuao, la cual pretenderá “destruir” para encontrar El Dorado.

Sobre el carácter de Berrío, De Armas Chitty es elocuente:

Parece que las inclemencias de América como que le servían de mejor estímulo. Cruzar ríos y raudales fue corriente y las deserciones y las envidias formaron otra naturaleza. La muerte estaba en cada ola y en cada flecha. Berrío asombra con su decisión. Pudo decir con el Quijote: “Mi descanso es pelear”. Óigase cómo explica a Felipe II los primeros inconvenientes a través del dédalo de aguas que no tienen horizonte ni rumbo: “... legado de nuevo al Reino –se refiere al Nuevo Reino de Granada–, volví de nuevo a apertrecharme y levanté y salí por segunda vez y tenté muchas veces atravesar la cordillera y la faldee más de 200 leguas y a toda esa largura no fue posible atravesarla y ... hallé grandes ríos navegables y noticias que el Orinoco abajo se descabezaba la cordillera y estando haciendo piraguas para bajar río se me amotinó un capitán y huyó con la mayor parte de sus gentes y esta segunda vez tardé 28 meses”. Así hablaba Berrío, el alucinado, de su paso por las torrenteras y de la traición que le hiciera Gonzalo de Piña Ludueña, a poco gobernador de Venezuela, aunque no le nombra. Así hablaba Berrío de la obra que realizaba al servicio de España (1986: 27-28).

Después de soportar el maltrato del tiempo y someter a cautiverio a fieros indígenas, conseguirá información sobre Manoa. Se percatará de que el Orinoco desemboca frente a Trinidad, lo que le hará pensar en la salida al mar rumbo a España. En su sed de oro atravesará caudalosos ríos, marchará a tierras desconocidas, recortará caminos por las sierras, retornará por las selvas inhóspitas, navegará ríos y dará con algunos “naturales”. Pese a estar en Atures (Adole), creará haber dado con el camino de Manoa; sin embargo, por haberse perdido sus tropas, decidirá devolverse al Nuevo Reino de Granada a buscar refuerzos; lo hará en mayo de 1585.

Automáticamente organizará a sus hombres para de una vez por todas hallar El Dorado, que dice tener precisado en el territorio de Guayana; sin embargo, le llevará dos años más doblegar todos los obstáculos. Trazará, en segunda oportunidad, planes con el objeto de poblar la isla de Adole, para ir en busca de la laguna Manoa. Vía a los llanos tomará los cursos de los ríos Casanare y Meta hasta llegar al Orinoco; fundará un pueblo sabana, Siamacú, que será considerado el primer intento de poblamiento en Guayana. Tendrá que soportar nuevamente el invierno y la rebeldía de los indígenas, que redujeron significativamente a los pobladores, lo que se tradujo como otro fracaso de dar con El Dorado.

A principios de 1588 regresará, quebrantado de salud, a la margen derecha del Orinoco. Una vez repuesto, se endeudará con la Real Audiencia de Santa Fe para la conquista de Guayana, contando con cien soldados con que partiría del Casanare en 1590.

Su intención era posesionarse del Orinoco, penetrar la sierra, irse río abajo y destruir toda posibilidad de regreso. Después de sortear serios problemas, llegará hasta el río Caroní, tomará posesión en nombre del rey y lo llamará San Jusephe; y levantará un fuerte –Mariquita– en 1591. Aguardando apoyo se encaminará a Margarita, explorando de paso la isla de Trinidad; hará un reconocimiento hasta el puerto de Canucurapo, sitio que consideraba ideal para edificar la ciudad que sería base de operaciones para el descubrimiento del oro de Guayana; seguiría hacia Margarita tras relatos de El Dorado. Poblar la isla de Trinidad, como punto estratégico entre Margarita y Guayana, fue una de sus insistencias, lo que le trajo diferencias con los gobernadores de Margarita, Caracas y Cumaná, en las figuras de Juan Sarmiento Villandrando, Diego de Osorio y Francisco de Vides, respectivamente.

El 4 de abril de 1595 llegará a Trinidad el inglés Walter Raleigh, quien desembarcará en Puerto España y enviará una comunicación

a Berrío —que se encontraba en San José de Oruña— para concertar una entrevista a la cual el segoviano no asistirá. Cuando Raleigh se encaminaba a San José de Oruña se produciría un encuentro sangriento entre españoles e ingleses, que acabaría con el saqueo de la población y el encarcelamiento de Berrío, a fin de sacarle información de Guayana. Berrío fue liberado por el gobernador de Cumaná —Francisco de Vides— y se dirigirá a Margarita, donde reunirá fuerzas para volver al Orinoco y fundar Santo Tomé de Guayana, en el asiento de Morequito el 21 de diciembre de 1595. En un ambiente hostil, de motines, desertiones y crisis de recursos, una Santo Tomé sin habitantes lo verá morir en octubre de 1597.

VI. ¿UN INGLÉS POR ESTAS TIERRAS?

Walter Raleigh era un inglés de mar y libros, apreciado por la mismísima reina Isabel de Inglaterra. Britto García nos da un perfil del famoso “pirata” en la voz de su imaginario personaje:

Soy el más magnífico caballero que vieron los siglos y en este instante cumpla la más alta hazaña que imaginaron los hombres: desde ahora y para las edades incontables de la eternidad conquisto el perfecto, bello, rico y poderoso imperio de El Dorado. Soy en guerra feroz, en poesía leve, en raciocinio escéptico y neoplatónico: en torno de mí forman las gracias y los dones (...) Y a punto estoy en este momento, de nuevo Colón y más que Colón, de descubrir el más magnífico, rico y poblado Imperio de la tierra; en este segundo estoy, nuevo Cortés y más que Cortés... (1998: 11-12)

La localidad de Hayes Barton lo había visto nacer en 1552. A los 43 años incursionará por el río Orinoco hacia la Guayana, atraído por El Dorado, del cual escribiría un libro de gran impacto para su momento: *El descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana, con un relato de la poderosa y dorada ciudad de Manoa (que los españoles llaman El Dorado) y de las provincias de Emeria, Arromaia, Ayapaia y otros países y ríos limítrofes*. Muy educado, soberbio y arrojado participará en la guerra de religión que estallaría en Francia y lo haría al lado de los hugonotes en 1567. Como *sir* de muchas propiedades y gran influencia política se verá en la Europa de su hora. Como hombre de ideas pero bastante práctico, estará al tanto de la situación americana y sus grandes potencialidades; pensamiento que lo incitaría a ver a su Inglaterra desplazando al imperio español.

Raleigh se transformaría en experto en castellano, analista de la política y literatura españolas acerca de América. Estudiará a Francisco López de Gómara, autor de *Historia de las Indias*, y a Pedro Cieza de León, autor de *Crónica del Perú*. A pesar de fracasar en su primera incursión en América, dará a conocer en Inglaterra la papa y el tabaco. Raleigh asumiría la idea –por lectura e informantes– de

que en el Ecuador existía mucho oro cerca del río Orinoco el y Amazonas.

En 1594 el capitán George Popham atraparé una embarcación española, apoderándose de cartas y papeles del gobernador de Trinidad, Antonio de Berrío, en las que presumiblemente daba noticias del descubrimiento de El Dorado. En febrero de 1595 Raleigh comenzaría su primer viaje en busca de El Dorado. En Trinidad, San José de Oruña, Guayana, Delta del Orinoco, río Caroní, Margarita y Cumaná su rastro se dejó sentir.

A su regreso publicará, en 1596, su famosa obra donde relatará el viaje a Guayana y pasará 13 años en prisión, acusado de conspiración contra el rey Jacobo I. Aprovechará el cautiverio para compilar sus vivencias y utilizarlas como introducción a la historia de su país; su obra quedaría incompleta.

En 1616 será liberado, mas no absuelto de los cargos. Al año siguiente emprendería su segundo viaje en busca de El Dorado, pero esta vez sería su teniente, Lawrence Keymis, quien haría la penetración por el Orinoco. Después de intentos frustrados con sus hijos, de “regreso” a El Dorado, Raleigh fue nuevamente apresado por los cargos anteriores, pero esta vez sería condenado a muerte. Sobre los últimos días de Raleigh, De Armas Chitty nos comenta:

Quando el embajador español en Londres, Diego de Sarmiento de Acuña, Conde Gondomar, se entera que Raleigh ha asaltado a San Tomé de Guayana, reclama al rey Jacobo sus promesas de que ningún puerto español sería atacado por fuerzas inglesas. Gondomar tenía excesivo valimiento ante el rey, aparte de que estaba informado de la vida política de la corte porque subvencionaba a casi todos los nobles. Por eso presiona a Jacobo y a este no le quedó más camino que ceder, de acuerdo con lo que había prometido al embajador. Pero Gondomar pedía que le entregasen a Raleigh para hacerlo colgar en la Plaza Mayor de Madrid (...) Cierro fue que no obtuvo todo lo que pedía, más sí que apresaran al marino, poeta y humanista y le siguieran juicio. Como casi todos, del rey para abajo, estaban comprometidos en la aventura de Raleigh, renovaron una vieja sentencia a muerte por conspirador y le decapitaron... (Ob. cit.: 33-34).

El 9 de noviembre de 1618 se apagarían los ímpetus de otro hipnotizado por el relámpago de El Dorado.

Un largo y lamentable expediente de cazadores de fortunas y de intrusos de mentalidades capitalistas atraviesa nuestro proceso histórico. Ruta que arrancó en el siglo xvi y que en la actualidad tiene sus deudos: aquellos *nuevos doristas* que están siempre a la zaga, pendientes del desangramiento económico del país y nunca de la construcción de un pueblo sabio y próspero.

FUENTES CONSULTADAS

- Britto García, Luis. (1998). *Piratas*. Colombia: Alfaguara.
- Carpentier, Alejo. (2005). *Visión de América*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- De Armas Chitty, J. (1986). *Historia ilustrada de Venezuela*. Caracas: Mediciencia Editora, C.A.
- Diccionario de Historia de Venezuela*. (1997). Caracas: Fundación Polar.
- Friede, Juan. (1961). *Los Welser en la conquista de Venezuela*. Caracas: Edime.
- González A., Manuel. (1979). *Dependencia colonial venezolana*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, División de Publicaciones.
- Herrera Luque, F. (1970). *Los viajeros de Indias*. Colección Temas Venezolanos. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Magallanes, Manuel. (1990). *Historia política de Venezuela*. 7.^a ed. Colección Historia. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.
- Ojer, Pablo. (1960). *Don Antonio de Berrío, gobernador del Dorado*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Pardo, Isaac J. (1988). *Esta Tierra de Gracia*. Colección El Dorado. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Raleigh, Walter. (1986). *El descubrimiento del grande, rico y bello imperio de Guayana*. Caracas: Ediciones Juvenal Herrera.

- Ramón y Rivera, Luis. (1982). *Nuestra Historia en el folklore*. Colección Manuales y Monografías. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Ramos Pérez, Demetrio. (1973). *El Mito del Dorado: su génesis y proceso*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Siso Martínez, J. M. (1953). *Historia de Venezuela*. México.
- Uslar Pietri, A. (1993). *Valores humanos*. T. I., Colección Documentos. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Vetencourt, Lola y Amelia Guardia. (1992). *Historia de la economía mundial*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.

CAPÍTULO III

Más que una fiesta

ESTUDIANTES DEL 28, PRELUDIO DE LAS
LUCHAS MODERNAS EN VENEZUELA

Todos los movimientos estudiantiles anteriores a 1928 pueden considerarse como escaramuzas, siendo el del 28 la batalla frontal contra el gomecismo, despertando a los ciudadanos de su letargo y concientizando a todo el país de la humillación imperante que venía sufriendo.

MANUEL ACOSTA SILVA

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Cualquier estudio sumario sobre las participaciones estudiantiles ocurridas en los siglos XIX y XX, como en la primera década del siglo XXI, evidencia la significación y el protagonismo de la juventud como grupo de presión en el universo sociopolítico venezolano.

Uno de los eventos estudiantiles más significativos de la Venezuela decimonónica fue el que se realizó el 14 de marzo de 1885, conocido como “La Delpiniada”. Fueron los estudiantes quienes celebraron un acto en el Teatro Caracas la noche de Santa Florentina –bajo la iniciativa de Lucio Villegas Pacheco, Manuel Vicente Romerogarcía y Francisco Caballero– utilizando al humilde sombrerero Francisco Antonio Delpino, “El Chirulí del Guaire”, como protesta contra la adulación desmedida que el universo intelectual venezolano rendía a Antonio Guzmán Blanco. *El Delpinismo*, periódico satírico a favor de la libertad de reunión y en contra del “salvajismo y autocracia”, como ellos mismos expresaban, sería el vocero contra el régimen ante la violación de las garantías constitucionales.

Otro acontecimiento que puso en evidencia el papel político de los estudiantes ocurrió a inicios de 1901. Los jóvenes de la Universidad Central de Venezuela, con la intención de zaherir al caudillo andino, emprendieron la tarea de tomar un pintoresco e inocente personaje, Alfonso Sacre, asistente habitual a la retreta de la plaza Bolívar caraqueña, para rendirle fastuosos homenajes. Esta ridiculización, con actos públicos y cabalgatas a todo dar, disgustó sobremanera al presidente de turno. Cipriano Castro, indignado por las burlas indirectas, encarceló a los estudiantes y después cerró la Universidad. Este hecho ha sido denominado como “La Sacrada”. Las protestas estudiantiles, pese a la represión, siguieron en pie.

Desde 1912 se produjeron manifestaciones estudiantiles contra el continuismo de Juan Vicente Gómez. En 1913 cobraron mayor violencia las acciones estudiantiles debido al Protocolo Francés, que fue considerado humillante aun por gentes afectas al gobierno.

En 1921 estará funcionando de nuevo la Universidad Central de Venezuela y los estudiantes no cederán en sus ataques contra

el gobierno. En este mismo año, en el mes de febrero, se llevará a cabo el primer “Congreso Nacional de Estudiantes”. Ya en los preparativos, los jóvenes discutirían el temario tentativo: proteccionismo obrero, el problema del niño, la prostitución, profilaxia, clima tropical-civilización, enseñanza en Venezuela, cultura y problemas económicos. Como se pone en evidencia, los estudiantes tenían plena conciencia y querían participar en el debate político sobre los males más sobresalientes de la República¹. Un grupo de jóvenes irá a parar a la Rotunda de Caracas por apoyar a los empleados públicos—en huelga por aumento de sueldos—de la Compañía Anónima Tranvías Eléctricos de Caracas. Por este hecho los estudiantes recibirían la solidaridad de profesores y directores de liceos y universidades, además, de familias de buena ubicación económica dentro de la estructura social de la época. Apellidos como Phelph, Zuloaga, Pérez Dupuy, Mosquera, Valentiner, Mancera, etc., se pronunciarán a favor de los jóvenes, que más tarde van a contrariar los designios del dictador andino². Una circunstancia favorable hizo que la presión no durara sino veintiún días, ya que para esa época visitaba Venezuela un príncipe español y se decía que se le iba a pedir intervención en favor de los presos. Gómez, para evitar esa petición, puso en libertad a los detenidos. La reseña histórica sobre el movimiento estudiantil no es ociosa: los estudiantes han estado muy activos en la política a lo largo de la historia moderna y contemporánea del país.

Sobre los estudiantes del 28 se ha escrito más de una línea; su rol histórico, circunscrito en el marco del gomecismo, y posterior a él, ha sido objeto de diversas interpretaciones. Bien sea una generación o un movimiento de oposición, su contenido y repercusión no cambia; más allá del calificativo, la realidad se impone. Cualquier examen del Movimiento del 28 no puede obviar la inauguración de un estilo de lucha prácticamente desconocido por la dictadura

1 *El Universal*, Caracas, 21 de febrero de 1921, p. 1.

2 “Los sucesos estudiantiles de 1921”, p. 101-104 en el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores* N.º 10, noviembre-febrero 1960-1961. La misiva es bastante sugerente: “Caracas, 5 de abril de 1921. Señor General Juan Vicente Gómez, Señor General. Maracay. La sociedad de Caracas ha visto con profunda extrañeza el castigo que se le ha impuesto a un numeroso grupo de jóvenes estudiantes...”.

gomecista. Es obvio que lo más trascendente del movimiento 28 es que una parte representativa de sus participantes, alimentados básicamente de marxismo, van a fundar luego los partidos de izquierda radical y moderada: Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Raúl Leoni, Miguel Otero Silva, Juan Bautista Fuenmayor, Juan Pablo Pérez Alfonso, entre otros.

Estas páginas buscan analizar la significación política del Movimiento del 28, desde un doble punto de vista: por la historiografía venezolana, por un lado, y por algunos testimonios de sus representantes más reconocidos, por el otro.

I. VIENTOS DE CAMBIOS

Sin temor a equivocarnos, son las crónicas—siempre sencillas, jocosas y profundas— del poeta Aquiles Nazoa las que mejor describen la Caracas de principios de siglo xx. El trastocamiento de las costumbres de toda índole está poéticamente expuesto en su prolífica obra. Es de perogrullo decir que después de 1926 —año en que el petróleo desplaza la economía agroexportadora— el caraqueño cambia intensamente. Podemos decir que estamos ante un proceso de “desruralización”; la ciudad viene desplazando el campo como eje de la actividad económica. A partir de 1926 tanto el comercio como los servicios —actividades económicas muy propiamente urbanas— superan la agricultura en PTB, dislocando el trabajo campesino para las grandes urbes. Se puede inferir la repercusión socioeconómica de este giro significativo: el impulso de una economía de enclave petrolera alterará las clases tradicionales. La penetración del cine, para nombrar uno solo de los diversos elementos culturales que contribuyeron a una mudanza de modales, tiene mucha responsabilidad en las nuevas formas del comportamiento femenino:

En 1926 ya las mujeres de Caracas habían adoptado definitivamente la moda de la falda corta y el talle bajo, así como las medias de seda color carne, y las ceñidísimas zapatillas con tacón de cinturita que dejaban todo el pie a la vista. Cuando cruzaban las piernas podía vérselas con facilidad unas adornadísimas y rizadas ligas que se parecían vagamente a los dulces de pasta de la *Panadería Solís*, y adoptando una actitud sofisticada que habían aprendido en las películas de Greta Garbo fumaban públicamente en unas finas boquillas, largas como batutas de marfil. Querían ser como el resumen de los distintos especímenes en el que el cine definía la tipología de la mujer moderna: eran audaces y dinámicas, como Perla White; enigmáticas y un poco sombrías como Pola Negri, simpáticas y traviesas como Mary Pickford, y le imitaban a Clara Bow su maquillaje de ojos encarbonados y boca en forma de corazón (Nazoa, 1977: 202-203).

Mucho calco de la moda extranjera y “un espíritu conmovedoramente trivial” caracterizaban esa ciudad de los “años locos”. La huella del automóvil es indiscutible, cuya consecuencia dejaba como saldo toda una “civilización Ford” (Ibídem: 228). La radio fue la pasión colectiva del caraqueño; entretenimiento de toda la familia que socializó nuevos “códigos de comunicación” y sujetó al capitalino a horarios de programación:

Las gentes de aquellos años se congregaban religiosamente en sus hogares para oír la radio, con la actitud de recogimiento y concentrada actitud que se dedica a un buen concierto. Y como había ocurrido con la pianola en los años iniciales del 20, y posteriormente con las victrolas ortofónicas, se instauró entre los caraqueños la moda de poner bailes con radio (Ibídem: 251).

Todo esto se tradujo en una nueva caraqueñidad, hija del petróleo y de la transculturación que trajo consigo nuevas sensibilidades y patrones de consumo. Dicho de otro modo, “los conceptos y fundamentos de la vieja cultura debieron modificarse ante la eruptiva emergencia de otras realidades” (Picón Salas, 1966: 123).

El *whisky* se impuso como la bebida preferida de las acomodadas familias capitalinas. Las *parties* a lo estadounidense³ reemplazaron las tertulias, los valeses y las charadas tradicionales. Fue toda una explosión urbanística y de nuevas expectativas modernizadoras que estaban en el escenario nacional.

Así, a mediados de los años veinte del siglo xx asistimos a un proceso de cambios vertiginosos que modificaron ostensiblemente los hábitos tradicionales y los valores de los ciudadanos venezolanos. En estos tiempos la mujer comenzó a distanciarse de las tareas domésticas; su interés ahora fue el campo político. Si a esta

3 El urbanismo caraqueño, cuyo modelo a imitar es Europa —sobre todo París—, estaba llamado a decaer después de la Primera Guerra Mundial, cuando ya es innegable la creciente presencia de los Estados Unidos en la Venezuela petrolera. Estamos entonces asistiendo a un nuevo ciclo en la vida cultural de la capital. Sería incansable la enumeración de modas y expresiones producto de la transculturación aludida. Piénsese en el charleston, el tenis, los clubes, las bicicletas, el béisbol, etc., lo que nos habla del comienzo de una “nueva cultura” con claro signo septentrional.

descripción sumamos la lucha por la democratización, la presencia de inmigrantes europeos, la hegemonía cultural norteamericana, etc., todo apuntaba a una nueva ciudadanía.

Ya Caracas no era la misma. Venezuela no estaría aislada en el mundo. Las nuevas doctrinas e ideologías permearían la vida política nacional. Las repercusiones de la Revolución rusa de 1917 y el nuevo mapa sociopolítico mundial, el reacomodo de la Europa de la posguerra, las ondas expansivas de la Revolución mexicana, y los conflictos universitarios, conducentes a la Reforma de Córdoba en Argentina, se hicieron sentir, directa e indirectamente, en la juventud venezolana.

II. UN INTENTO INESPERADO

En febrero de 1928, Juan Vicente Gómez va a encarar a una oposición diferente, en la cual los protagonistas de esta escena política serían los hijos de sus amigos, funcionarios y colaboradores. Hace frente el gomecismo⁴ a jóvenes universitarios que no conocieron las guerras intestinas decimonónicas. Irrumpe un grupo de estilo, alejado de liberales amarillos y godos nacionalistas a que estábamos acostumbrados en la Venezuela del siglo XIX⁵. Ante esta moderna protesta responde la dictadura con sus métodos tradicionales: encierro, desaparición y tortura.

Lo que en un primer momento fue un movimiento limitado al mundo estudiantil, producto de la dinámica universitaria, devino en un enfrentamiento político y luego armado contra la dictadura gomecista. De un mero acto académico y festivo se produjo toda una explosión urbana que exigía cambios profundos en la Venezuela del primer tercio del siglo XX.

4 El gomecismo es un tema complejo. Si lo tomamos como período histórico, notaremos que es un término ambiguo que se puede interpretar como la mudanza del caudillismo al Estado moderno; es decir, el inicio de una modernización cuyas posibilidades económicas emanan de la exportación del petróleo y la importación de mercancía. También se puede entender como una “entelequia positivista”. La idea de integrar a un tiempo y un espacio históricos el término gomecismo “simplifica” el análisis respectivo.

5 A lo largo de la dictadura de Juan Vicente Gómez hubo muchas sublevaciones. Entre 1914 y 1922 la oposición antigomecista tiene varias tentativas armadas contra la dictadura. Sin embargo, el aparato gomecista, haciendo uso de su ejército equipado, el espionaje y el miedo a la población, doblegó a sus enemigos con gran facilidad. Entre los movimientos armados contra Gómez se pueden señalar: las invasiones de Emilio Arévalo Cedeño desde Colombia, la de Horacio Ducharne por el oriente, y el alzamiento, en Portuguesa, del general José Rafael Gabaldón; todos en 1914. En 1915 se da una nueva intentona de Arévalo Cedeño. La invasión de Juan Pablo Peñaloza desde Colombia en 1918. En 1919 el alzamiento de varios cuarteles de Caracas y la invasión de Matías Peñuela desde Colombia. En 1921 el intento de invasión del general Francisco Linares Alcántara, y en 1922 la conspiración militar en Caracas.

Los jóvenes estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, entre 1923 y 1925, reorganizaron los centros de estudiantes de Medicina, Derecho e Ingeniería; luego promovieron el relanzamiento de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV), ente coordinador de los centros y su máxima representación, hasta entonces suspendida por una disposición que databa del gobierno de Cipriano Castro.

Como órgano divulgativo imprimieron *La Universidad*, a la vez que planificaron un acto de mayor alcance: la construcción de una modesta edificación para actividades culturales y albergue de los compañeros más pobres, pomposamente llamada Casa Andrés Bello, la morada del estudiante. Para ello se requería hacer actividades “pro-fondos” –como se dice actualmente– y el carnaval de 1928 era el momento propicio para alcanzar la meta propuesta. Las autoridades vieron de buen modo los propósitos de la muchachada, lo que se expresa en el apoyo de la prensa del gobierno en publicitar tan atractivo itinerario de lo que Raúl Leoni, Jacinto Fombona Pachano, Isaac J. Pardo, Fernando Márquez, Elías Benarroch, Miguel Otero Silva, Joaquín Gabaldón Márquez, Rómulo Betancourt, Guillermo Prince Lara, José Tomás Jiménez Arráiz, Jóvito Villalba, Luis Villalba, Carlos Eduardo Frías y Carlos Irazábal fungen como algunos organizadores.

A tal efecto, se elaboró un programa de actividades que incluía desfiles cívicos, conciertos, recitales poéticos y ternera a la criolla. En la realización del plan se destacaba el desfile de rigor desde la alta casa de estudios, en la esquina de San Francisco en Caracas, hasta el Panteón Nacional para homenajear a los “adalides de la patria”; la fastuosa coronación de la reina de los estudiantes, la joven Beatriz Peña Arreaza (Beatriz I); declamaciones en teatros de la ciudad, y algunas concentraciones y charadas para animar la celebración. Se escogieron los estudiantes más aventajados como portavoces de la mayoría: Rómulo Betancourt, Joaquín Gabaldón Márquez y Jóvito Villalba son los oradores en los actos que tendrían lugar en el Panteón Nacional, la plaza de La Pastora y el Teatro Olimpia, respectivamente, acordados como sitios de la movilización que recorrería las calles de Caracas.

Los acontecimientos de febrero se fueron de las manos a protagonistas y espectadores. En su participación en la coronación

de Beatriz I, Pío Tamayo⁶ leyó un poema juzgado como “inapropiado” por las autoridades; asimismo, Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba⁷ y Joaquín Gabaldón Márquez intervinieron en las actividades culturales sin el beneplácito de los cuerpos de seguridad. Por su parte, Guillermo Prince Lara rompió una lápida a la memoria del general Juan Crisóstomo Gómez en el hospital Vargas. La reacción fue predecible: “La Sacrada” reprimió los festejos y encarceló a Tamayo y a los jóvenes que actuaron en los actos públicos. Como hecho sin precedente en la historia republicana del país, los estudiantes fueron conducidos a La Rotunda, y como muestra de solidaridad, el resto de los compañeros se entregaron espontáneamente a la policía. El gobierno trasladó al Castillo de Puerto Cabello a más de doscientos jóvenes, quienes permanecerían doce días en las fortalezas del régimen. Una ola de protestas hizo ceder al gobierno⁸.

Sería el 7 de abril de 1928 cuando “la ocurrencia de los imberbes” se transforme en una rebelión militar contra Gómez, con la participación estudiantil, mediante las gestiones de Juan José Palacios con el capitán Alvarado⁹. La conspiración fracasaría, pero

6 La vida de Pío Tamayo requeriría, por su interesantísima significación, un estudio aparte. Pío Tamayo fue un luchador popular y uno de los pioneros del marxismo en Venezuela. Desde los veinte años el combativo larense ya conocía el destierro. En la Semana del Estudiante, como consecuencia de su poema “Homenaje al Indio”, fue encarcelado el 14 de febrero de 1928. Un fragmento del mencionado poema es bastante ilustrativo: “Pero no, Majestad, / que llegado hasta hoy/ y el nombre de esa novia se me parece a voz, / se llama: ¡Libertad!”. *Repertorio Americano* (1931, 15 de agosto), tomo XXIII, n.º 7.

7 Jóvito Villalba, en el “Discurso ante el monumento que guarda los restos del Libertador en el Panteón Nacional”, concluía su magistral e irreverente intervención con un duro verso de protesta: “Padre Nuestro, Simón Bolívar/ Padre Nuestro, Libertador/ Como han puesto los esbirros/ Tu Santiago de León”.

8 Algunos gremios de trabajadores y el pueblo, en general, protestan las medidas del gobierno. Un ejemplo de lo dicho es la adhesión al gesto de los universitarios por parte de los empleados de Farmacia Caracas.

9 También participaron en esta acción armada: Rafael Vegas, Raúl Leoni, José Tomás Jiménez Arráiz, Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Guillermo Prince Lara, Germán Tortosa, Ernesto Silva Tellería, Miguel Pardo, Clemente Parpacén, Rodolfo Quintero, Rafael Chirinos Lares, Inocente Palacios, Jesús Miralles, José Antonio Marturet, Fidel Rotondaro,

marcaría acciones más comprometidas de los estudiantes en la lucha política. Con el objeto de obtener la libertad de sus compañeros, un grupo de estudiantes redactó una carta, en octubre de 1928, que pedía al presidente Juan Vicente Gómez la reconsideración de sus severas medidas. Solo obtuvieron como respuesta una inmediata orden de captura. Ante la indignación popular, cerca de dos centenas de estudiantes fueron conducidos a las colonias de Araitha, al inhóspito “Palenque” –para aquellos detenidos más peligrosos–, y el resto fue trasladado a Puerto Cabello donde permanecerían hasta principios de 1929.

Tanto en el Castillo de Puerto Cabello como en el ostracismo arrancarían el “adocctrinamiento” de los jóvenes. Es en la conjugación entre el pueblo y los universitarios, liberados por presiones a la dictadura, donde está el quid del asunto: en un ensayo de poder inédito que deja a Gómez sin respuestas creativas ante un descontento verdaderamente inesperado.

Amílcar Plaza, Eduardo Celis Sauné, Luis Felipe López, Simón Gómez Malaret, Armando Zuloaga Blanco, Antonio Anzola Carrillo, Ángel Ugueto, Miguel Otero Silva, Florencio Robles, Benjamín Quintana Silva y otros. Una vez fracasada la intentona pocos pudieron escapar, huyendo Rafael Vegas, Rómulo Betancourt, Miguel Otero Silva, José Tomás Jiménez Arráiz y Armando Zuloaga Blanco.

III. LOS ACTORES HABLAN

Las ponderaciones sobre las acciones de los estudiantes del 28 son complejas y contradictorias, que van desde “un simple impulso romántico” hasta una pléyade “revolucionaria”. A continuación haremos un brevísimo balance de las diferentes evaluaciones sobre el hecho conocido como “generación del 28”, por parte de sus principales protagonistas¹⁰.

Miguel Acosta Saignes asevera que los estudiantes de 1928 influyeron positivamente —en el pensamiento filosófico, político, económico, literario y hasta periodístico— en la historia posterior del país: “... veo al grupo que actuó como un gran semillero de actividades, fructífero para el país” (Otero Silva, 1993:14). Opinión parecida tiene Antonio Anzola, además de afirmar que el grupo del 28 merece el calificativo de “generación”, según el concepto histórico que tuvo José Ortega y Gasset. Para Anzola, “la generación del 28” renovó el pensamiento político venezolano (Ibídem: 17).

Para Edmundo Fernández, los jóvenes del 28 fueron un grupo de pensamiento civilista, con ideales de libertad y justicia social, de orientación transformadora y democrática: “La del 28 fue una generación revolucionaria que no logró en aquel momento hacer su revolución, porque a sus armas: pluma, verbo e ideales, se enfrentaron las armas del dictador: peinilla, fusil y barbarie” (Ibídem: 25). Al igual que Anzola, Fernández arguye que los cambios radicales en lo político, económico y social, experimentados por Venezuela en los últimos años, se deben a la acción emprendida por estos jóvenes en el marco del gomecismo.

José Tomás Jiménez Arráiz, Raúl Leoni, Augusto Márquez Cañizalez y Juan José Palacios se suscriben a los planteamientos de

10 En estas líneas vamos a exponer los diversos puntos de vista sobre los sucesos de 1928 por sus actores más reconocidos. Para tal fin, contamos principalmente con el Prólogo de la obra *Fiebre* (1993), novela de Miguel Otero Silva, de impostergable lectura, que recrea la época en la cual entrevista —a comienzos de los años setenta— a los principales protagonistas de las jornadas contra Gómez.

Edmundo Fernández. El penúltimo de los nombrados, Juan José Palacios, sobre los aportes de los estudiantes del 28 sostiene:

La generación puede estimarse como esencialmente política, aunque sus realizaciones en lo intelectual, económico, científico, social, no pueden negarse. Aun militando en campos opuestos, los hombres del 28 actuaron bajo el signo político y fueron pioneros de las tendencias renovadoras, dieron figuras representativas, se entrabaron por medio del ejemplo con las juventudes que inmediatamente les siguieron (Ibídem: 65).

Convergen Fernando Key Sánchez, Ricardo Montilla y Fidel Rotondaro en que el Movimiento del 28 “modernizó la vida del venezolano”. El saldo es favorable; Ricardo Montilla afirma:

El balance que hago de nuestra generación es de signo completamente positivo y de vastas proyecciones en la historia contemporánea de Venezuela, guardando las necesidades y proporciones, considerado que nuestra generación cumplió en este siglo papel similar al de la generación libertadora en siglo XIX (Ibídem: 56).

Como un mero espíritu de protesta, ven el Movimiento del 28 Rafael Chirinos, Felipe Massiani y Simón Gómez Malaret. Este último lo observa como un fenómeno de raíces profundas en nuestro pueblo, en los antecedentes de la lucha emancipadora y en la obstinación de los venezolanos para la conquista de la soberanía popular (Ibídem: 37). Massiani categoriza que “el 28 fue un apéxito de libertad” (Ibídem: 54), mientras Rafael Chirinos lo aprecia más como un gesto sentimental:

La generación del 28 fue inicialmente un impulso romántico, intensamente cargado de angustia y de aflorado fermento revolucionario. Ambas cosas fueron emergiendo con cada hora, con cada día de la Semana del Estudiante y no pudieron limitarse ya a la aparente frivolidad juvenil programada. Los hombres, a quienes la fiebre cohesionaba, tomaron conciencia y no dejaron en lo intrascendente su entusiasta aglutinamiento (Ibídem: 20).

Para Francisco “Kotepa” Delgado, Juan Bautista Fuenmayor y Luis Villalba Villalba es un error de contenido y análisis adjudicar el rótulo de “generación, en sentido de Ortega y Gasset, al Movimiento de 1928”. Juan Bautista Fuenmayor manifiesta que el grupo disímil –hijos de terratenientes, burgueses de Caracas o de la provincia, burguesía mercantil e industrial– no puede ser tomado como una entidad monolítica, llamada a gravitar decisivamente en el porvenir del país (Ibídem: 31). Para “Kotepa” Delgado, el grupo estudiantil del 28 no fue una generación revolucionaria en el sentido marxista, aunque tuvo un claro fin político antigomecista:

... la situación que estaba viviendo cuando los estudiantes se lanzaron a celebrar la Semana del Estudiante era verdaderamente una situación de repudio al régimen de Gómez, y anteriormente había una serie de sucesos que ya denotaban que de un momento a otro podría estallar un enfrentamiento entre los estudiantes y el gobierno de Gómez (Arcila Farías, 1990: 109).

Rómulo Betancourt ratifica que en Venezuela sí hubo una generación de 1928, aunque admite que se encontraban desprovistos de un bagaje moderno (Otero Silva, 1993:19). Para Rafael Vegas es un mito la “generación del 28” (Ibídem: 80), mientras que para Inocente Palacios fue un grupo que dejó poca huella a la posteridad (Ibídem: 62).

Las visiones de Carlos Irazábal, Guillermo Meneses, Ernesto Silva Tellería e Isaac J. Pardo coinciden en la caracterización de un grupo muy heterogéneo, teniendo sus miembros en común la unión contra la tiranía gomecista. Es decir, un grupo político disperso que se diluyó en sectores sociales diversos y en organizaciones políticas estructuradas. Isaac J. Pardo explica:

He sostenido que la generación del 28 surgió de manera accidental por las torpezas del dictador Gómez. No correspondió a un grupo homogéneo, ni a un pensamiento más o menos definido. Lo único que nos caracterizaba era la inconformidad ante la dictadura y ante el atraso

nacional. Las vicisitudes del 28 y de los años siguientes agudizaron nuestra sensibilidad (Ibídem: 66).¹¹

Rodolfo Quintero acota que falta un “estudio serio, objetivo, enmarcado en una metodología científica” acerca de los estudiantes del 28; afirma que no se pueden obviar los vínculos existentes entre los jóvenes con los trabajadores: “... los componentes de esa ‘generación’ —continúa Quintero— echaron las bases teórico-prácticas del sindicalismo revolucionario, además de introducir nuevas corrientes filosóficas” (Otero S., 1973: 70-71). Mientras que, por su parte, Jóvito Villalba objeta que el “movimiento del 36” fue mucho más importante históricamente que el del 28 (Ibídem: 85).

11 Para ahondar sobre los detalles del cautiverio de los jóvenes del 28 y sus diatribas político-ideológicas, véase la entrevista realizada por Elías Pino Iturrieta al Dr. Isaac J. Pardo (1982): “Los presos de la Semana del Estudiante”, *Cuaderno de Historia*, año 1, n.º 1, Facultad de Humanidades y Educación/Universidad Central de Venezuela, pp. 9-39.

UNA NOTA DE CIERRE

Como una élite política, es decir, una minoría procedente de clases pudientes, heterogénea pero de intereses comunes de oposición al régimen gomecista, de formación universitaria al día con los grandes movimientos y pensadores de la época, nada es más aceptable que el calificativo de generación “emancipadora”.

Los jóvenes del 28, más temprano que tarde, intuyeron el divorcio entre Juan Vicente Gómez, como dictador, y lo que era el gomecismo como forma de gobierno; de lo que era una “revolución” como cambio sustancial de la vida nacional, al llano golpe de Estado. Los jóvenes desde el principio se definieron como grupo, evitando un liderazgo personal y desconcertando desde el primer momento a los personeros de la dictadura; asumiendo, tal vez inconscientemente, una visión modernizadora del país –esto vinculado aún con la racionalidad positivista en boga– y la creación –esto sí muy deliberadamente– de órganos intermediarios como partidos políticos, para el impulso definitivo hacia la sociedad urbana.

De las “charadas” de la Semana del Estudiante surge una manera moderna de oposición combinada. En primer momento pacífica –cívica, diríamos hoy– que contó con el respaldo de las “principales” familias caraqueñas; y, por el rumbo que tomaron los acontecimientos, violenta como fue el intento de la toma de la Guarnición de Caracas el 7 de abril de 1928. La significación histórica –a más de ocho décadas– del movimiento aquí sintéticamente examinado sigue suscitando curiosidad investigativa.

FUENTES CONSULTADAS

- Acedo Sucre, María y Nones, Carmen. (1994). *La generación venezolana de 1928 (Estudio de una élite política)*, 2.ª ed. Caracas: Fundación Carlos Eduardo Frías,.
- Almandoz, Arturo. (2002). *La ciudad en el imaginario venezolano. Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los techos rojos*. n.º 5. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Arcila Farías, Eduardo. (1990). *1928: Responden los protagonistas*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Documentos que hicieron Historia. Siglo y medio de vida republicana 1810-1961*. (1961). Caracas: Ediciones Presidencia de la República, tomo II, pp. 141-143.
- Fundación Polar. (1997). *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas.
- Luciani, Jorge. (1930). *La dictadura perpetua de Gómez y sus adversarios*. Venezuela: De Laisne y Rossboro, Inc.
- Méndez Salcedo, Ildelfonso. (1995). "Los del 28: ¿una generación o un movimiento de oposición y renovación?". En: *Seis temas de historia venezolana*. Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Ángel García e Hijos.
- Méndez, Rosalba. (1993). "Gómez: ¿un período histórico?", en *Juan Vicente Gómez y su época*. Elías Pino Iturrieta (comp.). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A.
- Nazoa, Aquiles. (1977). *Caracas física y espiritual*. Caracas: Concejo Municipal, D.F.
- Pereira H., Pedro. (1952). *En la prisión. Los estudiantes de 1928*. Caracas: Librería Santos Luzardo.

- Picón Salas, Mariano. (1966). *Suma de Venezuela*. Caracas: Editorial Doña Bárbara C.A.
- Otero Silva, Miguel. (1993). *Fiebre* (Prólogo). Caracas: Seix Barral, Narrativa Hispánica.
- Sosa, Arturo y Ely Legrand. (1981). *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla (Los orígenes marxistas del proyecto de A.D. 1928-1935)*. Caracas: Ediciones Centauro.
- Torrealba Lossi, Mario. (1979). *Los años de la ira (una interpretación de los sucesos del 28)*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.
- Varios Autores. (1987). *Gómez, gomecismo y antigomecismo*. Colección Obra Abierta. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación-Universidad Central de Venezuela.
- Vivas, Mercedes. (1982). *¿Quiénes son los estudiantes?* Caracas: Impreso por Litografía Melvin.

CAPÍTULO IV

¿El otro salvaje?

LOS INDÍGENAS EN TRES

VOCES VENEZOLANAS

A MODO DE INTRODUCCIÓN

La historiografía implica el estudio profundo del hombre como ser histórico, su pasado y su legado. Su objeto central, más allá del examen pormenorizado de un autor y su obra, es la relación dialéctica existente entre el hecho histórico *per se* y su inscripción en la conciencia colectiva. Los imaginarios, las representaciones y los proyectos políticos están imbricados en el discurso histórico —nunca *acéptico* y puramente cognitivo—, muchas veces de manera imperceptible. Cuando evaluamos nuestros estudios históricos podemos notar nudos ideológicos sobre lecturas de la realidad venezolana y latinoamericana, que legitiman inequidades contra actores sociales considerados subalternos.

En el relato histórico tradicional, el indígena ha sido objeto de invisibilización, preterización y, por último, subestimación. Piénsese en el gran ausente de nuestras constituciones republicanas, examinado por intelectuales e historiadores con ópticas entroncadas en la visión “científica” reinante. Compréndase, además, si estos connotados “hombres de letras” —como genéricamente se les llamaba— gozaban de reputaciones internacionales en universidades y academias. La mismísima enseñanza de la historia está condicionada por narraciones donde el indígena está subsumido en el salvajismo y la barbarie.

Nuestro ensayo hace hincapié en tres historiadores que, sin desconocer sus herencias al pensamiento nacional, nos aproximaron al indígena desde un visor múltiple; los dos primeros con un lente profusamente hispanocéntrico y positivista de comienzos del siglo xx: nos referimos a Mario Briceño Iragorry y Carlos Siso; y el último con una mirada rescatadora, la de Mariano Picón Salas, quien encontró en el indígena “afinidades misteriosas”, dignas de ser estudiadas para acercarnos a la complejidad de nuestro tejido sociocultural.

Las letras venezolanas no pueden obviar la contribución, cada día más notoria, de Mario Briceño Iragorry (1897-1958). Como estudioso de la sociedad venezolana de su momento dejó un legado de presencia permanente. Su concepción de la historia como un conocimiento operativo para la construcción de un país más

próspero, o sus juicios sobre un Bolívar legislando a favor de los oprimidos, entre otras muchas bondades de un ideario anchuroso, lo deja en evidencia. Consideramos que la huella de un intelectual es el acumulado de experiencias, saberes y vivencias; de un intenso ir y venir, decir y desdecir, sobre supuestos y tesis cada día sometidas a riguroso examen y expuestas a la aparición de nuevas fuentes. Lo que hoy sostenemos con fervor mañana puede ser objeto de agrias críticas por nosotros mismos. Las pasiones, las filias, las fobias, los prejuicios de clase, el clima de opinión, el avance de la disciplina y nuestras profundas subjetividades, en el dialéctico proceso de producción de conocimiento, van cincelandando visiones del mundo y sus realidades. Decimos esto porque la celebrada obra *Tapices de Historia Patria* (1934), del autor trujillano¹, aun cuando genera adelantos en la comprensión de *la morfología cultural de Venezuela*, no se aparta del positivismo en boga, paradigma hegemónico de la Venezuela gomecista en que el indígena es ciertamente despreciado, tanto en su cotidianidad inmediata como en el campo universitario propiamente dicho. La exposición de términos innovadores y la apología a “los valores de la cultura hispánica”² contrastan con la subestimación de lo originario, como núcleo integrador de nuestra historia primera. La conceptualización organicista de la sociedad bajo los parámetros del orden y el progreso, y la creencia de Europa –en este caso España– como único mundo civilizado, serán dos supuestos conceptuales subyacentes en Mario Briceño Iragorry a la hora de abordar la historia nacional. Evaluar *Tapices de Historia Patria* –ápice de una tendencia mayor– no minimiza, insistimos, el saldo positivo ulterior del historiador venezolano para descifrar los pormenores de un país asediado por las culturas foráneas.

1 En su biografía intelectual, los críticos coinciden en que es a partir de 1946 que arranca la etapa de madurez en su producción ensayística e investigativa. Escribe y da a conocer tres de sus obras más trascendentales: *Casa León y su tiempo* (1946), *El regente Heredia o la piedad heroica* (1947) y *Mensaje sin destino* (1950).

2 El propio autor se define como reevaluador de la cultura española y le da este sentido a su obra. Fue crítico acérrimo de la tesis del hiato histórico entre la colonia y la república, propuesta por César Zumeta en 1932, asumiendo que la colonia aportó a la conformación de la nacionalidad y fue la independencia parte del cierre de dicho proceso.

La corriente de la cual abreva el laureado autor Carlos Siso (1889-1954)³ para explicar la historia nacional no difiere mucho de la lectura del autor trujillano anteriormente referido. Sin embargo, distan, además del estilo claramente preciosista del intelectual andino, el sello eminentemente “sociológico” de la *Formación del pueblo venezolano* (1941); obra de gran valía en un momento en el cual la Antropología comenzaba a galvanizar en nuestro ambiente académico⁴. Sin embargo, en Siso priva, más que una exoneración de toda culpabilidad a los hispanos, el interés por la “composición étnica” de la “estructura de la sociedad hispano-venezolana”; expresiones y categorías en que comenzaban a imponerse en el mundo de la historiografía, hegemonizada por los ensayos libres —con sus excepciones—, pocos amigos de aparatos eruditos, de citas y referencias. Tanto el lenguaje como la formalidad de la *Formación del pueblo venezolano* tienen un carácter más sistematizador entonces.

Si en Mario Briceño Irigorry se perfila un total alejamiento de lo indígena como expresión negadora de una nacionalidad modernizada⁵, y en Carlos Siso con una tesitura más científicista,

3 Recordemos que este trabajo que consta de 2 tomos fue acreedor del Premio Cultura Hispánica 1951, en Madrid. La obra fue escrita en Francia, con escasez de fuente, como nos confiesa el autor. Carlos Siso era egresado de Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela (1917). Además de historiador y sociólogo, se había desempeñado como diputado por el estado Aragua (1922), Secretario General de la Gobernación del Distrito Federal (1925) y Secretario de la Presidencia de los estados Mérida (1932-1933) y Lara (1933-1935). Su rúbrica se dejó ver en *El Universal*, de Venezuela, y *La Revista Sociológica*, de Argentina.

4 Sería a escasos dos años de publicada la obra de Carlos Siso cuando se concretase el Grupo Caracas de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía. La impronta de Gilberto Antolines, Walter Dupouy, Luis Oramas y Tulio López Ramírez fue determinante. Esta pléyade encontró como órganos de divulgación *Actas Venezolanas* y *Revista Nacional de Cultura*. También es digna de mencionar la iniciativa de fray Cesáreo de Armellada en la creación del Departamento de Antropología de la Sociedad de Ciencias Naturales de la Salle.

5 Esta será una palabra que se impondrá en Venezuela en los años treinta, fundamentalmente. En ella la educación es percibida como una herramienta de inserción del ciudadano —no el indígena— al conjunto social, mediante una progresiva movilidad social sostenida sobre el mejoramiento de ciertas condiciones de vida. La diatriba de una élite gobernante e intelectual se centraba sobre cómo alcanzar desde las instituciones del joven Estado venezolano la “civilización” y el progreso. En estas estrategias la radio y la literatura juegan un rol estelar.

encontramos al originario como un incapacitado para operaciones intelectuales de alto calibre. En Mariano Picón Salas (1901-1965)⁶ se abre la puerta para una revaloración de un aborigen de herencias culturales con dimensiones incalculables. El ensayista merideño, en su obra *De la Conquista a la Independencia* (1944)⁷, aguza la mirada inclusiva cuyo soporte fundamental es la “profana” ciencia arqueológica.

El análisis de los textos y contextos de *Tapices de Historia Patria* (1934), de Mario Briceño Iragorry; *Formación del Pueblo Venezolano* (1941), de Carlos Siso, y *De la Conquista a la Independencia* (1944), de Mariano Picón Salas —obras celebradas por las academias del momento— es el fin de nuestro trabajo para caracterizar un discurso *negador-del-otro*, que aún goza de muy buena salud y una óptica emergente en la cual el indígena es un ciudadano digno, que debe ser respetado e incluido en un país pluricultural y diverso, como reza nuestra Carta Magna.

6 En su larga hoja de vida se destaca como ideólogo del Instituto Pedagógico Nacional y la futura Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. Es considerado por propios y extraños como el primer ensayista de nuestro país. Como escritor de gran erudición y versatilidad se preocupó por los procesos culturales, la historia de las ideas y el pensamiento latinoamericano. Prolífico en géneros diversos desde la novela hasta las evocaciones: *Viaje al amanecer*, *Miranda*, *Pedro Claver*, *Regreso de tres mundos*, son algunos de sus más sonados éxitos.

7 En la edición original Pedro Henríquez Ureña hace una nota introductoria que había aparecido en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 25 de febrero de 1945: “Oportuno y ejemplar es el esfuerzo del distinguido escritor venezolano. Mucho queda, y quedará siempre, por investigar, pero con los materiales ya reunidos es posible emprender obras de conjunto con espíritu de síntesis, sin esperar —larga espera y vana— a que esté completo el repertorio de los datos. Y tanto más ejemplar y oportuno cuando el autor sabe recordarnos que el pasado es lección para el presente, si sabemos leer” (Picón Salas: 1982, 14).

I. “ENEMIGOS DE LA VIDA CIVIL”

La presencia indígena en la obra *Tapices de Historia Patria* (1934) no se puede divorciar de una constante en la pluma del intelectual andino, y que tanto él como otros historiadores coetáneos izaron banderas: la defensa de la impronta ibérica en nuestro universo cultural, en el marco del revisionismo historiográfico propio de las primeras décadas del siglo xx venezolano.

Mario Briceño Iragorry ve de mala manera los reproches que se le hacen a los hispanos sobre su inhumana actuación, desconociendo su obras edificadoras, los aportes del pueblo que “nos dio vida y forma social”. Por ello, afirma que Venezuela no existía antes de la llegada de los españoles por las costas orientales el 1° de agosto de 1498. Venezuela vendría después a configurarse en un proceso de tres siglos que cerraría, en primer momento, con la creación de la Capitanía General el 8 de septiembre de 1777, *ante diem* del 19 de abril de 1810. Sostiene que nuestra patria es “el hogar del conquistador”, más que la morada de las tribus aborígenes: grupos humanos endebles tanto en lo físico como en lo intelectual. Esa sangre indígena –continúa el autor– alcanzará hidalguía cuando se mezcle con la blanca, dando paso al plasma sanguíneo criollo (Briceño, 1982: 41). Si bien por el ansia de oro muchos aventureros españoles cometieron acciones viles –que han servido para argumentar la leyenda negra–, la instrucción y la protección indígena fue más importante. Por ello hay que sopesar los hechos en su justa dimensión; no dejarnos seducir por los “residuos osteológicos” ni por exóticos *relictus* de tumbas y enseres autóctonos. Es menester tener presente –reitera Mario Briceño Iragorry– a los primeros cronistas y archivos; en todo caso, nuestro pasado indígena está en franca desventaja con otros pueblos verdaderamente valiosos:

Nuestros indios, o los indios que vivían en el actual territorio nacional, podríamos catalogarlos como pertenecientes a las tribus más atrasadas de América. Los restos arqueológicos hallados en huacas y sepulcros, que indican un verdadero desarrollo cultural, no corresponde a la población hallada por los conquistadores: unos pertenecen a pueblos por entonces desaparecidos; otros a tribus ya en estado de decadencia;

y los más sirven para mostrar el radio de las migraciones culturales que, partiendo de las regiones realmente avanzadas, se expandieron por el territorio americano (Ibídem: 42).

Asimismo, Briceño Irigorry asevera que los indios de estos lugares no representaban, desde el punto de vista de la organización político-social, *una comunidad continua*:

Quien siga las antiguas clasificaciones etnográficas no llegará nunca a comprender el origen ni la naturaleza de aquellos primitivos pobladores, según es el número de tribus y familias; pero esfuerzos conscientes de estudios contemporáneos han sido buena parte para lograr una clasificación lógica y precisa, que permite orientarnos en tan abstruso problema (Ídem).

Por otro lado, sería un desacierto tener a los indígenas como seres pacíficos y a los conquistadores como personajes cruentos; “si no véase –nos convida el autor– el proceder de los ‘invasores caribes’ originarios de las selvas amazónicas, quienes doblegaban a sus vecinos y monopolizaban las tierras, la sal y los venenos para sus flechas dominadoras. La inclinación guerrerista de los caribes se hacía notar ante los arauacos y betoyes, de ‘costumbres sedentarias’, quienes se encargaban del cultivo del maíz y la yuca, el tejido de algodón y pita”. Así va legitimando Briceño Irigorry la embesitada europea:

Mientras los segundos –los arauacos y betoyes– se aposetaban en tierras labrantías y construían primitivos regadíos, los caribe preferían el litoral con sus salinas y los grandes ríos, donde se dedicaban a la pesca y a la fabricación de canoas y piraguas para sus audaces aventuras marítimas. Sus costumbres diferían notablemente: gran señor parece haber sido Manaure, cacique de la parcialidad caquetía, de la gran familia aruaca; duros y crueles eran ciertos indios de extracción caribe, comedores, según decir de Gómara y otros cronistas, y lo confirman documentos de la época, de “carne humana, fresca y cecinada” (Ibídem: 43).

Después de esta descripción de *bestiales e irracionales indígenas*, cuál podría ser la respuesta del soldado español, arcabuz en mano, como representante de la stirpe caucásica:

El soldado español, cuya inconfundible altanería celta-romana se había acrisolado durante la larga lucha contra los moros, era natural que mirase con desdén aquellas razas bárbaras de antropófagos e idólatras. Los primeros en venir buscaban en general el precio de la aventura, y cuando escasearon las perlas y las pepitas de oro, y aun sin tal escasez, fundamentaron en el canibalismo de algunos naturales y en el buen consejo del licenciado Zuazo la razón de esclavizarlos y venderlos para acrecentar la granjería. El rey mismo, que dudaba de la humanidad de aquellos, sus nuevos súbditos, autorizó con su firma la licencia de hacer sacas de esclavos, y los salteadores asolaron nuestras playas (Ídem).

De igual manera, la incursión colonialista española del xvi encontró la contraparte en teólogos que predicaron la justicia y la equidad, raíz profunda del nuevo derecho de los pueblos. “Del mismo modo –prosigue– ese desprecio a lo hispano y esa adscripción ‘sentimental’ a lo indianista ofusca el análisis sobre una labor sin precedentes y universal: las benignas y desinteresadas excursiones españolas”. Justificaba así Mario Briceño Iragorry la expoliación española con cierto providencialismo cándido:

Con las carabelas de la conquista venía un imperativo de cultura, más que un simple propósito de lucro. Una ley histórica, que hasta los pacifistas nos vemos obligados a respetar en su dimensión pretérita, y la cual fue aplicada a las mismas prédicas cristianas en la época de las Cruzadas, enseña que las conquistas de las culturas no abarcó radio mayor que el señalado por el filo de las espadas guerreras o su próximo temor (Ibídem: 45).

Nos recuerda Mario Briceño Iragorry que no fueron precisamente los juristas de Roma quienes formaron en el mundo de la política a los pueblos del imperio: el pretor, ícono del martillo imperial, se hacía acompañar del edicto, semilla de todo derecho. La Iglesia también, pese a estampar su cruz en los escudos legionarios de Roma:

... puso más tarde bajo el amparo de los bárbaros la paloma evangélica. Las culturas antiguas se expandieron como sello de bélicas conquistas o como botín arrancado a los vencidos; cuando los romanos dominaron

el imperio macedónico, advirtieron a su regreso a la Ciudad Eterna que el águila legionaria cubría bajo sus alas lechuzas atenienses (Ídem).

Así, cuando el hispano se impuso al indígena, más que saqueo y culturicidio asistimos al encuentro de “quince siglos de cultura occidental que, salvando el azar de los mares, reclamaban mayor radio para la vitalidad de sus símbolos. El carácter expansivo y penetrante de aquella jornada memorable no fue sino la expresión de voluntad que caracteriza las etapas superiores de la vida del hombre y de los pueblos, y que se ha resuelto, en demérito de la paz y la justicia, por el empuje de la espada que domina penetrando, o que se ampara tras el escudo solitario que sabe resistir el oleaje de los dardos salvajes” (Ídem).

¿Eran los españoles del siglo xvi hombres desalmados que vinieron a arrancar los preciados metales a los aborígenes? “No —responde Mario Briceño Iragorry—; al contrario, fueron afortunados los primeros habitantes de haber sido descubiertos por hombres de empresa, futuros fundadores de pujantes ciudades. Si bien llegaron con espadas destructoras, trajeron la balanza de justicia; que si bien arribaron a las costas venezolanas tesoreros, soldados y verdugos, por qué no mencionar los predicadores, los poetas y los cronistas” —arguye.

En su explicación de “cómo entraron los indios a la vida civil”, Mario Briceño apunta, agarrado de la mano de Vitoria, la idea del “protectorado tutelar”; es decir, encomenderos y misioneros sacaron al indígena de su mundo de ignorancia y barbarismo⁸. Es así como el binomio cruz-vida civil es expresión del noble empeño de hombres valientes, vencedores de inmensos y hostiles territorios: “La flecha enherbolada, el fuego voraz y la macana contundente cuántas veces detuvieron la marcha del asiento de los frailes, en ocasiones forzadas a buscar apoyo en los escoltas de guerra para

8 Mario Briceño Iragorry menciona al fraile dominico español (1483-1546), quien se preocupó por los derechos de los indígenas para recalcar el carácter humanístico de la conquista. Si bien Francisco Vitoria con sus ideas de los “justos títulos” estableció que los aborígenes eran los legítimos dueños de América —por el principio del libre arbitrio, la existencia de las leyes naturales, la noción de la bondad natural y el Estado protector—, el impulso de la invasión española como iniciativa “civilizadora” fue mayor a su entender.

poder librarse de la ferocidad de los indígenas, rebeldes a recibir la civilización y la doctrina de que aquellos eran representantes en la selva bárbara” (Ibídem: 85).

Mario Briceño Iragorry interpela a los historiadores que, a su juicio, alegremente ponderan las misiones como un *régimen de esclavitud legal* y no como tarea a favor de los indios “perezosos”, “enemigos de la vida civil”, “infelices propietarios de aquellas ricas comunidades”, incapaces de administrar sus bienes sin el raciocinio europeo. Todo el afán conquistador es avance sociorracial en el que el otrora primitivo da un salto cualitativo en las indeclinables leyes del progreso social por la acometida conquistadora, al reemplazar “la cruz por el tocoso fetiche; sustituido por la lengua de España el pobre dialecto; trocadas en hábitos civiles las antiguas costumbres es, aunque débil, un ser espiritualmente nuevo” (Ibídem: 91).

Se nos revela otro tiempo, apunta Briceño Iragorry, en el cual la raza que se impuso buscaba para bien de los sometidos la “nivelación de las culturas”. Las ideas sobre una nacionalidad de cabildos autonómicos “ausentes de odio social” entre blancos y pardos, y de salvajes que han adquirido su carta de civilidad por ligarse con los hombres blancos superiores —refleja Mario Briceño Iragorry en su ensayo hispanocéntrico, en el cual lo indo-originario lleva la peor parte.

II. MÁS EMOTIVOS QUE PENSADORES

De entrada en la *Formación del pueblo venezolano*, Carlos Siso no esconde su filiación teórica:

Y se deben seguir los principios de la Escuela Positiva, considerando la sociedad como un organismo, analizándola en sí misma, en sus ideas colectivas, en sus tendencias, en la influencia que ha ejercido sobre el “individuo”, desentrañando el origen de sus “instituciones” y la manera como estas han evolucionado; pero se deben acoger con cautela las críticas que ella hace a la escuela positivista, a la cual niega una colaboración eficaz en los estudios sociales, para poder así, desechando la reserva, aportar al estudio de las colectividades hispanoamericanas —y muy especialmente a la venezolana— el valor que los rasgos psicológicos de españoles, indios y negros han tenido como factores determinantes en la formación y evolución del carácter nacional (Siso, 1982: 18).

No se debe despreciar, nos advierte Carlos Siso, el estudio tanto de los individuos como los “pueblos gruesos” para entender la sociedad venezolana. Siso esboza brevemente “la población precolombina” suramericana, dando respuesta a la interrogante sobre el origen del hombre y haciendo hincapié, a su vez, en las condiciones étnicas y en la ubicación geográfica como bases explicativas del “grado de progreso social” de las poblaciones radicadas para el momento de la llegada del colonizador, entre las alturas andinas y las costas del Océano Pacífico, respectivamente⁹.

9 Autores como Marcellin Boule, Eugene Pittard, José Ramón Ayala, Chinchore, Julio César Salas, Paul Rivet, entre otros, sirven a su marco teórico. Explicaciones de paleontólogos, filólogos, etnólogos y antropólogos son citadas profusamente por Carlos Siso. Nos da noticias el autor venezolano sobre los chibchas, aruacas, los caribes, los guaraníes, los quichuas, los aymará; así como las confederaciones (de Bogotá, Cara, Chimus, Araucana) como expresiones concretas de las “primeras organizaciones políticas precolombinas”. También describe “cuáles fueron las causas que condujeron a la nación quichua a ese grado de grandeza social y política y determinaron la creación del imperio Inca”.

Sin lugar a dudas, uno de los filones más llamativos de la obra de Carlos Siso, y que nos ayuda a desnudar su apreciaciones sobre los indígenas, es el referido a la “Psicología del primitivo”, haciendo clara alusión a las tesis de Lévy-Bruhl¹⁰. Afirma que en el caso venezolano, para el momento en que llega Cristóbal Colón, los indígenas vivían en el “paleolítico”, lo que ya pone de evidencia su interpretación mecánica de los fenómenos americanos. Para Siso, el desarrollo que ha seguido el indígena americano es idéntico a las demás razas; tanto las imágenes como los objetos son los mismos para los “pueblos en su infancia”, nos dice. Sin embargo, los pueblos “primitivos tienen una lógica distinta al hombre civilizado”. En el indígena prevalecen “las fuerzas sobrenaturales” más que el razonamiento “verdadero”, es decir, el pensamiento lógico. En la mente del aborigen no hay procesos cognitivos de altura, como sí los hay incluso en aquellos hombres blancos, quienes aun desconociendo las materias científicas hacen uso de los análisis lógicos y de juicios razonados. Por su parte, misticismo, oscuridad y sinrazón definen lo indígena:

No se preocupa de buscar la unión causal, el porqué de las cosas, porque para él la razón de ella reside en la acción de esas “fuerzas sobrenaturales”, expresadas en las formas de seres animados, como cuando lo hacen en la persona del Brujo, o de seres inanimados que están impregnados de la acción de ellas. Ese es el motivo por el cual todo fenómeno, por natural que sea, todo acontecimiento que le interese o le extrañe, lo atribuye a poderes ocultos porque él no razona, y si lo hace es en forma tan débil que apenas puede considerarse como principios elementales de la abstracción (Ibídem: 39)¹¹.

10 Lucien Lévy-Bruhl (1857-1939). Es un sociólogo y antropólogo francés de gran reconocimiento, seguidor en parte de las ideas de Durkheim. Defendió la concepción de la moral como “ciencia de las costumbres” que obedecen a leyes cuasinaturnales. Siso, quien hace su investigación en el mundo galo, encuentra en Bruhl un modelo sobre la “mentalidad de los pueblos primitivos”. En el caso americano, no sobra decirlo, estas ideas son objeto de duros análisis.

11 Se apoya en R. Kreglinger para formular su juicio. Solidaridad automática, propiedad de carácter social, conductas equiparables a las de los animales, adjudica el autor a los indígenas.

De allí que los agentes integradores “primitivos” de la sociedad venezolana, negro e indio, pensaban –a decir de Siso– de “manera emotiva”, sin idea de “futuro”, sin interés por la inteligencia, apegados a sus ídolos. Sería el caso del idioma ibérico donde se ponga en evidencia “una suma dificultad para coordinar y expresar las más sencillas ideas en español”, superior a “sus toscos dialectos”. Si la lógica de los idiomas es producto del conocimiento humano en su máxima expresión, entonces los indios están imposibilitados de alcanzar tan excelso psiquismo. Complejidad, funcionalidad, entramados de preposiciones, relaciones, razonamientos, métodos y sintaxis que no “estaban al alcance de sus facultades”:

Para hacer la expresión cabal de un juicio, tenían los indios necesidad de una serie de operaciones mentales, tales como la comparación, el análisis, la afirmación o la negación de las calidades de las cosas, que usaban los españoles sin esfuerzo, cualquiera que fuera su grado de cultura como fruto del ambiente intelectualizado en que se habían formado. Y que no era posible a los indios porque su actividad mental estaba circunscrita simplemente a las formas objetivas del conocimiento (Ibídem: 45-46).

Los indios –argumenta Siso– dominaron el español gracias a la unión con los hispanos; compenetración que contribuyó a que los primitivos ejercieran el pensamiento complejo y las relaciones sociales verdaderamente civiles. Hasta las operaciones aritméticas simples eran imposibles para estos primitivos, imbuidos de las “representaciones colectivas”. No era aprender español –reitera Siso– sino aprender a pensar, siendo los frailes misioneros los portadores de la cultura, “los verdaderos colonizadores de Venezuela”. (Ibídem: 51).

Siso se expresa en la caracterización de las “principales tribus indias”. Explica los aspectos distintivos de la nación caquetía, la nación chaima y arahuaca; sus rasgos físicos y sus costumbres. Menciona la importancia del medio físico venezolano –llanuras, montañas y el Orinoco– sobre la condición social del indígena.

Una argumentación descalificadora del indígena, presente en Carlos Siso como en Mario Briceño Iragorry, es lo referido a la “crueldad” caribe. Justifica Siso la conquista española, so pretexto de una Europa hermosa y buena:

No solo el Caribe fue cruel. El mundo antiguo no conoció la piedad. En la belleza perfecta del arte pagano se siente la frialdad que deja su ausencia, en la misma proporción en que se nota su falta a través de la maravillosa armazón del pensamiento filosófico griego; y en la que luego se le aprecia cuando se ve más tarde, a la llama sutil, avivar, en ardiente emoción mística, los destellos del alma helénica para que reviva el organismo aspirante de Bizancio. El oriente todavía no lo conoce. Ese sentimiento no correspondía, ni mucho menos, al estado social del Caribe. La piedad es cristiana: nació con el respeto al dolor humano, al pie de la cruz (Ibídem: 71).

Fueron entonces los caribes “feroces” causantes de la decadencia de tribus pacíficas hermanas. El “estado salvaje” en que se encontraban las diferentes naciones indígenas a la llegada de los españoles se debió al carácter díscolo de los caribes.

En síntesis, los indígenas venezolanos no tenían *voluntad de progreso social*; así lo asentaron José Oviedo y Baños, el padre Gumilla y Baltasar de Lodares, tres de “los más autorizados historiadores de la conquista”; único criterio de verdad, tanto de Carlos Siso como de Mario Briceño Iragorry, para enjuiciar a nuestros primeros pobladores.

III. LA PALABRA DISFRAZADA

No esconde su conocimiento el autor de *De la Conquista a la Independencia* (1944) sobre las teorías acerca del origen del hombre americano, de las distintas hipótesis sobre las sucesivas oleadas de hombres venidos –a través del estrecho de Bering, procedentes básicamente de Melanesia y Polinesia– al después llamado Nuevo Mundo. Hombres “hijos del Paleolítico” que no fueron más allá de la invención del fuego, el arco, la flecha y tal vez una “rudimentaria cestería”, nos dice Mariano Picón Salas. En la altiplanicie mexicana –prosigue el humanista venezolano– se da testimonio del comienzo del trabajo agrícola, la alfarería y “estatuillas de tipo más arcaico”. Como muestra de “culturas intermedias” observa Picón Salas las tierras altas de México –Teotihuacan, Tecnochtitlán, Cholula, Mitla, Monte Albán–, así como el área andina de Perú, Ecuador y Bolivia. A que centremos nuestra atención en la domesticación del maíz, de presencia importante no solo en la culinaria sino en la religiosidad de los aborígenes americanos, nos emplaza el pensador merideño. Leyendas cosmológicas estampadas en el *Popol Vuh* maya, por ejemplo, nos dan noticias del origen mágico de una especie humana, milagro indivisible del cereal amarillo impulsor de energía a un gentilicio cada día más emprendedor. La religión azteca tiene a Quetzalcóatl como el descubridor de la planta, de la misma manera que se les adjudica a Cinteotl y Xilonen. Incluso en la festividad católica peruana y boliviana del Corpus Christi, los indios brindaban con su “fermentada chicha en tributo de la Pachacamac, más que al dios cristiano” (Picón Salas, 1975: 23). Versiones parecidas se encuentran en Chile, de los araucanos del sur con el fuerte “muday”. Tanto el uso del maíz como la cerámica están imbricados con la faena agrícola; todo esto definido como “olas culturales arcaicas” que arropan desde México hasta el Pacífico suramericano. El legado en los patrones de consumo y la incipiente industria de “idolillo, vasijas y metales” certifica lo afirmado. Es probable cierto “parentesco estilístico” entre estas dos importantes zonas continentales, enfatiza el autor. La arqueología, reitera Picón Salas, apenas da sus primeros pasos en América para poder satisfacer falencias y rupturas prácticamente sumergidas en

el misterio. Por qué, y en esto la geografía tiene mucho que aportar, en el Centro y Suramérica la vertiente pacífica tiene más abundancia de vestigios de estas primeras civilizaciones que la vertiente atlántica. Y además, cuál es la causa de que en la altiplanicie andina corroboremos una evolución exponencial hacia “grandes estilos”. En lo ambiental y climático están en parte las respuestas a estas sendas preguntas. Culturas provincianas se desprenderán de las anteriores como es el caso de los mayas, quienes para finales del siglo VII ya habían ideado su famoso calendario, y una vez situados en la región Huasteca habrían alcanzado la comarca de Petén, centro de Guatemala, sitio de su futuro primer imperio. Asedios y guerras de culturas vendrían luego. Luchas entre nómadas y poblaciones sedentarias explican este devenir de pueblos e imperios. Ejemplo fueron las guerras entre mayas y aztecas: ricos e innumerables enfrentamientos nos relata Picón Salas sobre este asunto neurálgico de los incas, mayas, aztecas, chibchas, entre otros.

Sin embargo, uno de los aspectos en los cuales más se percata el carácter reivindicativo de lo originario en Picón Salas es el relacionado con lo que denomina sugerentemente “el espíritu indígena”. Y esto pasa nada más y nada menos que por reconocer que los mayas, como otros pueblos americanos, sí tuvieron escritura expresada en un *lenguaje ideográfico*. Aporta una observación cardinal –parafraseando al arqueólogo mexicano Alfonso Caso¹²–, si en su momento descifrar esos *ideogramas* de algunos frescos de murales de Teotihuacan era tarea exclusiva para los “esclarecidos” como sacerdotes y guerreros, cómo “leerlos” en la actualidad. También la poesía es un reservorio que proporciona la gran diversidad y la psicología de los originarios. Toda una sensibilidad indígena se percata Picón Salas: “Primero, y como antítesis del optimismo vital del Renacimiento, del que era un personero, a su modo, el conquistador, los pueblos indígenas concebían la historia como

12 Fue un arqueólogo mexicano (1896-1970) de reputación mundial, que sumó esfuerzos para la profundización de la dinámica de las culturas mesoamericanas, básicamente sobre áreas de Oaxaca. Dos de sus obras emblemáticas, sobradamente conocidas por el humanista venezolano, fueron *La religión de los aztecas* (1938) y *Las exploraciones de Monte Albán* (1938). Mientras fundaba el Colegio Nacional de Arqueología en México para 1943, Mariano Picón Salas daba a conocer *De la Conquista a la Independencia*.

fatalidad y catástrofe. Ninguna idea más alejada de la mentalidad india que la idea occidentalista del progreso” (Ibídem: 30).

En la teogonía azteca huelgan los ejemplos. En la leyenda de los Soles, en cuatro ocasiones había sido destruido el universo. Tanto los tigres como los vientos, las lluvias, el fuego y otros elementos habían sido los autores de esta desgracia. Cada final parió una humanidad enteramente nueva, pero sujeta a su sino, a su infortunio. Todo era un hacer y deshacer, sujeto muchas veces a la voluntad caprichosa de los dioses. Para poder parar este ciclo trágico era necesario implantar los sacrificios. Y aquí Picón Salas, retomando a Alfonso Caso, libra del carácter “salvaje” a la acción sacrificadora al recordar que en la religión azteca, de la que venimos hablando, la sangre derramada por los hombres para sus dioses no es vil asesinato, sino *sustancia mágica*:

Dentro de esta teogonía hasta la vida celeste es una continua guerra y un continuo sacrificio. Para que brille el sol todas las mañanas, Huitzilopochtli, el fiero dios joven que en el curso de los días astronómico va de la morada de los vivos a la fría morada de los muertos, tiene que entablar un siempre reanudado combate con las estrellas y la Luna. Le ayudan en esa batalla matinal, de que es un símbolo la serpiente de fuego, las almas de los guerreros que murieron en las “guerras floridas” o en las piedras de sacrificios. Pero para renacer al día siguiente tiene que ser recogido al ocaso, en el vientre de la tierra materna. Toda esta lucha cósmica por vivir fuera insuficiente, sin embargo, si los hombres no le dieran al Sol, para afrontar con energía tantos peligros, el “chaltchiuatl”; la caliente sangre humana, la bebida que más conforta a la divinidad. Cuando está alimentado con el rojo licor del sacrificio, el Sol se destaca más arrogante ante los dos escuadrones de guerreros, las “estrellas del sur” que quieren cerrarle el camino al cielo (Ibídem: 31).

El sacrificio es visto como parte del ciclo cósmico, en el que es natural y conforme a un orden supremo que la muerte se alimente de la vida. Abundantes son las representaciones de esta idea en las diferentes mitologías indígenas. En los mayas, como en otros pueblos originarios, el pesimismo es una constante. Fatalidad siempre acompañada de estoicismo:

El coraje del indio para el sufrimiento, la noble impasibilidad con que soporta el sacrificio y la muerte serán un tema inicial de la épica americana. Cuauhtémoc, el mexicano; Sorocaima y Guaicaipuro, de Venezuela; los grandes caciques del poema de Ercilla: Caupolicán, Lautaro, Rengo, son los nombres de algunos de esos héroes estoicos. Al guerrero valeroso que murió en el combate le promete la mitología azteca la más bella metamorfosis: convertirlo en colibrí, el delicado pájaro solar que se nutre de flores (Ibídem: 34).

Esa resistencia al dolor la acompaña Picón Salas de humildad y melancolía, dos aspectos comunes del universo originario. También esoterismo muy claro en la poesía indígena revestida de “metáforas oscuras”. Del animismo lírico de los incas, de los espantos cósmicos de los aztecas, del pesimismo y desconfianza quechua, nos habla Picón Salas con insistencia sobre un indígena que es más que barbarismo y violencia:

Simbólico, y a la vez poético, es todo el sistema mental del aborigen. Frente a la lógica, el realismo y el sentido antropocéntrico de la cultura de Occidente el indio erige su mundo de afinidades misteriosas. Son precisamente esos símbolos cuyas claves se han roto para nosotros, y cuyas sutilezas religiosas y cosmológicas solo podían interpretar pequeños círculos de iniciados, lo que ya nos hace tan ajeno (aparte de la mera valoración de las formas) el arte monumental prehispánico. (Ibídem: 35).

Abreviando, Picón Salas marca distancia de la idea de “nivación cultural” y de “representaciones colectivas” de los autores tratados anteriormente¹³. El humanista merideño pinta un rostro indígena más humano, de un “complejo sistema de ideas

13 Este nuevo parámetro interpretativo comenzaba por defenestrar cierto pesimismo trascendentalista y europeísta, con una evaluación más compleja e interesante de la sociedad venezolana y latinoamericana. Si bien la historiografía positivista, hija del método positivo y alimentada del evolucionismo básicamente, irrumpía en Venezuela a finales del siglo XIX y gozaba de aceptación hasta la década de 1940 del siglo XX; en esta cuarta década asistíamos a una historia más cultural y con un lente más poliédrico con Mariano Picón Salas, a la cabeza, quien al poco tiempo fundaría la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de

asociadas” en las que la “palabra disfrazada” (Nahuatlolli para los aztecas), como llamaban los hechiceros para conjurar las fuerzas profundas, es más que mero paganismo; es la invitación a revelar un lenguaje figurado, pleno de formas culturales de una riqueza sin precedentes.

Venezuela, como ya dijimos, con su respectivo Departamento de Antropología regentado por Miguel Acosta Saignes.

A GUISA DE CIERRE

Las líneas precedentes no pretenden negar los aportes de nuestros intelectuales venezolanos, sino advertir una vez más cómo los discursos históricos están atravesados por una acción comunicativa intencional, consciente o inconsciente por quienes los escriben; asimismo, enfatizar el carácter reconstructivo y, por ende, interpretativo del acontecer social.

Sin despotricar de Mario Briceño Iragorry y Carlos Siso, sus ponderaciones en las obras analizadas al evaluar lo indígena rayan en la tesis de la transfusión sanguínea, es decir, en la adscripción a la idea de una superioridad étnico-social de Europa sobre América. Y este punto de vista, claramente etnocéntrico, es expresión de una mundividencia dominante en nuestros claustros universitarios; criterio que se difundió con gran naturalidad, con sus matices, desde el último tercio del decimonono y bien entrado el siglo xx. Por supuesto, esta *negación-del-otro* está unida a la exaltación de la colonia como hazaña civilizadora (Mario Briceño Iragorry), por un lado, y a la necesidad técnico-política de la antropología y la sociología de alcanzar estatus de ciencia importante en el campo académico venezolano (Carlos Siso), por el otro.

Los indígenas en estos dos pensadores nos incitan a repensar lo aborígen en nuestros estudios históricos, en particular, y en nuestros imaginarios y memorias compartidas, en general. Prejuicios raciales que han permeado nuestros sentires, saberes, poderes y haceres en una época de conflictos sociales y de modelos políticos inclusivos. Sin embargo, miradas emergentes y reivindicadoras de mediados de siglo xx (Mariano Picón Salas), que desmontaron las visiones descalificadoras y eurocéntricas de la cuarta década del siglo xx venezolano, nos indican las voces pioneras y nos recuerdan las tareas pendientes. Por esa extraña dualidad de lo irreconciliable, irrumpe una valoración de los indígenas, se deslinda de esa mentalidad de atraso en que cierta historiografía quiere sumergir lo aborígen, que repercute asombrosamente en la actualidad, recordándonos la pluriculturalidad como vía de reconocimiento y de auténtica ciudadanía para la sociedad venezolana del siglo XXI.

FUENTES CONSULTADAS

- Briceño Iragorry, Mario. (1985). *La historia como elemento creador de la cultura*. Colección Estudios, Monografía y Ensayos, 67. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Briceño Iragorry, Mario. (1992). *Mensaje sin destino*. Caracas: Monte Ávila Editores, C.A.
- Briceño Iragorry, Mario. (1982). *Tapices de Historia Patria. Ensayo de una morfología de la cultura colonial*. 5.^a ed., de la ed. de 1934. Caracas: Talleres Litográficos de la Urbina.
- Carbonell, Charles-Olivier. (1986). *La Historiografía* (traducción de Aurelio Garzón del Camino). México: Fondo de Cultura Económica.
- Navarrete, Rodrigo. (2004). *El pasado con intención*. Caracas: Ediciones FACES/UCV-Fondo Editorial Tropykos.
- Nuño, Alicia de. (1969). *Ideas sociales del positivismo en Venezuela*. Caracas: UCV.
- Picón Salas, Mariano. (1987). *Comprensión de Venezuela*. Caracas: Publicaciones PDVSA.
- Picón Salas, Mariano. (1975). *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de Historia Cultural Hispanoamericana*. 5.^a reimpr., de la ed. de 1944. Colección Popular. México: Fondo de Cultura Económica.
- Picón Salas, Mariano. (1966). *Suma de Venezuela*. Caracas: Editorial Doña Bárbara C.A.
- Salamanca, Luis. (1983). "Introducción histórica al pensamiento político del positivismo venezolano (1908-1935)". En: *Los pensadores positivistas y el gomecismo, El pensamiento político*

del siglo XIX. n.º 6, Documentos para estudio, tomo III. Caracas: Congreso de la República.

Siso, Carlos. (1982). *La formación del pueblo venezolano*. Estudios Sociológicos, tomo I. 6.ª ed., de la ed. de 1941. Madrid: Editorial Escritorio Siso.

Sosa, Arturo. (1997). “Positivismo”. En: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, tomo III.

Velásquez, Ronny. (2003). “Cultura local, identidad nacional y pensamiento complejo en la creación intelectual de los pueblos aborígenes de América”. En: *Anales de la Universidad Metropolitana*, vol. 3, (n.º 1), Nueva Serie, Caracas.

Velásquez, Ronny y otros. (2007). “Discurso y racismo en Venezuela: un país café con leche”, en Van Dijk, Teun A. (Coord.), *Racismo y discurso en América Latina*. España: Gedisa editorial, Biblioteca Iberoamericana del Pensamiento.

CAPÍTULO V
**Cumboto o
la heredad negativa**

No puedes imaginar —me confió en un repentino transporte— lo que es la vida en Europa: hay belleza, cultura, alegría y facilidad para todo. Para quien como yo se hizo hombre en aquel ambiente, resulta muy duro volver aquí. Mi hermana, por ejemplo, no volverá. Pero yo he vuelto...

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

... Los hombres no poseen cualidades o defectos por el color de la piel, sino por los regímenes sociales donde viven, en el lugar en que ellos les corresponde (...) Los hombres se distinguen por cuanto hacen, y no fundamentalmente por sus características corporales.

MIGUEL ACOSTA SAIGNES, *VIDA DE LOS ESCLAVOS NEGROS EN VENEZUELA*

Los dogmas artepuristas podrían “argumentarnos” que el escritor, en su libertad absoluta, puede violar las verdades de la historia y de la sociedad con tal que lo haga en pro de los “sagrados” valores estéticos. Sin embargo, esta violación es siempre el producto de una actitud evasiva, enemiga del artista frente a la verdad auténtica, puesto que es imposible la existencia de mayores asideros estéticos para la mentira que la verdad...

RAMÓN LOSADA ALDANA, *EL PENSAR Y LAS FURIAS*

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En los predios de la historiografía es muy común tropezarse con la novela, tanto como recurso explicativo como fuente válida para la reconstrucción de hechos pretéritos y de lo contemporáneo en conflicto. Si urdimos nuestras miradas, notaremos que la llamada novela histórica es hija del siglo XIX, pero que, al igual que la disciplina de Clío, alcanza un gran esplendor en el complejo siglo XX. Hacemos esta afirmación de entrada para ratificar la existencia de dos hermanas que, por avatares difíciles de clarificar en estas palabras iniciales, surcaron caminos distintos. Ambas son tributarias de la mitología, deudoras de las epopeyas, en las que los mitos juegan un papel estelar. De allí que, en parte y como expresión de la crisis de los paradigmas tradicionales de las ciencias sociales, asistamos a un *revival* de la novela histórica, con visores diversos, en que cada día gana más respetabilidad. La apología del carácter “artístico y literario” de la historia, acompañado del estudio del discurso, han servido también de acicate para reivindicar su naturaleza narrativa y vivencial.

El quid del asunto de la novela histórica es su tinte ficcional. Si generalmente recrea eventos de momentos anteriores a su autor, hasta qué punto la hace con la licencia que le da el acto creador o la veracidad documental. Esta es una interrogante que desde Walter Scott (1771-1832) se viene formulando, para llegar a un convenio más o menos aceptable: hechos reales con personajes ficticios o hechos ficticios con personajes reales. El otro asunto es la hiperbolización de protagonistas que sacrifica el trasfondo de los acontecimientos, y esto es una salida muy propicia de los románticos que gozaron de muy buena salud en el decimonono. En Venezuela son proverbiales las obras de Juan Vicente González (1810-1866) y Eduardo Blanco (1839-1912), como connotados representantes de esta tendencia llamada histórico-social. El salto a la novela histórica moderna vendrá luego, más allá de procedimientos y estilos, en el instante en que comienza a tomar más fuerza acendrar conciencia nacional en el lector, que como una burda respuesta al costumbrismo barnizado de realismo. En esta última acepción debemos mencionar, por lo menos, a Arturo Uslar Pietri

(1906-2001) y Miguel Otero Silva (1908-1985). Lo que prevalece ahora es el diálogo, la crítica, más que clisés de lo que somos como nación.

Si convenimos en la importancia de la novela como vehículo que nos da a conocer nuestra realidad histórica, a descifrar parte de nuestro presente, al reforzamiento de la identidad nacional, sin ambages podemos hablar de la significación de *Cumboto, cuento de siete leguas* (1948), de Ramón Díaz Sánchez (1903-1968)¹, que si bien no es una novela histórica propiamente dicha², nos exhorta al análisis de sus elementos estructurantes que ponen una vez más en evidencia el compromiso del intelectual en la edificación del imaginario de su pueblo. Sobre sus valencias Orlando Araujo aduce:

Es obra de vuelo mágico y poético, fábula de calor selvático, de humillados y ofendidos, de dramas lentos y profundos en penumbra de casonas y ranchos donde el amor cura las llagas. El simplismo final (a Díaz Sánchez lo atrae mucho el simbolismo racial telúrico) con que el

1 *Mene* (1936), *Cumboto* (1948), *Borburata* (1960) y *Cassandra* (1967) son algunas de sus obras de reconocimiento mundial. En su hoja de vida es destacable su activismo en los sucesos de 1928, que lo llevó, conjuntamente con una muestra representativa de universitarios, a dos años de presidio en el castillo colonial de San Carlos. Su otro delirio fue, además del cuento y la novela, la propia historia. Y sirve de constancia su *Guzmán, eclipse de una ambición de poder* (1950) que, después de diez años de investigación, defenestra la agresividad demagógica de un Guzmán y la pasividad complaciente de la mayoría. Puerto Cabello lo vio nacer “de espalda al mar”, en la patria de la última guerra caudillesca. Caracas lo despidió.

2 En cambio *Mene* (1936) sí puede ser calificada una novela histórica en la que se develan los desmanes del sistema económico enquistado en una Venezuela de cambios irreversibles. J. T. Jiménez Arráiz (1981: 7), hombre del Movimiento de 1928, prologuista de su publicación argentina, sobre este particular asevera: “Para las generaciones cercanas a la mía y para mi generación, *Mene* fue el relato fiel de la vida en los campos petroleros. Fue un grito de alarma que daba un buen escritor, dotado de una buena capacidad de escudriñamiento y de un gran sentido humano de la vida. Muchos de los hombres de esas generaciones —entre ellos el autor— conocieron personalmente los hechos relatados en este libro; diría yo que lo vivieron”. La denuncia sostenida en la ficción literaria, pero respaldada por la experiencia, le dieron licencia para criticar la acción imperialista de las transnacionales que socavaron —de manera inmisericorde— la intimidad misma de nuestra geografía. Ramón Díaz Sánchez divide su novela en cuatro capítulos titulados Blanco, Rojo, Negro y Azul, de gran carga alegórica.

autor intenta un enlace de razas y culturas resulta forzado y ciertamente artificioso, pero este descalabro no alcanza a derribar la hermosa arquitectura lograda por el amor de Díaz Sánchez a su pueblo, conjugado con profundas vivencias de infancia y con la nostalgia de personajes humildes y soberbios que poblaron un mundo ya remoto (1988: 123).

Cumboto fue una celebrada obra acreedora en su momento del Premio de Novela Arístides Rojas en 1948, asimismo, del Premio William Faulkner de Literatura en 1964; sendos reconocimientos que vinieron a engrosar los diferentes galardones de que gozara en vida Díaz Sánchez. Calificado como novelista parco y directo, esquivo a las “especulaciones formales”, cimentó su obra tanto narrativa como ensayística en el universo psicosocial del venezolano, captando su atención el petróleo, el cacao y la mixtura racial. Algunos lo evalúan como un “nativista” que cierra el ciclo de la temática del negro en el país (Liscano, 1995: 53). Otros lo consideran como un cultor de las “literaturas negristas”, es decir, de obras escritas por mulatos, negros o blancos sobre problemas sociorraciales o sobre la cosmovisión del negro.³

El apretado resumen sobre el argumento de la obra, que nos proporciona Losada Aldana, nos resulta bastante operativo para el examen que realizaremos de *Cumboto* a la luz de la subalternidad:

Cumboto es una novela referente a la región de ese mismo nombre, narrada por el latifundista don Guillermo Zeus y retransmitida por el criado Natividad. La hacienda de Cumboto es heredada por doña Beatriz Lamarca de su feudal padre don Lorenzo Lamarca, quien adquirió aquella heredad de los Arguíndegui –fundadores de Puerto Cabello y de Cumboto– mediante cruelísimos manejos. Con la heredad se casa don Guillermo Zeus, de cuyo matrimonio nacen Federico y Gertrudis, coetáneos de Natividad. Doña Beatriz, a efecto de amoríos juveniles,

3 Este es un asunto muy sensible. Ramos Guédez, estudioso del tema, hizo una advertencia hace más de tres décadas que nos deja todavía pensativos, por lo sospechosamente vigente de sus palabras: “En la novelística venezolana donde se encuentra presencia del tema negrista, se afirma el negro esclavo, el mayordomo mulato, el mestizo rebelde, la negrita bailadora, pura y simplemente sin calar, o mejor dicho, sin ahondar la manifestación dramática y profunda de su existencia en la realidad venezolana” (1980: 89).

había tenido otro hijo, Cruz María, “El Matacán”. Hijo extrajurídico, concebido de su maestro de piano Jaime Rojas y salvado de los ímpetus asesinos de don Lorenzo por Eduvige, quien coloca la criatura en la choza de Cervelión. Federico, luego don Federico, prende grandes amores con Pascua, a quien conocía de la infancia en casa de la abuela Anita cuando escaparon, desde la Casa Blanca y contra la vigilancia de Frau Berza, él (Federico), Gertrudis y Natividad, hacia el río. De estos amoríos entre Federico y Pascua nace “El Mensajero”, quien sirve de desenlace en su simbología de mestizaje estético (1979: 49).

Los meandros de *Cumboto*, novela muchas veces analizada por la crítica nacional e internacional, está preñada de gran complejidad que desborda la naturaleza provisional de estas páginas. En aras de delimitar nuestro examen resaltaremos algo que a primera vista cobra inusitada preponderancia en el autor de estas líneas: la óptica de la negritud en *Cumboto*, de Ramón Díaz Sánchez, con su carga histórico-cultural, enfatizando la dialéctica de la *heredad negativa*. Es así como Natividad, personaje principal de la obra, pese a su carácter afrodescendiente, se desdobra, enmascara, renuncia y enuncia un discurso racista, descartando su propio universo cultural. Natividad es el “otro” en el *territorio de los sueños*; se trasmuta en el sujeto civilizado de tez blanca, único salvador, en su razonar, de nuestras taras seculares.

I. LA VOZ RELEGADA

Desde el comienzo, Natividad, narrador omnisciente, transfiere a don Federico la primacía de la voz, de su carga histórica y su proyección futura. Para ello, el complaciente sirviente destaca las aguas profundas de la psiquis del amo, mientras que asume un rol secundón en su oportunidad de ser oído. No niega su papel de “espía”, por muchas décadas, de su otrora amigo de infancia. Esto comienza por la seducción cultural ante *el otro*, el del canon idealizado:

Yo miro desde la penumbra de la biblioteca y detallo una vez más sus puros rasgos adelgazados por la intensa vida interior; su recta nariz romana, sus ojos profundos y azules ennegrecidos ahora por las sombras que se depositan en ellos; sus labios finos y exangües. Nadie conoce como él la historia de este pueblo, de este país, de esta heredad. Yo, Natividad, que he vivido a su lado toda mi vida, no puedo olvidar esta historia. Si tuviese hijos se la referiría a mi vez para que también ellos la conocieran. Es una historia larga y agitada, hermosa y melancólica, digna de ser conocida (Díaz Sánchez, 1979: 9).

Entre lunas, cicales, cardones y cujies, con el azul marino de fondo, Natividad delata su angustia existencial; sentimiento que será un vector fundamental en la trama intimista⁴. La vida personal de un don Federico solteron suelta las amarras para contar la historia del *señor de Cumboto*, de la Casa Blanca y de ese “mundo primitivo y ardiente” del cual se siente distante. Narra, con tono aclarativo, la homonimia existente entre la hacienda y la región Cumboto, destacando sus brazos al mar y la serranía en derredor.

4 Esta novela está ambientada en la Venezuela finisecular y de principios del siglo xx. Algunos investigadores aseguran que fue la hacienda El Rincón, situada en Borburata, el marco referencial y literario de Ramón Díaz Sánchez. El mismo Díaz Sánchez le confesó a Felipe Massiani en 1954 que “estando en El Palito en 1946, me asaltó la idea de hacer un cuento que tuviese por escenario aquel lugar en donde discurrió mi infancia y parte de mi juventud, y puse manos a la obra sin vacilación. El cuento se volvió novela y ahí tienes el caso explicado” (Losada, *Ibíd*em: 45).

Ese paisaje de costa con una “vegetación áspera y retorcida como pelo de negro” (Ibídem: 13). De la alegría de la casa llena con la familia de los amos y su conforme tarea de bajar cocos para apagar la sed de propios y extraños, Natividad revive su más tierna edad. Es don Guillermo, padre de Federico, quien cuenta aspectos históricos de interés sobre Puerto Cabello y Borburata, así como el papel de la “Compañía Guipuzcoana, una empresa capitalista creada en España para explotar la riqueza agrícola de Venezuela” (Ibídem: 14); invisibilizando, a su vez, a los originarios: “De los indios de estas regiones —prosigue don Guillermo— poco sabemos. Generalmente, se cree que la gente de Borburata y los empleados de la Guipuzcoana fueron los primeros pobladores, pero esto es un error: antes ya habían venido los negros” (Ídem).

La mentalidad escindida de Natividad tiene el primer llamado una vez que escucha la didáctica disertación de don Guillermo sobre la procedencia de sus antepasados africanos, del proceso de poblamiento de tierra firme, de las fugas de las Antillas, de la impronta cimarrona, de las cacerías humanas, de los desafíos del mar donde surge el grito ancestral de: ¡Cumboto! En la búsqueda genealógica de los dominadores, Natividad ubica a don Lorenzo Lamarca, abuelo materno de don Federico, especie de ogro benigno de la comarca que dispensaba favores y castigos, partiendo de la autoridad que le daba ser el dueño de la tierra. Sin criterio sociológico alguno, Díaz Sánchez legitima en Natividad una relación de subordinación:

Sin embargo, los habitantes de Cumboto respetaban a don Lorenzo y le obedecían como a un buen padre. Y tenían razón, después de todo, pues él era quien los proveía de tierras y semillas para que efectuaran sus siembras, de madera y de palmas de coco para sus viviendas, de agua y sal para sus comidas, de aire, en fin, para sus pulmones. Él bautizaba a sus hijos y enterraba a sus muertos; y como sabía algo de medicina, llegado el caso les recetaba píldoras para sus cólicos y ungüentos para sus llagas. Nadie se rebeló jamás contra la autoridad de aquel recio varón, cuya sola presencia bastaba para desarmar a los díscolos cuando la ira o los vapores del aguardiente se subían a sus cabezas (Ibídem: 17).

La cita anterior es emblemática. Don Lorenzo, cual patriarca antiguo-testamentario, es el gran dador de alimentos, bendiciones,

salud y orden: “tierras y semillas”, “viviendas, aguas y sal”, “bautismo”, “medicina”, “autoridad”, etc., son indicadores de la agenda modernizadora de los hijos del posgomecismo. Si vamos despacio, nos percataremos de que estamos en presencia de un programa mínimo de gobierno –en que la “minoría esclarecida” se siente llamada a implementar– para “sacar” del atraso cultural a los sectores populares, a “esos díscolos que los vapores del aguardiente subían a sus cabezas”⁵. Parte de la solución, ante tantas fuerzas disgregadoras, es la transfusión sanguínea europea. Esto lo podríamos resumir con palabras de Antonio Isea:

La construcción de la nación venezolana que articula Díaz Sánchez en su texto novelístico presupone y acepta un espacio para “un otro” que, como Natividad, conozca y sepa, en más de una forma, su sitio, su situación de eterno subalterno. En este sentido, el sujeto afro-venezolano no llega a la mayoría de edad; es un travieso y pendenciero Calibán que necesita la ayuda de Próspero para así *prosperar*. Aparentemente el subalterno, tal como lo ha señalado Spivak, no puede hablar (2004: 140).

Esto explica parcialmente el grosero determinismo racial que Díaz Sánchez espanta por intermedio de Natividad. Darle el mote de parranderos, sangrientos, macheteros, ingenuos y alegres a sus congéneres, además de reduccionista, entronca con lo más aberrante de la pseudociencia positivista. Decir que la vida del negro “ondula en un holgorio constante, entre risas, cantos y charlas interminables” es tan denigrante como lo es su tajante afirmación: “Le encanta jugar. Su atmósfera es de retozo. Imita a los animales del bosque, particularmente a los pájaros por los que siente predilección. No existe un negro que no crea a pie juntillas que los

5 A riesgo de especular, no olvidemos que *Cumboto* es una obra pos-octubrista, y que Díaz Sánchez fue hombre muy cercano de Isaías Medina Angarita. Desde 1936, con su obra *Transición*, ya hablaba del “Partido Necesario” para contradecir la tesis de Laureano Vallenilla Lanz y había ejercido cargos –de director del Gabinete del Ministerio de Educación (1940-1941) y director de Oficina Nacional de Prensa (1942-1943)– importantes en las gestiones de turno. Tengamos esos elementos en cuenta.

animales hablan y que algunas personas poseen el secreto del lenguaje” (Díaz Sánchez, 1979: 17).⁶

Natividad se debate en la duda hamletiana de ser o no negro. De pertenecer a la “blanca mansión del amo” o a los ranchos de los oscuros jornaleros. Todo se trasluce en un maniqueísmo en el cual el negro es pura voluntad ciega, sin inteligencia o trascendencia. Tal vez sea el deporte ancestral de *echar coco* donde mejor se observe la culpa constante de Natividad:

Los cocos me parecían cabezas humanas; cabezas de negros, precisamente. La coraza fibrosa y esponjada del exterior era la cabellera que las ágiles manos arrancaban con un par de tirones. El machetazo se me antojaba un sacrificio de los dioses de la floresta. La complicidad de aquel ejército, en que figuraban muchachas de piel brillante y dientes como luceros, terminaba con un acto indescriptible de sevicia cuando los rabones desprendían de los cráneos los pedazos de sesos blancos (Ibídem: 19).

Es así como *echar cocos* es la gimnasia de un animismo impugnable, hijo, además, de las “ciencias ocultas” en las que el santo encomendado cumple una función importante.

El trato suministrado por Díaz Sánchez a la religiosidad afrodescendiente es otro de los aspectos básicos para comprender el distanciamiento aludido. Para ello se vale de una especie de halo de misterio que atraviesa, con matices del realismo maravilloso, la historia costeña. Sin embargo, a nuestro entender es Anita, abuela de Pascua, madre de Fernando y Ernesto, quien mejor encarna el arquetipo de las creencias de los negros. Como personaje axial en la obra –por experiencias y revividas emociones– posee un baúl de recuerdos; manido signo de secretos inconfesables que posteriormente serían revelados. Con su voz agorera, la abuela Anita contaba de guerra entre las haciendas de café y cacao. Nunca

6 Con tono más profesoral lo diría diecisiete años después: “Hay, empero, en la región más compleja de la psique del negro –tanto individual como social–, características que le diferencian del americano radicalmente. Una de estas características es la del humor. Mientras que el indio en América se manifiesta solemne y dramático, taciturno y ensimismado, el africano es por antonomasia lúdico, mimético, caricaturesco y burlón” (Díaz Sánchez, 1965: 34).

escondió su sentimiento servil a sus amos pasados y presentes. Poseía, además de la elocuencia, el don de la cocina, de la culinaria curazoleña de envidiables recetas que gozaban del reconocimiento de todo el pueblo. Las cremas de frijoles, el *banana-stoba*, los *calás*, el *quimbombó* y los *buñuelos*, saciaban la glotonería de muchos.

La abuela Anita, como cariñosamente era conocida por sus iguales, era una mujer de carnes marchitas pero de gracioso andar. De ella dice Natividad que “su figura tenía el aire de fetiche africano” (Ibídem: 45). Era muy comunicativa cuando de *supersticiones* se trataba:

Eran sus cuentos, o para decirlo con sus propias palabras –sigue Natividad– “sus historias de diablos y de visiones”. La abuela Anita ignoraba el civilizado mundo de las leyendas de hadas donde los príncipes se casan con pastorillas después de rescatarlas de los hechizos de alguna bruja perversa, mucho más esa literatura donde se mueven seres tan refinados como la Caperucita Roja, Blanca Nieves o Robison Crusoe. Las suyas eran verdaderas *historias*, hechos de los cuales podía dar fe jurada; manifestaciones de un universo que no por estar más allá de lo perceptible era menos real que el universo donde nos movemos todos los días. Como introducción a sus alucinantes relatos usaba ella, indistintamente, fórmulas sacramentales. Unas veces decía: “Ustedes pueden creerme si quieren...”. Y otras: “A pesar de lo que digan los incrédulos”. Sus casos referíanse por lo común a ella misma o alguno de sus más cercanos parientes: a su padre, su madre o su abuelo Mamerto (Ibídem: 51).

Una visión de su abuelo Mamerto sobre un hombre que paseaba “con la cabeza en la mano” en la finca El Quisandal, cerca de Borburata, capturaba la atención de los más jóvenes. Difuntos colgados de árboles, “La mula maneada”, el “Carretón”, la “Sayona” y las “Ánimas del purgatorio” son algunos de los fantasmagóricos personajes de sus conversaciones. La creencia de difuntos que entre los vivos expían sus pecados es defendida con sencilla sinceridad por la abuela Anita. Natividad vuelve a calibrarla: “La abuela poseía toda una teoría de lo sobrenatural; teoría primitiva, simplista, pero no por ello menos definida. Su abuelo Mamerto fue un erudito en esta materia, un ‘faculto’ –como ella decía– que sabía exorcizar a los perseguidos por los espantos, ensalmar, rezar toda clase de daños.

Para ella existían dos zonas delimitadas en el orden de los fenómenos del ‘otro mundo’, de las almas en pena y de los demonios” (Ibídem: 53).

La abuela Anita expone las jerarquías en la legión infernal, disculpando a los difuntos de las maldades de los demonios y reconociendo, entre el más grande de todos, a “Mandinga”. Es “Mandiga” el ángel del mal y rey de las tinieblas, autor de todas las ruinas, pestes, sangre y muerte en esta tierra, reitera. Ese “Mandinga” que se asocia a lo oscuro y que para seña mayor es la denominación que se le da al negro del Sudán occidental.

II. LOS HIJOS DEL DEGREDO

La dimensión histórica, tan cara en la novela *Cumboto* debido a la riqueza del espacio y tiempo recreados por el autor, es despachada con pasmosa tranquilidad por Ramón Díaz Sánchez. Por otro lado –y esto no lo desvinculamos del carácter reaccionario que percibimos en *Cumboto*–, los interlocutores presentes en la trama son francamente antiindependentistas. La manera como es tratado de soslayo Puerto Cabello, la satanización de la guerra puesta en los más humildes personajes y otros innumerables ejemplos dicen bastante. Sobre esta idea Losada Aldana redunda:

Y digo así, unilateralidad antiindependentista, porque el autor solo nos pone de relieve los lados negativos de nuestra Independencia, lados ciertamente inevitables en todas las grandes luchas de cambio y de renovación sociales; así como todo parto supone dolores, pero también nacimiento y vida. Por lo tanto, una visión integral del proceso nos impone aprehenderlo no solo en sus aspectos lamentables, sino esencialmente en sus magnitudes de vida y nacimiento. En nuestro caso, Díaz Sánchez ha preferido inflar la bomba sombría de la Independencia y ocultar sus plenitudes vitales y la causalidad de sus fenómenos (Ibídem: 80).⁷

Pero no es solamente la Independencia vista como algo avergonzante, sino la mismísima Guerra Federal que es ponderada por Díaz Sánchez en negativo. Es con la inclusión de Roso, hermano de Cervelión, tío de Cruz María (“El Matacán”), y con la participación del famoso Venancio, que Díaz Sánchez reduce la Revolución

7 No nos sorprende que, posteriormente, sobre el tema de la Independencia, Díaz Sánchez (1964) mantenga un sofisma a viva voz sobre la ausencia de conflictividad étnicosocial en el proceso de dominación hispana. Un poco la idea del “bostezo colonial”: “Hasta las cercanías del movimiento emancipador fue característica de la sociedad colonial la convivencia pacífica de las clases. La benevolencia del trato y la intimidad familiar que el esclavo recibía en las casas del amo son hechos bien conocidos” (Ibídem: 50).

Federal a una mortandad inútil, a una lucha inservible. Citemos en extenso para corroborar lo dicho:

“¡Ah, negro malo este negro Roso, que llegó a ser sargento nada menos que en la guardia personal del general Zamora! ¡Ah, negro endiablado, cará!” (...) Seguidamente Venancio habla del general: “¡Qué hombre Virgen Santísima! ¡Y como le gustaba la candela!”.

Ese sí que no cargaba preso amarrado. Una vez le vi mandar a fusilar a diez godos porque no querían decir dónde habían escondido un parque. Mandó a llamar al *Adivino* y le dijo: “Mira, *Adivino*, rézale a estos el *profundis* porque dentro de poco van a pasar el páramo, si no me dicen dónde tienen enterrados los chopos”. ¿Y saben quién era el *Adivino*? Un zambo más malo que el mismo Zamora; con eso les digo todo. Andaba en la tropa de un tal Espinoza, en la que era algo así como doctor y padre al mismo tiempo... Matando gentes, saqueando casas, forzando mujeres... Aunque quería parecerse a un padre y se ponía las cosas de las iglesias, para mí tengo que su arreglo no era con Dios sino con Mandinga. Trabajaba a lo humano, no a lo divino. Y esto lo digo por la gente que hacía matar y las cosas que inventaba para hacerlas sufrir; yo lo vi acostar a un viejo en el suelo, amarrarle por las muñecas y por los tobillos y rajarle la barriga con una peñilla. Y todo esto enfrente del viejo. Al Espinoza le llevaban las muchachitas blancas o indias y las desnudaban enfrente de sus familias para que las gozaran todos los oficiales, uno tras otro. Esto lo hacían en todos los pueblos donde entraban y por eso las gentes temblaban y dejaban los pueblos solos. Espinoza tenía ojos de culebra y a sus oficiales les había puesto nombres de animales del monte: uno era el tigre, otro el león, otro el caimán y así los demás. Pero un día que el catire Zamora amaneció atravesado, hizo amarrar a Espinoza y le mando a pegar cuatro tiros en la placita del pueblo (Ibídem: 89-90).

En *Cumboto* seguimos rastreando una lectura diabólica de una guerra de gran contenido social. Venancio dice de sí mismo:

Cuando bebía aquel aguardiente que nos daban antes de comenzar la pelea, me volvía un demonio. Y me aprovechaba. ¿Para qué lo voy a negá? Todos estábamos pendientes de los jefes, esperando que nos dijeran: “Saqueo libre, muchachos”. Saqueo libre quería decir entrar en la casa de los mantuanos –y de los que no eran mantuanos también– y

arrasá con lo que encontraríamos. Quería decir petateo... Al pronunciar esta palabra, Venancio ponía los ojos en blanco, saboreando el recuerdo. Petatear significa correr tras las mujeres, buscarlas en las alcobas, sacarlas de debajo de las camas y del interior de los escaparates, arrancarlas de los altares frente a los cuales oraban y de los brazos de sus madres, entre los cuales temblaban de espanto, para poseerlas una tras otra, desnudas, semidesnudas, cubiertas de cardenales, sujetas por los pies y las manos sobre pisos forrados con petates de palma (Ibídem: 91).

En Natividad estas palabras confirmaban más su repudio a esos seres básicos y prosaicos:

Era tal la fruición con que describía estas escenas, que yo, al oírle, veía la turba de negros borrachos, con los garrasíes desgarrados, las manos en alto como banderas y los ojos llameantes, caer sobre los cuerpos de aquellas mujeres cuya blancura desaparecía en el pataleo de la lúbrica rebatiña. ¿Cuántos hijos habían nacido de aquellas uniones? ¿Cuántos mulatos de ojos rayados, de sangre vengativa y maligna? (Ibídem: 91-92).

La obra *Cumboto*, pese a ser escrita, además, por un historiador, no se deslinda de esa tendenciosa posición de que la Guerra Federal fue un burdo estallido militar; o lo que es peor, un tragicómico evento de las luchas entre caudillos y gamonales. *Cumboto* obvia en todo momento algo de gran significación: que la Guerra Federal fue una conmoción popular que convulsionó el país durante cinco años y dejó remanentes en la vida nacional. *Cumboto*, olímpicamente, ignora los problemas socioeconómicos después de treinta años de vida independiente, las contiendas por la tierra concentrada en pocas manos, las secuelas de la abolición de la esclavitud y la prédica de ideologías a tono con las necesidades populares. Todos estos factores pudieran estar expuestos sin sacrificar textura dramática de la obra. En todo caso nos interesa señalar, a riesgo de que se nos acuse de extremistas, que si bien la Guerra Federal impactó profundamente la estructura social del país, provocando, asimismo, enormes pérdidas de vidas y destrucción material de pueblos y aldeas, lo mínimo es no compararla con una matanza de negros y mestizos violadores, borrachos e ignorantes, comandada por un sanguinario asalta-caminos llamado Ezequiel Zamora.

III. LA CLAVE DEL “MENSAJERO”

La noción del viaje es claramente observada en *Cumboto*, de Díaz Sánchez. Es un *acontecer* de misterios en sitios llenos de fábulas y verdades insondables. Mudanza de elementos míticos en la que fuerzas demoníacas —encarnadas en la *negritud*— libran batallas contra la blancura (siempre europea, afín a la “Casa Blanca”), llevando esta franca ventaja sobre el primero de los mundos. Por eso, así lo vemos, analizar *Cumboto* es labor titánica que nos tiene que exhortar a la idea del *devenir*; una de las diversas maneras como podemos percatarnos de la tesis del autor. Es bueno decirlo: no estamos ante una novela tradicional y esto la certifica; además de su estructura dramática, los personajes que no solo *son*, sino que *están siendo* en la historia narrada. Por eso podemos ver cierto atisbo de redescubrimiento de la heredad originaria de Natividad, que inmediatamente es obnubilada por el *otro* que cuenta, el letrado que subyace bajo su condición de criado. Un Natividad que asume, cada vez más, su condición de “sombra” en las polvorientas sendas de un Cumboto en decadencia:

Después de considerarlo como un absurdo, acabé por tomar en serio un pensamiento que se me ocurrió la primera vez que acompañé al joven amo en estas excursiones: ser su segunda conciencia. Mirándole avanzar con la chaqueta en el brazo y casi disuelto entre las nubes de polvo que levantaban sus pies, me afirmaba en la idea de que era esto lo que faltaba al hijo de don Guillermo para penetrar en la entraña viviente de este universo: una segunda conciencia, una conciencia negra. He aquí mi papel (Ibídem: 159).

Natividad se convierte así en un incondicional reflejo de un Federico que atraviesa caminos plenos de hallazgos y seres fantásticos. Hasta las demandas sexuales de taciturno amo encuentran eco en el alma intranquila de Natividad. El verbo del compañero de viaje pinta con pinceladas surrealistas a esos andariegos (“esquemas humanos” que se transportan a pie, en burros o carros tirados por bueyes) que le salen al paso:

Federico caminaba delante de mí con su paso elástico y yo sentía cómo la revelación iba penetrando en él. No sé si a otros les habrá ocurrido alguna vez lo que entonces me ocurrió a mí; era como si la sensibilidad de aquel mozo atormentado e infatigable se hubiese trasladado, en parte, en mi espíritu, a mis nervios, a mis poros. Yo *sentía* —esta es la palabra más adecuada que hallo para expresar mis emociones de entonces—, yo sentía cómo su mente y su corazón se iban abriendo muy poco a poco, casi con dolor, pero al mismo tiempo con placer (como imagino que sentirán las vírgenes la iniciación del amor) a la viril penetración del mundo que nos rodeaba. El paisaje y los seres que la habitaban se aproximaban, se agrandaban, abrían los brazos en un gran gesto nupcial e invitaban a juntarse a ellos, en una cópula incomparable: el mundo de Federico. Y yo lo seguía como una sombra (Ibídem: 165).

Una vez que cae en desgracia, Natividad es desalojado de la casa de los amos donde siempre habitó, y es remitido a convivir en el rancho de Cervelión; se recrudecen los miedos del desarraigado. La existencia, más de “espectros” que de personas, recrea la mirada de Natividad, quien ahora toma el lugar del “Matacán”. Hombres como Juan Segundo El Luango atraen la imaginación de Natividad, quien lo caracteriza como un ser *sombrío e irritable*, poco distante a los animales con que bregaba. Sobre lo que veía y oía en el galpón, después de la dura jornada del día, es muy ilustrativo:

Era una vida torpe, vacía, que los cobardes espíritus procuraban llenar con oscuras supersticiones. Parecían otras tantas bestias, sin moral, sin ideas de belleza, sucios, taimados. Yo me sentaba junto a ellos y les oía arrastrar las cadenas de sus anécdotas, y en mi espíritu se alzaba como un vapor de desesperación lenta de los recuerdos. En la Casa Blanca había adquirido hábitos de los que nunca podría desprenderme —esto creí por los menos en aquellos días—, nociones que se agitaban en mí como pequeños pájaros asustados. Jamás me acostumbraría a semejante vida ni me sentiría unido espiritualmente a aquellos seres estúpidos y socarrones que no sabían hablar sino de miserias (Ibídem: 83).

No deja de asombrarse, Natividad, del entusiasmo de esos “seres estúpidos y socarrones”, pese al ajetreo inclemente. Infería que esa “existencia oscura y reptil de los negros” no era más que “deseos

reprimidos” y “fantasías ardientes”. Natividad dice descubrir, coniviendo para su desgracia entre *los tranqueros*, que “no todos los negros son iguales ni parecidos”:

Aun en los que pueden considerarse como negros puros, sin mezcla, existen diferencias que abarcan desde la conformación fisonómica –la forma de la cabeza, la de la nariz y la boca–, hasta las más sutiles manifestaciones de la inteligencia. Hay negros realmente feos y toscos, espantables; pero los hay también finos y bellos. Juan Segundo El Luango era de los primeros; la abuela Anita debió ser, en su juventud, de los segundos. Entre las mujeres, algunas lucían rasgos físicos admirables, cuerpos venustos. Tampoco el cabello era igual a todos. Había diferencias notorias en su aspereza, desde el que llaman pegón, formado por pequeños y apretados rollitos, hasta el crespo y sedoso que las mujeres trataban de hacer liso y brillante a fuerza de untarse aceite de coco (Ibídem: 84).

Pero esta diferenciación no era solo fenotípica. Tanto la inteligencia como la espiritualidad están implicadas en su taxonomía. Los cuentos ponían a flote el grado de desarrollo mental alcanzado por los negros, despuntando la figura de Venancio, el “Pajarero”.

Junio, pletórico de luz y calor, es una buena metáfora para un Díaz Sánchez que quiere volver sobre los “poderes ocultos” que encierra San Juan en la tradición de los negros. Recurriendo nuevamente al psicoanálisis⁸, el autor venezolano ve en aquella festividad “el desbordamiento de una angustia racial que busca inconscientemente su redención” (Ibídem: 166). Natividad connota en la festividad de San Juan un canto de la tierra: “La danza recuerda a veces el temblor de los árboles azotados por la tormenta. Las pequeñas imágenes de San Juan, talladas en toscos troncos del bosque y cubiertas con los ridículos trajes de la ciudad, no son sino fetiches estilizados que los negros aceptan en una como tácita transacción.

8 No debemos extrañarnos. El psicoanálisis refractado por nuestros intelectuales es una de las diferentes corrientes donde abrevaron nuestros escritores de principios de siglo xx. También los existencialismos, sus gritos de soledad y evasión mística. En *Cumboto* se percatan mucho de la influencia de Kafka, Rilke, Elliot, Hesse, entre otros. Pero esta proposición sería digna de otro ensayo, por demás, interesante.

En junio estas imágenes se escapan de las capillas aldeanas y vuelven al bosque, donde recobran, durante un mes, su diabólico primitivismo” (Ibíd.: 166-167).

A *alaridos, juegos faunescos, efluvios elementales*, reduce Natividad la carga espiritual de la fiesta de San Juan. Solo es destacable el trasfondo coito-genital: el acercamiento ardiente entre Federico y Pascua. Para Natividad, San Juan se traduce al comienzo de un relación furtiva entre dos seres socialmente desiguales; dos jóvenes que comenzaban un “aquellarre de sexo que se repetía uno y otro día, todas las tardes” (Ibíd.: 187). Esto es, en el decir de Natividad, lo único que le sugiere la celebración del santo querido por los negros esperanzados: explosión erótica –como otro estereotipo del afrodescendiente– de una Pascua insaciable, redimida por el heredero de la estirpe caucásica. Pero estos actos amoratorios van a servir dramáticamente para conformar la síntesis de Ramón Díaz Sánchez: la llegada del extraño “Mensajero”, hijo del blanco –Federico– con la negra –Pascua–. “El Mensajero” es eso, la justificación ética y estética del mestizaje negador⁹:

Tres personajes ven mis ojos allí, dice Natividad, en el brillante y resonante salón de la Casa Blanca, dos visibles y uno invisible. El invisible es Pascua, la fugitiva. Su hijo es el mensajero de su amor, de su sacrificio, de su espíritu y su carne inmortales. Yo me pregunto de qué quiere hablar en la Casa Blanca este mensajero: si del pasado o el porvenir. Y mi corazón tiembla ante la magnitud de la empresa que le ha encomendado el destino (Ibíd.: 220).

De tal modo que *Cumboto*, de Ramón Díaz Sánchez, sin desconocer su alta factura literaria, no escapa de una de las claves modernas fundamentales: la antinomia civilización-barbarie,

9 Uno de sus contemporáneos, Arturo Usler Pietri, lo observa así: “En lugar de avergonzarse de su mestizaje, la América Latina debe reconocer en esa peculiar condición la más poderosa base para su originalidad y para el gran papel de síntesis que está llamada a realizar en el futuro inmediato. Lo que, en resumidas cuentas, no es otra cosa que aceptar y reconocer la maravillosa empresa que estuvo planteada y prometida desde la llegada de Colón; de hacer un Nuevo Mundo, es decir, un nuevo tiempo y una nueva manera de la civilización del hombre” (1992: 288-289). Observación respetable, pero de claro tinte hispanocéntrica.

en sentido sarmientino. Lo negro, cristalizado en la existencia de andariegos y tranqueros, como vida sucia, fea, instintiva y animalésca; que sucumbe ante la sensibilidad burguesa y eurocéntrica encarnada en la hegemonía de los amos de Casa Blanca. Natividad pauperiza a sus iguales, se hace portavoz de la imagería del dominante autocensurándose. Natividad asimila su pasado a un hecho azaroso y oprobioso, e hipoteca con la mirada “ingenua” su porvenir entrampado en la lógica de una ciudadanía blanqueada, en la heredad negativa.

FUENTES CONSULTADAS

- Araujo, Orlando. (1988). *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Monte Ávila Editores, Letra Viva.
- Díaz Sánchez, Ramón. (1979). *Cumboto, cuento de siete leguas*. 12.^a ed. Colección de bolsillo. Caracas: Edime.
- Díaz Sánchez, Ramón. (1965). *Paisaje histórico de la cultura venezolana*, Eudeba, Argentina.
- González Stephan, Beatriz. (1998). “El cuerpo salvaje de la nación: ciudadanías desplazadas”. En: *Venezuela, tradición en la modernidad*. Caracas: Equinoccio Ediciones de la Universidad Simón Bolívar/Fundación Bigott.
- Isea, Antonio M. (2004). “Pobre negro, Las lanzas coloradas y Cumboto: tropismo del discurso de construcción nacional venezolano en el siglo xx”. En: *Revista de literatura hispanoamericana*, n.º 48, enero-junio 2004, pp. 127-146.
- Jiménez Arráiz, J. T. (1981). Prólogo de *Mene*. Colección Nuevo Mundo. Argentina: Eudeba.
- Liscano, Juan. (1995). *Panorama de la literatura venezolana actual*. Colección Trópicos. Venezuela: Alfadil Ediciones.
- Losada Aldana, Ramón. (1979). *El pensar y las furias*. Caracas: División de Publicaciones, Universidad Central de Venezuela.
- Menton, S. (1993). *Novela histórica de la América Latina 1979-1992*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ramos Guédez, José Marcial. (1980). *El negro en la novela venezolana*. Colección Letras Venezolanas, 74, Serie Ensayo

y Crítica, Caracas: Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela.

Torres Iriarte, Alexander. (2003). “Díaz Sánchez o el acento en lo venezolano”. En: *Upel Cultural*, n.º 7, Caracas, 2003.

Uslar Pietri, Arturo. (1992). *Medio milenio de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores.

CAPÍTULO VI

Bolívar poliédrico

EL LIBERTADOR EN

CINCO AUTORES VENEZOLANOS

¿Llegaría Bolívar a sentir la angustia metafísica de todos los grandes, la terrible voz que surge del silencio de las eternas tinieblas y nos dice: Y todo, para qué?

MIGUEL DE UNAMUNO

PALABRAS INICIALES

Desde sus días aciagos hasta inmediatamente después de su desaparición física, el Libertador ha sido objeto de diversas interpretaciones. Su obra es disputada por personalidades de todas las tendencias, ideologías e inclinaciones políticas, en el intrincado devenir histórico contemporáneo. Su legado en la construcción de la historia republicana es tema de las más disímiles plumas en los diversos momentos de la evolución política nacional. Ya la historiografía actual —entiéndase las últimas cuatro décadas— nos ha demostrado, con sesudos trabajos investigativos, el uso y abuso de la imagen del Libertador sintetizado en un verdadero “culto al héroe”. En el siglo XIX la imagen del gran hombre no pudo escapar de la idolatría propia del ciclo heroico de la historiografía romántica y patriótica. La defenestración de la excesiva exaltación del “Padre de la patria” fue tarea emprendida por los gélidos positivistas, que no pudieron escapar, a su vez, de los mágicos encantos del Libertador de América. Bolívar es centro de atención en todos los universos intelectuales nacionales e internacionales. Los ensayistas del siglo pasado no obviaron la importancia de este dilemático protagonista de estatura universal.

Las letras venezolanas encuentran en Santiago Key Ayala (1874-1959) un ensayista y académico de sobria prosa y “expresión castizada”. Su vocación intelectual se puede constatar en *El Cojo Ilustrado* y *Cosmópolis*, sendos órganos divulgativos en los cuales —más el segundo que el primero— los nuevos modernistas encontraron tribuna. Santiago Key Ayala escribe sobre el Libertador con una intencionalidad moral; con la finalidad de que los jóvenes encuentren en el gran hombre un modelo digno de imitar.

Mario Briceño Iragorry (1897-1958) es un autor de dilatada trayectoria en defensa de la historia nacional. Su itinerario intelectual es fructífero y productivo, teniendo en su hoja de vida diversas tareas como escritor, cronista, político y diplomático. La visión histórica de Mario Briceño Iragorry es profunda e interesante. En la figura del Libertador vio Mario Briceño Iragorry un mecanismo para salir de nuestra “crisis de pueblo”.

En Luis Beltrán Prieto Figueroa (1902-1993), Bolívar es un personaje anchuroso, más bien “oceánico”, como en su momento lo calificó Andrés Eloy Blanco. Más que un general cuartelero, Bolívar fue un conductor de pueblos con innegable calidad humana. Si bien hablar de Bolívar es hablar de un estadista que fundó naciones, convertirlo en semidiós es nefasto al escamotear la idea de que también los mortales pueden realizar grandes acciones; por ende, *mientras más humano, Bolívar cobra mayor valor*; si no bajamos al Libertador del caballo blanco y del “oropel y brillo de su sable”, como nos lo muestran exaltadas biografías, lo estaremos conde-nando a un culto paralizador.

Arturo Uslar Pietri (1906-2001) es un intelectual de gran trascendencia en las letras venezolanas y latinoamericanas. Su importancia salta a la vista como figura polémica en todos y cada uno de los campos que le tocó desarrollar. Sin equívocos, Uslar Pietri fue un intelectual ganado para la comprensión de la ciencia y la conciencia histórica. Este hombre de letras se preocupó por acendrar en el venezolano el respeto y conocimiento del “Hombre grande de América”.

En la pluma de José Luis Salcedo Bastardo (1923-2005), Bolívar toma una trascendencia histórica de primer orden. Imbuido el Libertador en una “época de turbulencias”, fue duro crítico de cualquier forma de anarquía. La falta de un programa coherente que coadyuvara a la acción colectiva y constructiva sigue siendo una realidad en la América Latina contemporánea. Pese a esta innegable circunstancia, no se dejó embargar por el pesimismo; como despierto autodidacta tuvo presente el peso de las costumbres en los pueblos, la debacle de las bases socioeconómicas coloniales, la necesidad de la organización de una nueva sociedad libre, consciente y republicana.

Caracterizar brevemente a Bolívar en cinco de los más importantes intelectuales venezolanos del siglo xx —respetando los diferentes estilos, corrientes literarias o historiográficas a que puedan estar inscritos— es la intención de este trabajo. Lo fundamental, en todo caso, es calibrar el significado de Bolívar visto por la mirada de cinco escritores que han atravesado el siglo xx, y han dejado cada uno en su justa proporción una huella en el significado de la historia y la evolución de nuestra sociedad en el imaginario del venezolano promedio. En este sentido, estas notas son un emplazamiento para releer en algunas voces calificadas sobre la vida y obra del Libertador de América.

I. UNA VIDA A IMITAR

Los antecedentes más remotos de Simón Bolívar hay que buscarlos en los tiempos de la conquista. Para comprender al biografiado, se deben examinar los antecedentes de la crisis colonial. ¿Cómo entender la magnitud de la obra bolivariana sin considerar las principales características de la época que le tocó vivir al Libertador? ¿Es importante considerar su marco intelectual más global? Responder estas preguntas significa escrutar en las condicionantes de su momento histórico, y eso arranca con la llegada misma de los españoles. Asoma Key Ayala –tal vez sin proponérselo– cierta crítica al eurocentrismo imperante en la historiografía venezolana, al sostener que el “*Descubrimiento de América* es un término de sentido europeo, generalizado y aceptado porque es el pensamiento europeo y la cultura europea que han dominado el mundo y continúan imperando” (2002: 11).

Señala el autor un hecho que hoy es de dominio público: la existencia de una heterogeneidad cultural de los indígenas en los territorios que más tarde serán llamados América. Estos “indios occidentales” fueron reducidos violentamente a la esclavitud. De este modo, el continente americano fue fragmentado en “colonias” de ultramar. Nos dice Key Ayala que lo definitorio de esta nueva realidad es el mestizaje, en el cual la impronta negroide suma mayor hibridez cultural. También irrumpe en el cuadro social colonial un español distinto al de la península. El Viejo Mundo español terminó siendo un Nuevo Mundo americano. Leyes inéditas tratarán de regir el destino de este cuadro sui géneris, lo que no significa ausencia de conflictos: América “nacerá a la vida autónoma, pero habrá de nacer como los organismos humanos, entre convulsiones, dolores, lágrimas y sangres” (Ibídem: 13).

Todo este complejo proceso alcanzará su madurez en el siglo XVIII, con la presencia de cierta “conciencia americana” entre los blancos criollos de las colonias. Las lecturas clandestinas, el ideario revolucionario europeo de sentido universal llegan a estas tierras con “sentido americano”. El ejemplo de las colonias inglesas del Norte servirá como catalizador en estas latitudes. La invasión de Napoleón Bonaparte a España es una causa inmediata de gran significación. Sin embargo, ante la difícil decisión de la emancipación por parte de los independentistas, no existe una opinión

homogénea. Posturas encontradas por diversas variables –nivel intelectual, información, desigualdad económica, intereses ocultos, etc.– hacían más difícil la revolución; también los intereses de las oligarquías locales dificultaban la acción. El choque de liderazgo es un elemento que no se puede obviar. Es en este marco referencial de confusión que insurge la extraordinaria figura de Bolívar.

Ante la pregunta ¿quién fue Bolívar?, Key Ayala responde que fue el vástago de una familia caraqueña que “goza de consideración en la colonia”; pertenece a una “clase acomodada”. Su mundo infantil fue marcado por la orfandad; fue un niño común y corriente, pues “nada anuncia que ha nacido un hombre extraordinario” (Ibíd.: 15). Lo que exonera a Key Ayala de los exagerados que ven el germen del gran hombre en cualquier travesura de intranquilo niño mantuano.

Bolívar fue testigo de la vida cortesana española: un círculo vicioso de derroche de recursos y de principios morales. Su juventud estuvo signada por la temprana viudez, y luego de andanzas disipadas; también fue el tiempo en que comenzaban a pulular en su mente grandes ideas. En Roma hará su juramento ante su maestro-tutor, y desde entonces “la vida de Simón Bolívar es el cumplimiento del voto formulado en el Monte Sacro” (Ibíd.: 16).

Bolívar se va consolidando –después de las tentativas de Gual, España y Miranda, nos recuerda Key Ayala– en el líder de la Independencia. Claro, primero la crisis napoleónica, la ratificación de Fernando VII por el pueblo de Caracas y la conspiración de los Mantuanos, en la cual Bolívar es uno de los “conjurados”. Vendría luego su papel protagónico en la misión de Londres en busca del respaldo inglés y su entusiasta actuación en la Sociedad Patriótica. Como hombre impaciente y fervoroso estuvo a favor de la ruptura total de España, hecho que se consumó en julio de 1811. Era la hora de la fundación de la Primera República, el brote de la guerra civil, el instante del terremoto y la posterior pérdida de Puerto Cabello. Traición es la palabra altisonante de una época de caos. Sin embargo, era el momento estelar de un Bolívar ganado para capitanear la compleja hazaña de la liberación. Terminada la contienda es que comenzaba la liberación; el problema no era solo romper las cadenas con la metròpoli. Con todo lo titánico de la misión:

“... significa libertar a los propios pueblos de los abusos, de los prejuicios, de la ignorancia, de los malos hábitos que se perpetúan al amparo de la tiranía”.

Key Ayala aduce que el pesimismo es parte de lo humano, del cual no están eximidos los hombres grandes. Reveses, frustraciones, debilidades y miserias se debaten con la entereza, la inteligencia, los aciertos de una personalidad controversial. Bolívar no fue la excepción. Esta es una sugerencia para los más jóvenes:

Yo no aconsejaría nunca a los hombres ya formados de caracteres definidos la hipócrita mutilación de la vida de los hombres ilustres. Hay que respetar la verdad. Hay que saber la vida integral de los grandes hombres. Sus mismas flaquezas pueden servirnos de enseñanza. Mas, para vosotros jóvenes que todavía no haberos confrontado con la vida, que estáis en una línea divisoria como las de las aguas en geografía, lo justo, lo digno de nosotros es aquello que puede llevaros a los más nobles destinos. He ahí un arroyo nacido limpio y vivaz de la tierra (Ibídem: 24).

Key Ayala conceptualiza a un Liberador cuyo capítulo de vida no termina en el triste diciembre de 1830. El calificativo “Padre de la Patria” es pertinente a Bolívar; su vida meritoria y paradigmática es defensa de una mejor Venezuela.

II. EL CULTO PALABRERO

Santiago Key Ayala observa en Simón Bolívar un trinomio fundamental, una síntesis vital: soñar, proyectar y realizar. Todo joven –ratifica– tiene derecho a soñar por una nación más digna. Así fue como el Libertador soñó, pese a las tremendas dificultades, con la libertad americana. Proyectar es la antesala a la realización, partiendo del análisis de la realidad concreta. Planificar, ordenar y preparar es el preludio de una actuación liberadora. Sin esos pasos íntimamente relacionados, Bolívar en lugar de “El Libertador” hubiera sido el “fantaseador”. Sin embargo, solo con realizaciones hay historia; por eso –dice Key Ayala– los jóvenes deben estudiar al Libertador alejados de cualquier idolatría. Y esto implica que la ejemplaridad de Bolívar no se debe medir por sus resultados, sino por los “recursos y métodos que puso en acción”. En este sentido, tiene que ser valorado por su audacia y el empeño: virtudes profundas que deben definir a la juventud venezolana.

Para Key Ayala, estar a la altura del Libertador no es sucumbir en la inerte veneración ni en el fuego cruzado de encuentros bélicos, sino que en cada acto de nuestra existencia se hagan los más sinceros esfuerzos para alcanzar fines socialmente útiles.

En la agitada existencia de Bolívar se pueden puntualizar momentos definitorios –San Mateo, el terrible año 1814, Santa Marta, etc.– que supo sobreponer con hidalguía, y aquí radica una moraleja básica:

Vosotros, en tanto, os preguntaréis: Bolívar es hombre excepcional. ¿Debemos aspirar cada uno de nosotros a ser el primero? Podéis ser primeros, no entre todos, sino entre algunos. En tal caso, debéis ejercer vuestra primacía con la elevación del alma con que la ejerció Bolívar. Debéis sacar de vosotros todo lo que podáis dar para honra vuestra, para bien colectivo, para dignidad y progreso de la patria. Debéis ejercer vuestra primacía sin mezquindad (Ibídem: 57).

Bolívar es un hombre de esfuerzos hercúleos, que sirve a la juventud como modelo; no tanto por su contenido –muy susceptible de mutar en el tiempo–, sino por su forma: un empeño

permanente, una superación entusiasta. Y en esta orientación vital la política juega un papel preponderante.

Bolívar se tuvo que enfrentar contra las más difíciles situaciones; analizar los problemas y los hombres fue su arte especial, lo que lo ha llevado a ser objeto de las más duras críticas. Caricaturistas, deificadores y explotadores abundan sobre el Libertador. Todo se resume en un *culto palabrero*:

Gentes alarmadas han pedido que se entierre a Bolívar como un grande español pidió se enterrase al Cid. Pero el muerto sería demasiado grande. Para enterrarlo faltaría la inmensa urna que pedía para enterrar sus sueños y su dolor el poeta del *Intermezzo* y para llevarla a hombro los doce gigantes. No abundan los gigantes en estos tiempos y no se encontrarían para cargar la urna simbólica de Bolívar. Y, pues, no es posible enterrarlo, hagamos algo mejor y más justo. Sigamos su alto ejemplo. Exploremos su alma con honradez. Llevemos a la cuenta del hombre los errores cuando los haya. Llevemos a la cuenta del héroe, del padre, el caudal de enseñanza, de grandeza, de buena fe que en él hay (Ibídem: 84).

Como un político “transparente” lo evalúa Key Ayala, ciudadano de buena fe y de convicciones republicanas; víctima muchas veces de “hombres teatrales”, más amantes de las palabras que de las acciones comprometidas.

III. LA EJEMPLARIDAD CREADORA

Todo pueblo busca desesperadamente un referente, un paradigma o arquetipo en el cual asirse. Especie de conciencia moralizante o superyo colectivo que le sirva de lámpara fulgurante, de brújula que guíe sus pasos definitivos. Y es que en parte no podemos librarnos de un pasado construido a nuestra justa medida, a veces en defensa propia. Aquí la historia —como disciplina o relato— se presta haciendo las veces de conocimiento reconstructor, como benigna comprensión, como imperativo social; es decir, una especie de visor antropológico de lo acontecido como presagio del posible mañana. Esto explica, en parte, por qué nos embelesamos con los adalides. Para bien o para mal vemos en ellos un ejemplo a seguir: aquellos que hacen en grande lo que en pequeño hacemos todos los días. Son nuestros amuletos; son nuestros aliados y así lo valoramos.

El Libertador, en el verbo de Mario Briceño Iragorry, posee desgarrador aliento de denuncia y de llamado. Ya el autor trujillano nos acostumbró a vislumbrar el portento bolivariano como artífice de nuestra configuración como pueblo y como instrumento de defensa de nuestra estatura histórica. Bolívar, en Briceño Iragorry, es un defensor de una cosmovisión, sujeto de empresa que pone los recursos naturales a favor del hombre. Es un ejemplo siempre vivificante de un hombre que nos exhorta a dominar la geografía y someterla a los más altos intereses socioculturales. Esta premisa se sintetiza con la expresión “venceremos la naturaleza”. A tal respecto nos explica claramente en su *Introducción y defensa de nuestra Historia*:

Quienes busquen en el pensamiento de Bolívar un sentido creador, que todavía puede ayudarnos en nuestra lucha presente, ya tienen un programa de estupenda frase “Vencer la naturaleza”. Aún no hemos intentado vencerla, en el orden de dominar sus obstáculos y en el camino de aprovechar sus promesas (1985: 82).

Pero la incompreensión del legado bolivariano está circunscrito a un problema mayor: el desconocimiento de la historia. La

historia como explicación del desarrollo social, más que mero pasado, es compromiso presente y futuro; por eso es fundamental realizar un examen sincero y sin prejuicio de nuestro destino histórico. Los grandes pueblos, con sus prohombres, son producto de un complejo proceso histórico –asevera Mario Briceño Iragorri–. No es el acto milagroso o fortuito de tiempos de incertidumbre. Incluso Bolívar tuvo en sus antecedentes el conquistador del siglo xvi. En todo caso, lo más importante es entender al Libertador más como un pueblo por construir, que un simple héroe por evocar. Sobre este aspecto las generaciones de relevo tienen una delicada misión: estar en sintonía con un Bolívar guiador, vivo, que supere la ensimismada contemplación de los museos.

Es José Martí en el universo hispanoamericano –según Briceño Iragorri– el legítimo heredero del pensamiento bolivariano. El ideal de Martí enarbola la bandera de la libertad y la unidad, muy propia del legado del caraqueño ecuménico. Es decir, abogar por un latinoamericano ganado para la lucha por su dignidad, y un venezolano en particular que sea más que un simple vendedor de hierro o petróleo. Por eso, ante la acción neocolonizadora de las potencias sobre Asia y África será el intelectual venezolano bastante categórico: hay que respetar la diversidad cultural, sobre todo la del oprimido, a la vez que repudiar toda intervención foránea de tinte expansionista y racista. En su obra *Aviso a los navegantes* nos dice:

Ante este hombre blanco que explota sin compasión los pueblos retrasados, tiene derecho la gente de color para seguir pensando que Adán y Eva eran negros, como hijos naturales de la tierra; que negros eran también Abel y su descendencia, y que la blancura de Caín y de sus hijos apenas vino a producirse cuando el fratricida palideció de terror ante el reclamo del altísimo por el asesinato del hermano. Al considerar esta dolorosa verdad, resulta en extremo incorrecto que naciones como las hispanoamericanas, surgidas del coloniaje y expuestas a un nuevo coloniaje imperialista, permanezcan indiferentes ante la suerte de los países oprimidos en África y en Asia. Necesario es tener presente que nuestros aliados naturales no son los pueblos que se gozan de la esclavitud de las naciones pequeñas. Bueno es pensar que también España y Miranda, Bolívar y Miguel José Sanz, Sucre y Cristóbal Mendoza, San Martín e Hidalgo fueron llamados bandoleros por las autoridades españolas. Parece que bandolero en el argot secreto de la Libertad,

contrario al argot de los opresores, significase noble rebeldía y altiva conciencia de la dignidad humana (1985: 287).

Así, Mario Briceño Iragorry nos invita a sensibilizarnos por la explotación de los países débiles, dejando claramente expuesta su reiterada postura antiimperialista. Por añadidura, todo espíritu bolivariano es contrario a cualquier forma de explotación. Los hombres notables de la patria, con Bolívar en la vanguardia, emprendieron una lucha denodada por repúblicas autónomas, alejadas de cualquier enajenación extranjera. Bolívar desenfundó su espada por la independencia de nuestras jóvenes naciones ante los intereses extraños, y garantizó el orden ante la acción devastadora de la anarquía. Pese al necesario arrebato despótico de Bolívar en 1828, el Libertador fue partidario de los derechos humanos. Reitera Mario Briceño Iragorry la postura antilatifundista y nacionalista que distinguió a Bolívar, y que lo acredita como un entusiasta luchador de la igualdad política. En *La hora undécima* Mario Briceño Iragorry es diáfano:

... supersticioso del valor de la moral pública, concibió un extraordinario sistema de orientar las costumbres por medio del sometimiento de la conducta del pueblo a la vigilancia del Poder Moral; fervoroso de la instrucción popular, cuidó su esparcimiento a través de los pueblos que libertaba; fiel guardián de la hacienda pública, organizó sistemas que la fomentasen y la defendiesen de la rapiña de inescrupulosos funcionarios. Frente al egoísmo de quienes se acercan al Poder solo con el propósito de hacer fortuna, Bolívar erigió el ejemplo admirable de su desprendimiento personal; ni por afanes de oficio militar, ni por imperativos hueros de ganar dignidad en el orden del merecimiento público, Bolívar abrazó la causa de la libertad de América. Creyó cumplir un deber de justicia al constituirse paladín de los derechos del hombre y se dio por entero y sin descanso a su labor noblísima (1985: 344).

La práctica del ejercicio del poder con carácter autoritario y despótico estuvo alejada del afán democrático del Libertador. Simón Bolívar tuvo gran vocación de servicio; fue un hacedor de naciones, animado amigo de la república, civilista de convicción, reformador social, partidario del sufragio universal y acérrimo enemigo de la violencia de las armas. También poseyó un pensamiento

antiimperialista. En su obra *La hora undécima*, Briceño Iragorry reitera:

Colocado al frente de las relaciones públicas de Venezuela o Colombia, tendría presente, como escribió en 1829 a Patricio Campbell, que “los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad” y, en consecuencia, no amarraría ciegamente la República al carro imperial de potencia alguna. Fue hombre de tierras y de esclavos, pero hoy no haría la apología de los latifundistas, menos aprobaría el discurso de quienes regatean los derechos del hombre de trabajo. Reconocería Bolívar el pleno derecho del hombre a la propiedad, pero mantendría esta prendida al garfio del derecho social. “Libertador o muerto” fue su consigna de lucha; y muerto en el tiempo, mas vivo en la permanencia elocuente de la ejemplaridad, Bolívar ha de seguir librando, como el Campeador, la batalla sin término del derecho y de la justicia (Ob. cit.: 348).

Sin embargo, a pesar de ser el Libertador el garante de un sistema político-social más humano, cimentado en el derecho y la justicia, su imagen es blanco de los más inconfesables fines. El Libertador es objeto de “interpretaciones acomodaticias” que favorecen los intereses de grupos oscuros, que implementan un “culto de beatería” alejado del profundo aporte del gran hombre. El verdadero desarrollo del pueblo, en un ambiente de justicia y libertad, vale más que la veneración ociosa del Libertador. Su vida es ejemplo de desprendimiento: un blanco criollo que dio la espalda al afán de lucro; comportamiento nada recurrente de la rancia aristocracia terrateniente de su momento, sostenida en las relaciones de producción esclavistas, nos recuerda Mario Briceño Iragorry. En *La hora undécima* (Ob. cit.) nos repite:

Bolívar olvidó la soledad del señorío y se hundió en el pueblo para ser todo el Pueblo. Si hubiera creído que el fin del hombre es lucrarse con honores y dinero, habríase mantenido en el cuadro de su clase y habría utilizado los medios que tenía a su alcance para acrecentar los motivos placenteros. La historia de Bolívar, en cambio, es la prosecución de un sacrificio en aras del sentido altruista que ha de tener toda vida que quiera realizarse fecundamente en el orden de lo humano. Contra el mundo del antiguo régimen, fue por actitud de convencido y no por

saciar oscuros resentimientos o por ganar situaciones ventajosas. Servir fue su consigna. Jamás intuyó que de su nombre se servirían las futuras generaciones para aparentar virtudes y para lucrar ventajas (Ob. cit.: 352-353).

Así, Bolívar es una encarnación de la plenitud creadora, signo de una mejor patria que construir y piedra fundamental de una teoría sobre lo venezolano. Hombre vivo, no para la platónica contemplación sino para la dinámica construcción de la nación. En su obra *El caballo de Ledesma*, el ensayista es taxativo:

Debemos ver a Bolívar no como difunto, sino como el héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber hoy en el campo de la dignidad humana. Los grandes muertos forman el patrimonio. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea esta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la historia. (1984: 45).

Por eso fustiga el intelectual trujillano a quien se regodea de un Bolívar petrificado solo para el incienso y la mirra de sus cultores y felicitadores; un Bolívar que descansa para siempre en el silencio sepulcral de los panteones. En *El Caballo de Ledesma* reitera:

Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Mas la vigilia de Bolívar reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la Patria. Sirvamos al Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los caminos que él abrió (Ob. cit.: 46).

IV. UNA LECCIÓN POSITIVA

El magisterio de Simón Bolívar, que arranca en la Sociedad Patriótica bajo la inspiración de Francisco de Miranda, está definido por la búsqueda de una sola patria americana. Es precisamente en este marco, dice Prieto Figueroa, que el carácter indomable de Bolívar se midió en el nefasto terremoto de marzo de 1812, en el cual la Iglesia católica no cesó de culpabilizar a los revolucionarios del “castigo divino”. Cuando dice el Libertador “vencer la naturaleza”, está enfatizando la fe en la ciencia y su confianza en la lucha. Bolívar, bajo esta óptica, es inspiración de un pueblo que busca la libertad y que nos invita a la conquista de la “naturaleza inhóspita de nuestro continente y, con ello, la total liberación no solo del poderío de otros pueblos, sino también del hambre, la miseria y la incultura, nuestras tradicionales enemigas internas” (Prieto Figueroa, 2006: 23).

Por el lente de Prieto Figueroa, Bolívar fue un político realista que adoptó el concepto de gobierno ajustado a las especificidades de los pueblos y a la dinámica de la guerra. En este sentido, el federalismo es una de las causas—de las más importantes—de la caída de la Primera República, claramente expuesta en su *Manifiesto de Cartagena*. Para Prieto Figueroa, la actuación político-militar de Bolívar está atravesada por dos principios rectores: adaptación al medio y respuesta oportuna a los hechos; lo que explica en sí mismo lo acertado del Decreto de Guerra a Muerte de 1813. Sin embargo, su sincero humanismo se puso en evidencia en las proclamas de 1816 cuando planteaba el fin de las hostilidades, pese a la porfía de Monteverde de doblegar a los “rebeldes”. En esta, como en innumerables medidas, Bolívar se distingue como “buen ciudadano”, alejado de engreimientos y vanidades producto de los aduladores de oficio. Consciente de que la patria demandaba sacrificios, Bolívar sostenía que la gloria descansaba en el servicio desinteresado por la unidad latinoamericana. De esto deja constancia en su peregrinaje antillano. En Jamaica, a punto de ser asesinado en manos de un esclavo pagado por el gobierno español, demostrará su visión geopolítica de conductor al exhortar sobre la compleja situación

americana y el rumbo inmediato de los acontecimientos. Sobre este aspecto Prieto Figueroa apunta:

Pero el gran magisterio de Bolívar asumía contornos de sublime expresión en las horas difíciles, para decidir a los hombres a la participación honrosa en la obra de la liberación nacional que había asumido. Si algunas veces se mostró duro fue porque consideró necesario ejemplar castigo. Como en el caso de Piar, insubordinado, lo hizo guiado por el propósito de la emancipación que sus capitanes no podían comprender íntegramente, pero que él estaba obligado a hacerles intuir siquiera. Por ello, frente a los altercados con Bermúdez, con Mariño, con Páez, con Ribas, con Arismendi, asume actitud de reproche o de tolerancia, según las necesidades creadas por su posición de conductor. Para apaciguar las discordias localistas entre jefes que amenazan dividir el ejército y perder la República, interponía su función rectora de mediador. Su grande y provechoso magisterio buscaba armonizar a los realizadores de la obra de liberación nacional confundiéndoles en un común esfuerzo (Ibídem: 34-35).

También podemos encontrar en Bolívar fe en la consolidación de un gobierno de leyes sólidas y de autoridades electas soberanamente. Su pasión libertadora lo hacía crecerse en las horas difíciles como nos ilustra su gallarda actitud en Pativilca, lo que se debe interpretar como optimismo permanente. Como líder creador se empeñaba en la conducta recta de sus subalternos. El respeto y la convivencia –pensaba– están hermanadas con la ley y el orden. Bolívar observaba en la libertad un proceso de largo alcance que se legitimaría en un fuerte ejercicio cívico y en la configuración del nuevo sujeto social; tanto Europa como América del Norte le servían de guía, lo que se tradujo en franca enseñanza más que imitación servil.

Refiere Prieto Figueroa que una de las virtudes más destacables del Libertador fue su capacidad de adaptación a los escenarios más hostiles, como lo demostró en su convivencia con llaneros; esos “rudos hombres acostumbrados a la vida azarosa en lucha con los elementos, que destruyen y matan sin saber la razón, si no hay quien ponga en sus manos oportunidad de defensa celosa de ideales” (Ibídem: 43).

Esta manera de leer la realidad y confundirse con grupos sociales muchas veces antagónicos de sus modales y costumbres —como buen hijo de la clase mantuana— resalta su idea de “transferencia de valores”, en la que considera al pueblo como “barro informe” al que había que dar sentido y propósito libertario. Por eso había que igualársele, para “crearles ideales”, para darle destino. Esto pasaba por ser parte del pueblo, no un producto ajeno de las clases sociales que se venía a liberar; lo que se entiende como identificación entre el dirigente y los dirigidos.

La custodia de los fondos públicos, la lucha contra el peculado, la defensa de la libertad de expresión, la consideración del periódico como una cátedra de civismo, el amor al pueblo, el desprendimiento por la causa revolucionaria, etc., pone sobre relieve en la pluma de Prieto Figueroa una vida plena de ideales.

V. EL PERENNE MAGISTERIO

Para Prieto Figueroa, Bolívar fue un maestro ejemplar no tanto por lo que predicó, sino por sus realizaciones. El ideario político del Libertador no estaba divorciado de su pensamiento educativo, lo que evidencia que para Bolívar la “función pública” de la escuela es determinante. Si bien es revolucionaria su lucha constante por la libertad de los pueblos, no menos revolucionario fue su papel transformador que en todo momento asignó a la educación, máxime cuando se evalúa la sociedad cerrada donde le tocó desenvolverse.

Para Prieto Figueroa el ideario de Simón Bolívar se nutrió del marco intelectual de su época —la ilustración y sus sociofilósofos: Rousseau, Pestalozzi, D’Alembert, Diderot, etc.—, pero no como simple calco de ideas, sino con grandes matices de originalidad, como expresión de uno de sus principios rectores: las instituciones tienen que adaptarse a la realidad concreta. En este sentido, Prieto Figueroa contradice esa afirmación, muy generalizada por historiadores venezolanos y extranjeros, de que la concepción educativa del Libertador es básicamente rousoniana. Sin negar la influencia del radical pensador ginebrino, ambos se diferencian significativamente, siendo este último fundamentalmente un filósofo, mientras el primero un político. Prieto Figueroa coteja las disimilitudes de ambos personajes en forma y contenido; es así que “para Rousseau la educación pública presupone una sociedad de hombres libres; para Bolívar la libertad se forja mediante la educación” (Ibídem: 56). El autor del *Emilio* considera benigno el contacto del niño con la naturaleza, mientras que repudia todo “roce social” como causante de una deformación del futuro ciudadano. También desprecia los “risibles” colegios y el libro cercenador de la personalidad del infante. Es obvio que estas polémicas argumentaciones contradicen las premisas en las cuales se sustenta la educación bolivariana: una educación gratuita y pública, responsabilidad del Estado, en la cual el fomento de la lectura sirve como fuerza generadora del pensamiento. Para Bolívar, la educación es un mecanismo efectivo para robustecer la liberación de un individuo acostumbrado históricamente a la esclavitud, la ignorancia y la tiranía. De allí su sentencia de que un “pueblo ignorante es instrumento ciego de

su propia destrucción”, hermana de esa expresión acuñada en su *Discurso ante el Congreso de Angostura* de 1819: “Moral y luces son nuestras primeras necesidades”. Estas aseveraciones vertebrales de su ideario educativo se nutren de sus experiencias políticas como de los intelectuales modernos, siendo La Chalotais profusamente parafraseado. De estas ideas cardinales se puede inferir la definición del maestro que utiliza el Libertador. Sobre este aspecto Prieto Figueroa puntualiza:

En el educador auténtico y en el líder concurren cuatro características fundamentales: a) Confianza en la educación como fuerza de transformación de la vida humana y como instrumento para el cambio de las estructuras sociales; b) Fe en el porvenir, hacia el cual se proyecta la obra educativa; c) Confianza en las posibilidades educativas, en la posibilidad del cambio donde se actúa, y; d) Capacidad y habilidad para poner al servicio de la obra educativa todos los recursos materiales y espirituales (Ibídem: 60).

Estas cualidades son definitivas para todo maestro, requisitos mismos de un conductor de pueblos. Bolívar, como líder social, poseía fe en la educación como garantía de felicidad humana. De allí se desprende su optimismo en América y sus instituciones soberanas, el imperativo de una formación de una conciencia democrática; además de su defensa de la moral republicana y la moralidad pública como exigencias *sine qua non* de gobierno libre. En Bolívar, el hombre moral, justo, libre, respetuoso del cuerpo de leyes y amante de la patria representa la columna vertebral de su visión educativa. Es en este contexto que se explica por sí misma la propuesta del Poder Moral, concebida como parte importante de la Carta Magna de 1819 y rechazada por los legisladores de Angostura. La necesidad de crear una organización –inspirado básicamente en Montesquieu– para el control del gobierno será una de las ideas más originales del Libertador, al plantear una especie de *tribunal de moral pública*. Sostiene Prieto Figueroa que las críticas que alcanzan la Cámara de Moral no son igualmente oportunas para la Cámara de Educación. Son muchas las fortalezas, dice, de esta última. Sobre todo si se enmarca en su momento histórico y si se toma en cuenta que era vital “fomentar la moralidad y crear, junto con una conciencia de la nacionalidad, una actitud

de respeto a la ley” (Ibídem: 75). Este fue su propósito fundamental, tomando como referencia las ideas de Rousseau, del abate Bernardino de Saint Pierre, y de Condorcet, así como también la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, y algunas constituciones de los Estados de la Unión Americana.

Para Bolívar, el respeto a las normas y al ejercicio del derecho van perfilando un nuevo ciudadano. No creía el Libertador, como sí lo creía Rousseau, “que los hombres nacen buenos, pero tampoco atendía las fórmulas teológicas que suponen al hombre pervertido por el pecado original, del cual solo puede ser rescatado por la gracia; como suponía Hobbes, que ‘el hombre es el lobo para el hombre’” (Ibídem: 72).

Por otro lado, Bolívar concebía la educación como un derecho social en el cual el niño no era un “adulto pequeño”, sino un ser en crecimiento y desarrollo con características intrínsecas según la etapa alcanzada, y la formación debía estar adaptada a la capacidad del mismo; lo que lo hace adelantado en este principio de la psicología del aprendizaje.

Destaca Prieto Figueroa que en el verbo justiciero del Libertador se refuerzan un conjunto de consideraciones didácticas de gran vigencia: la importancia que le asignó Bolívar a los libros, a los planes de estudios, a las edificaciones escolares, a las estadísticas, a la enseñanza de las lenguas, a la enseñanza de las matemáticas, al aprendizaje de oficios, al buen uso de la memoria, a la enseñanza de la lectura, al conocimiento de la legislación universal, a la erradicación de las prácticas colonialistas, al uso de premios y castigos, al valor educativo del error, al cuidado de la salud, al concepto de la disciplina, en fin, a la práctica de la ciudadanía. El memorial dirigido al director de un colegio en Norteamérica donde estudiaba su sobrino Fernando Bolívar redunda en estas ideas, siendo su recomendación que “la historia, a semejanza de los idiomas, debe principiar a aprenderse por lo contemporáneo, para ir remontando por grados hasta los tiempos oscuros de la fábula”; una sugerencia que está a tono con el método retrospectivo en la enseñanza de la historia.

VI. LA INAGOTABLE PRESENCIA

Todo pueblo está hambriento de gloria, de un héroe real o ficticio que libre las batallas que le den tranquilidad y prestancia. También amerita permanencia y resonancia de ese héroe en el tiempo, porque puede ser garantía de unicidad y actualidad para resolver los más acuciosos problemas contemporáneos. El dilema se presenta cuando el portento, el patrón a seguir, en lugar de animarnos en una voluntad edificante, nos convierte en deudos apáticos de una hora que ya fue y de un presente que nos reclama un mayor compromiso por un país más vivible.

La ponderación de la figura y genio de Bolívar en la obra de Arturo Uslar Pietri está impregnada de un gran apasionamiento que no escamotea la significación histórica del gran hombre. Lo califica de *fundador* de nuevas realidades, artífice de la creación americana. Equipara la estatura universal del Libertador con el espíritu americano. Para Arturo Uslar Pietri, Bolívar es más que un hombre-circunstancia, es un hombre-esencia. Para Bolívar lo americano —continúa Uslar Pietri— no es materia inanimada, es realidad dinámica que encierra en sí misma la “clave de nuestro destino” y que debemos necesariamente conocer. En esto estriba su peculiar pensamiento y su acertada acción mundial. Para el Liberador, la América es una síntesis de un devenir culto y bárbaro que signa el acontecer de nuestra sociedad. Bolívar, como hombre de proyectos, es profundamente pragmático, echa mano de los pensadores de la Ilustración, pero convencido de que cada organización social debe tener sus propias fórmulas y sus exclusivas soluciones. Siempre tuvo en cuenta que la crisis del mundo hispano se puede entender como algo más que la ruptura de un sistema político, y la independencia es solo un escalón del verdadero problema.

Uslar Pietri en su artículo “La historia en Bolívar” nos dice:

Él sabe, como nadie, que América no es una nueva España que los peninsulares han estado construyendo con tan tesonera grandeza. Pero sabe también que su historia, que es su ser vivo, está impregnada de hispanismo hasta los tuétanos. Y también sabe que eso que llaman la “civilización”, los hombres de su tiempo y los que han de venir detrás

de ellos, es decir, los ideales políticos y sociales del siglo XVIII francés, son en gran parte incompatibles con la realidad criolla (1990:19).

Bolívar ausculta el enigma americano y utiliza frases directas y enérgicas para asentar su pensamiento arrebatador y revolucionario. Un hombre de pasión por la libertad, modelo para sus herederos, americano con apetito de igualdad y justicia social, que no pudo escapar ayer como hoy del culto de los aduladores. En esto Uslar Pietri es constante; dos claves de nuestra venezolanidad como vector que sigue orientando nuestra historia: el mesianismo y el igualitarismo. Y nos repite:

Bolívar había sabido llevarlo a la grandeza y a la gloria. Cuando volviera otro Bolívar volvería a la grandeza y a la gloria. Las dos pasiones fundamentales del alma popular venezolana: el mesianismo y la igualdad, quedaban vivas y ansiosas trabajando su historia. Bolívar lo ha hecho, para siempre, un pueblo hambriento de grandeza (Ibídem: 26-27).

Bolívar se percata en todo momento de que, además de librar batallas para la emancipación, la verdadera independencia radica en instituciones estables que estén consustanciadas con la realidad económica-social de la América hispana. Por eso explica que el Libertador supo decodificar las peculiaridades del mundo americano. Tuvo conciencia de lo propio de nuestra geografía e historia y, como su mentor Simón Rodríguez, estuvo al tanto de la exclusividad de nuestras instituciones. En su artículo “La hamaca de Bolívar” afirma:

Las concepciones y las teorías aprendidas de Europa o de los Estados Unidos deben adaptarse a las características de los nuevos países. La geografía, la historia, las antiguas leyes, los usos tradicionales de esos pueblos deben ser tenidos en cuenta de manera primordial. Sobre esos hechos deben meditar los legisladores para concebir las instituciones adecuadas (Ibídem: 32).

Para Arturo Uslar Pietri, Bolívar se convierte en el sumo intérprete del alma criolla; una personalidad que ahondó en la esencia de su pueblo y atisbó su posible futuro. El Libertador sabía que la realidad americana era sui géneris, y que no eran suficientes los

aportes de los pensadores europeos y sus útiles concepciones, si no se partía de la premisa de una América distinta que “debía dar sus propias soluciones”. No obstante, nos acota que el Libertador no es un mero ideólogo ni un oportunista del poder:

Detesta a los ideólogos tanto como a los hombres de presa. La independencia no es un fin sino un paso previo. Lo más importante es lo que ha de venir después: la organización del mundo de Colón en poderosa estructura política, donde quepan las realidades y las esperanzas sin daño y sin engaño (Ibídem: 36).

Bolívar funge como un verdadero conductor de pueblos; un ciudadano de mensaje permanente para un mundo de hombres libres. Es una personalidad ecuménica; luchador por la democracia y la imperiosa unidad de los pueblos. Su estampa es la de un visionario, un hombre que está más allá de la inmediatez; es un preocupado no solo por su presente, sino por la perdurabilidad de su obra. En su artículo “El mensaje de Angostura”, Uslar Pietri es categórico:

Piensa en términos de continentes, de nuevas y poderosas instituciones, de humanidad, de libertad para los hombres, de justicia y de poder verdadero y respetable para las nuevas naciones. Piensa en la unión de los países americanos, en la creación de un nuevo derecho, en un nuevo y más justo equilibrio del mundo con una América libre y rica que pudiera “mostrar al Mundo Antiguo la majestad del Mundo Moderno” (Ibídem: 47).

Bolívar no es un cándido soñador. Está convencido de que la libertad como la justicia no es el producto de leyes y decretos, sino que tanto el pasado como la dinámica social tiene gran responsabilidad en la creación de una sociedad más armónica. El asunto cardinal de la identidad y la afirmación de la dignidad humana son dos de los grandes aportes para la tradición democrática defendida por el Libertador, en la que la educación concebida integralmente tiene la última palabra, siendo, a su vez, la primera de nuestras necesidades en un horizonte republicano. En “El mensaje de Angostura” –agrega–:

Ante un mundo que miraba la esclavitud como una institución legítima y que aceptaba y practicaba el tráfico negrero como comercio lícito, el hombre que se enorgullecía, más que de ninguna otra cosa, de ser llamado el Libertador, dijo medio siglo antes que Lincoln, que “no se puede ser libre y esclavo a la vez” y alzó la voz quebrada de emoción para exclamar: “Yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República” (Ibídem: 57).

Para Uslar Pietri, Bolívar planteó la necesidad de crear una sociedad nueva y un pueblo despierto; un gentilicio solidario y fortalecido por los lazos inquebrantables de la unión. La unidad fue su objetivo fundamental, luchando –además de las distancias insalvables de pueblos y barrancos– contra las mentalidades de campanarios. De tal modo, el Libertador se suscribe de fondo más que de forma a los planes del Precursor Francisco de Miranda y de la élite pensante de los hombres de 1810. En este sentido, la independencia debe entenderse como “el comienzo de un nuevo tiempo histórico”. Por lo tanto, la figura del Libertador es de una riqueza inagotable. Sobre esta idea, Uslar Pietri en su artículo “Al encuentro con Bolívar” es muy conciso:

Lo bolivariano sigue siendo la concepción de una democracia ajustada a nuestra realidad histórica y social, de una centralización de los recursos y de las acciones para alcanzar los fines fundamentales de la asociación, de una moral de servicio público al cual deben atender todos los esfuerzos y los recursos. Para nadie que conozca, aunque sea superficialmente, su pensamiento y su lucha puede ser difícil imaginar lo que el Libertador haría o diría antes de las cuestiones que se plantean en nuestro presente. Podemos imaginar muy bien lo que defendería y lo que combatiría. De hecho lo ha estado haciendo hora por hora a lo largo de nuestra evolución nacional y no podemos dudar, ni un momento, de lo que pensaría de muchas de nuestras cosas; no a la luz añeja de ideas y conceptos de otra época, sino en la vigencia permanente de una moral pública irreprochable, de una finalidad de hacer nación para el bien con justicia y de hacer de todos los ciudadanos, no solo por el derecho otorgado, sino por el esfuerzo contribuido al progreso común (Ibídem: 167-168).

Uslar Pietri hace gala de un Bolívar que aún nos reprocha cuando nos desviamos en el camino de la grandeza. No huye el autor de una concepción extremadamente idealista de la historia y de uno de sus personajes más controversiales, al mismo tiempo que no niega su actualidad en la Venezuela de finales y comienzos de siglos.

VII. POLÍTICO CREADOR

En José Luis Salcedo Bastardo son tres los elementos integradores de la personalidad del futuro Libertador: los maestros, los viajes y las lecturas. Como representante de la nobleza territorial de la colonia, fue educado por preceptores de grandes dotes que marcaron significativamente su carácter como líder. María Concepción Palacios y posteriormente sus otros parientes se abnegaron, desde sus primeros pasos, por aprovisionarlo de educadores de primera, logrando contar con la asistencia de Guillermo Pelgrón, Fernando Vides, Andrés Bello, el Padre Andújar y, por supuesto, Simón Rodríguez.

Para Salcedo Bastardo, como para otros estudiosos de Bolívar, Simón Rodríguez fue por antonomasia el maestro del Libertador, preceptor bastante excéntrico que logró separarlo de la realidad tradicional y sus fundamentaciones escolásticas. Fue Rodríguez quien le proporcionó al joven una óptica creadora y lo aproximó a su vocación futura. La semejanza entre dos fuertes y díscolos temperamentos facilitó la sólida amistad que se mantendría toda la vida. En la adolescencia y en el umbral de la adultez de Bolívar, Rodríguez ejerció benéfica influencia, como el Libertador referiría en diferentes oportunidades. Sin embargo, no niega Salcedo Bastardo el aporte del marqués de Ustáriz en el inquieto blanco criollo en su estadía en Madrid. Todo apunta a suponer que Bolívar tuvo una educación integral, resultado de la conjugación de lecciones de esgrima, equitación y baile, acompañados de sesudos análisis políticos. También es imponderable el valor formativo de los viajes; la apertura mental contra cualquier dogmatismo perturbador, la tolerancia hacia los otros, el respeto a las diferentes culturas y costumbres, son algunas de sus fortalezas. Los viajes son herramientas para la “renovación espiritual” del intranquilo hidalgo. Tres viajes realizó Bolívar a la Europa de su momento con la intención de “elaborar su destino”. Vivirá –y sufrirá– en el Viejo Continente siete años y dos meses, sin contar sus actuaciones en el contexto de la guerra de la Independencia. Salcedo Bastardo puntualiza:

Recorre a pie, a caballo, en flecheras, bergantines, goletas, etc.; la mayor porción del continente americano. Boston y La Plata fueron los puntos más septentrional y meridional del itinerario bolivariano. Él tuvo la vivencia exacta de la patria americana; la sintió íntegramente y siempre estuvo donde fue necesaria su presencia (1981:56-57).

El hábito de la lectura será un imperativo en su forjamiento de carácter, siendo asombrosa su voracidad lectora. Los clásicos de la Antigüedad, griegos y romanos; clásicos modernos de España, Francia, Italia e Inglaterra; filósofos, políticos, naturalistas, astrónomos y economistas, se encuentran entre sus inclinaciones. Los enciclopedistas e ideólogos de la Revolución francesa son de gran notoriedad en el ideal bolivariano:

Montesquieu sobre todos, Rousseau, D'Alembert, Condillac, Voltaire. Además Cervantes, Locke, Helvetius, Ossian, Goguet, Llorente, Napoleón, Rollin, Berthot, De Pradt, Filangieri, Mahon, La Fontaine, Constant, *Mme. Staél*, Grotius, Montholon, Arrien, Sismondi, etc. En parte de sus libros, que regala a Tomás C. de Mosquera en 1828, se encuentran los más diversos títulos. Claro índice de que su cultura no era unilateral es, además de los autores citados, la siguiente diversidad de títulos, idiomas y materias de su biblioteca: *Épocas de l' Histoire de Pruse, Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán; Description Générale de la Chine, Dictionnaire Géographique, Voyage to the South Atlantic, Gramática Italiana, Diccionario de la Academia, New Dictionary Spanish and English, Enciclopédie des enfants, Life of Scipio, Mémoires du Général Rapp, Medias Anatas y Janzaz del Perú, Cours Politique et Diplomatique de Bonaparte, Espíritu del Derecho, Influence des Gouvernements, Congreso de Viena, Viaje de Anacarsis, Fetes et courtisanes de la Grèce, Code of Laws of the Republic of Colombia* (Ibidem: 57-58).

Pero no solo cultura libresca tuvo Bolívar, Salcedo Bastardo encuentra en el futuro Libertador los rasgos de un psicólogo social, un conocedor profundo de la personalidad de sus contemporáneos, un hombre de la moral y de la justicia; esta última vista como la “reina de las virtudes republicanas”, como lo dejó asentado. Como pensador se nutrió de las referencias intelectuales de su momento, buscaba insumos para la edificación de la América libre. Para Salcedo Bastardo, Bolívar fue un verdadero revolucionario:

Bolívar concibe e impulsa la Revolución americana como una empresa orgánica que ha de marchar simultáneamente por cinco vías y con sendos objetivos convergentes. En el orden político se trata de la emancipación, ruptura de los vínculos políticos con la corona española; nacimiento público de una magna entidad nueva; conquista de la libertad y de la autonomía. En el orden económico aspira a sustituir la estructura agraria del esclavismo por el salario del régimen monetario; trabaja decidido por la justicia en la distribución de los bienes; apunta a la independencia económica por la distribución de la tierra a los propios trabajadores; esto es, situar los medios de producción en las manos de los verdaderos agentes; y tiende a la nacionalización de la riqueza minera. En lo social —conjunta e indisolublemente ligado a lo económico— se pronuncia por la abolición absoluta de la esclavitud y de los privilegios; la meta es reivindicar la dignidad humana, eliminar las diferencias sociales: liberar a los negros, redimir a los indios, propender a la superación de los pardos; igualdad para todos (Ibídem: 66-67).

Salcedo Bastardo, al describir el pensamiento revolucionario del Libertador, le adjudica un peso específico a lo jurídico, en su entender, ineludible del “Derecho Americano”; ese formidable instrumento para la defensa de las relaciones intercontinentales y el respeto a la ley.

Salcedo Bastardo ve en los temas relacionados con la patria, el gobierno, la unidad y la economía asuntos capitales del pensamiento bolivariano. El concepto de patria tiene una significación trascendental:

La patria es el pueblo, la totalidad social de la cual se produce y a la que se debe servir con preferencia. La idea y la lucha de Bolívar jamás se contradicen porque se orientan en pos de un mismo norte; la empresa bolivariana es, por definición, empresa popular, de absoluta fidelidad revolucionaria, de segura raigambre colectiva. Dista mucho Bolívar de los “demagogos”, su verbo los fustiga y su vida niega. La política lo cautiva y absorbe en cuanto es rectitud, lealtad y vocación por lo popular, interpretación de un recio clima colectivo (Ibídem: 99).

Para Bolívar *la patria es América*; es un territorio emancipado que debe ser independiente, diciéndonos de esta manera que

el rompimiento con España es únicamente el comienzo de una liberación total, pero que esta no puede ser obra de una sola generación. Para alcanzar la independencia plena se requieren muchas armas, siendo el gobierno, con su colectividad consciente, dos mecanismos impulsores de la revolución continental. Para ello es necesario edificar un gobierno justo, republicano, fuerte, estable, civilista, democrático, popular y sencillo; educador de su pueblo digno. Un gobierno respetuoso de las elecciones, de la libertad de culto, a favor de la unidad de nuestra América, con sinceras intenciones políticas, partidario de una economía próspera, alejado de peculados, apologista del reparto igualitario de la tierra, protector de la agricultura, enemigo de la burocracia y el contrabando.

BALANCE

Santiago Key Ayala (1874-1959) emplaza a los más jóvenes a hacer su propia lectura del Libertador. Como venezolanos “invitados a vivir” deben descubrir la verdad: los hombres grandes también tienen pequeñeces. Aconseja el escritor venezolano no dejarse engañar con una deificación perniciosa que nos aleja de su vida ejemplar. Bolívar es un espíritu altruista y forjador de la moral colectiva. Un hombre de pensamiento y acción que encontró como única opción la educación integral y la instrucción general para que los pueblos americanos salieran del atraso. Educar hombres y pueblos como instrumento de emancipación del espíritu americano; sería un desacierto creer que por ser un hombre cuya obra está comprendida en los siglos XVIII y XIX, su voz no nos convoca a grandes decisiones. Liberar al Libertador de las patrañas de unos y los oportunismos de otros parece un imperativo de todos los venezolanos. Estudiar su vida es un buen estímulo para un porvenir más provechoso.

Para Mario Briceño Iragorry (1897-1958), Bolívar es la encarnación del espíritu nacionalista que siempre debe animarnos. El Libertador es el digno representante de una parte de nuestra historia a la que no debemos renunciar: el sendero de la grandeza nacional. La semblanza del Libertador es sinónimo de unión, libertad y justicia, valores imperecederos para la impostergable reconstrucción de la Patria. Mario Briceño Iragorry nos presenta a Bolívar como un civilista, partidario de los derechos humanos y la paz social; siempre alejado de la obcecada idea de dictadura y del duro martillo de la violencia, problemas siempre recurrentes en nuestra historia contemporánea.

Las consideraciones de Luis Beltrán Prieto Figueroa (1902-1993) sobre Bolívar nos dan pistas para la comprensión de una Venezuela de cambios, en la cual la educación como proyecto liberador tiene un papel impostergable. Para Prieto Figueroa, en pocas palabras, Bolívar fue un conductor de pueblos; hombre con altibajos que aportó en su vida y obra por la liberación nacional y latinoamericana. Como enemigo jurado de toda opresión e ignorancia, su afán revolucionario se fundamentó en la justicia y la

confianza en el porvenir. Una gran moraleja nos deja el Bolívar de Prieto Figueroa: no habrá cambio social hacia un ciudadano republicano respetuoso de la ley, si el Estado no instrumenta una sistemática teoría pedagógica, y que esta última sea el reflejo de la sociedad que queremos construir. Como se puede deducir, en las disertaciones de este educador se percata en todo momento un magisterio permanente: el de un soñador de una América unida, el de un luchador contra los explotadores, el de un cultivador de la paz del mundo.

El Libertador, en las ponderaciones de Arturo Uslar Pietri (1906-2001), es bastante similar a las anteriores. Uslar Pietri nos dibuja un Bolívar preclaro que siempre fue más allá que sus contemporáneos. Un luchador a favor de la libertad y la unidad para desarrollar armónicamente nuestras potencialidades como “género humano”, y así alcanzar el primer orden en la escena internacional. Bolívar fue un incomprendido que traspasó su eje espacio-temporal con una inimitable voluntad de libertad, en un orden político de franca justicia y reinantes derechos humanos. En Bolívar se combina un hombre de acción y pensamiento, conductor de gentes anhelantes de la libertad y visionario de futuro.

Por su parte, José Luis Salcedo Bastardo (1923-2005) calibra a Bolívar como un revolucionario integral. No hay, en su entender, un aspecto de la vida nacional que su pensamiento y acción haya descuidado. Con una visión que rompe con todas las expectativas de su hora, Bolívar observó –y hacia allí fue su actividad creadora– la patria como todo el continente americano, echando por tierra cualquier artificio separatista interesado. Como político, Bolívar estuvo a favor de los gobiernos progresistas profundamente hermanados con sus pueblos. Si bien el Libertador luchó por la democracia, estuvo consciente de que soltar todas las amarras a un pueblo sin formación cívica era un hecho contraproducente; por ello fue reacio a la idea de la libertad ilimitada, lo que no quiere decir que fuese ganado para la dictadura o monarquía, como cierta historiografía bolivariana nos ha querido hacer ver.

Simón Bolívar en estas cinco rápidas referencias –pese a la evidente carga de romanticismo histórico-social decimonónico de algunos de ellos– nos deja tres moralejas de insoslayable importancia para nuestros días. En primera instancia, Bolívar no es un “perro muerto” que debe estar durmiendo el sueño de los justos.

Mucho tiene que decirnos hoy sobre nuestros más altos fines y la necesidad de resolver nuestros más urgentes problemas, alcanzando las virtudes republicanas que tanto nos exhortó. En segunda instancia, no es un semidiós, es decir, un ser etéreo e inalcanzable al cual solamente podemos rendirle perpetua adoración. Siendo esta la lectura más dominante –quedando los intelectuales evaluados parcialmente librados– sobre el Libertador y su obra, Bolívar es un mortal con su carga de virtudes y errores como todo ser perecedero e imperfecto. Así debe ser estudiado en el contexto histórico, sociopolítico y personal que le tocó vivir. Y por último, la presencia del Libertador en la historia nacional es cónsona con el ideal democrático, y apegada a una verdadera cátedra de civismo alejada de cualquier tendencia tiránica. Estas son tres ideas que nos sugieren cinco ensayistas venezolanos cuando se aproximan a la trascendencia histórica de *El hombre de las dificultades*.

FUENTES CONSULTADAS

- Briceño Irigorri, Mario. (1984). *El caballo de Ledesma*. Colección Letra Viva, de la ed. de 1942. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Briceño Irigorri, Mario. (1985). *La historia como elemento creador de la cultura*. Colección Estudios, Monografía y Ensayos, 67. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Briceño Irigorri, Mario. (1985). “Aviso a los navegantes”. En: *La historia como elemento creador de la Cultura*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Serie Estudios, Monografías y Ensayos, 67, de la ed. de 1953, Caracas.
- Briceño Irigorri, Mario. (1985). “Introducción y defensa de nuestra Historia”. En: *La historia como elemento creador de la Cultura*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Serie Estudios, Monografías y Ensayos, 67, de la ed. de 1952, Caracas.
- Briceño Irigorri, Mario. (1985). “La hora undécima”. En: *La historia como elemento creador de la Cultura*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Serie Estudios, Monografías y Ensayos, 67, de la ed. de 1956. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Briceño Irigorri, Mario. (1994). *Mensaje sin destino*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Key Ayala, Santiago. (2002). *Simón Bolívar. Próceres venezolanos*. Biografías Biblioteca Bohemia, de la ed. de 1942. Caracas.
- Mieres, Antonio. (2001). *Arturo Uslar Pietri y sus aguzadas lanzas historiográficas*. Serie Historiografía, 39. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.

- Mieres, Antonio. (1997). *Mario Briceño Iragorry o la historia como disciplina moral*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos/UCV.
- Miliani, Domingo. (1991). “La vida intelectual en la época de Cipriano Castro”. En: *Cipriano Castro y su época* (Eliás Pino Iturrieta, comp.). Caracas: Monte Ávila Editores.
- Prieto Figueroa, Luis Beltrán. (2006). *El magisterio americano de Bolívar*. Colección Alfredo Maneiro, Serie Pensamiento Social. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Salcedo Bastardo, José Luis. (1981). *Visión y revisión de Bolívar*. Caracas: Monte Ávila Editores, Caracas.
- Torres Iriarte, Alexander. (2002). “Arturo Uslar Pietri, rutilante y dilemático”. En: *Upel Cultural*. Caracas: Instituto Pedagógico de Caracas, n.º 5, año 3, 2002.
- Torres Iriarte, Alexander. (1997, 15 de septiembre). “Don Mario: una voz imposible de callar”. En: *La religión*, Caracas.
- Torres Iriarte, Alexander. (2003, abril-noviembre). “El maestro Prieto: un hombre con los demás”. En: *Extensión al día*. Instituto Pedagógico de Caracas.
- Uslar Pietri, Arturo. (1990). *Bolívar hoy*. 2.^a ed. Colección El Dorado. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.
- Uslar Pietri, Arturo. (1993). *Valores humanos*. Documentos, tomo I. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

CAPÍTULO VII

Entre libertadores te veas

1812: BOLÍVAR Y MIRANDA
EN LA HISTORIOGRAFÍA VENEZOLANA

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Nos atreveríamos a decir que en nuestro imaginario colectivo “patriótico” –para llamarlo de algún modo– existen dos iconografías de gran distribución y uso público, que han sabido calar en el gusto y el respeto de todos los venezolanos. Coincidentalmente tratan un claroscuro de dos grandes hombres puestos en circunstancias opuestas, pero en la polémica época de la emancipación: Simón Bolívar y Francisco de Miranda. Recordemos aquel óleo de José Gil de Castro –pintado en Lima, en 1824– de un Bolívar de cuerpo completo, imponente, triunfador, airoso, seguro de sí mismo, en el momento áureo de su vida; con la mano en la levita a la usanza de Napoleón vencedor, de charreteras doradas y todo, con una hermosa espada en su mano izquierda sobre un piso que hace las veces de un tablero de ajedrez; mientras que por otro lado, tenemos el arquetipo iconográfico más popular de Miranda: el prisionero de la Carraca que pintó Arturo Michelena en la Caracas de 1896. Sería bueno preguntarse qué quiere decir ese Miranda corpulento –el que posó Eduardo Blanco, autor de *Venezuela heroica*–, lanzado en un catre, codo en la almohada, con unos pocos libros a su derecha y una cadena de grillete a su izquierda, mirándonos fijamente. ¿Acaso nos quiere transmitir Michelena a un Miranda que no se amilanó pese a su tragedia? ¿Un lector contumaz que en la medianoche de su existencia nunca dejó de instruirse? ¿Fueron sus últimos libros verdaderamente Horacio, Virgilio, Ciceron, *Don Quijote*, el Ariosto y el Nuevo Testamento, como afirman algunos historiadores? ¿Nos sigue diciendo hasta cuándo el bochinche? Preguntas que no huelgan de quien es considerado el Precursor de la Independencia de Hispanoamérica y del cual vamos a decir algunas cosas, porque nuestro propósito es una invitación a buscar, leer y releer sobre la vida y obra de Francisco de Miranda.

Debemos advertir que el escabroso asunto que brevemente trataremos, Bolívar y Miranda en los días aciagos del año 1812, no es una investigación concluyente sino un ejercicio historiográfico: de cómo la historiografía –entiéndase la correlación entre el hecho histórico y la conciencia nacional– ha evaluado el peliagudo asunto de la “entrega de Miranda a los españoles por Bolívar”; “¿De quién

traicionó a quién?”, como pregunta ripiosa de quien quiere, con cierto morbo, abrazar el equipo de su preferencia. Lo que pretendemos a grandes trazos es ponderar cómo se ha dado un verdadero “salto de garrocha” a una coyuntura política de difícil aprehensión, en la cual los protagonistas son dos figuras que la Historia Patria no ha podido absolutamente reconciliar. Porque esta afirmación no es la habitual retórica a la que estamos acostumbrados a oír en actos solemnes, sino que es de difícil resolución este “bache” que el romanticismo históricosocial, con matiz heroico, de una historiografía comprometida con la independencia y la justificación del rompimiento con el nexo colonial, por miedo o imposibilidad de elegir quién es el santurrón o inmaculado de turno, prefiere evadir. De tal modo que no vamos a referirnos a quién tiene la razón; creemos que sería un reduccionismo ramplón y caricaturesco, propio de los bodrios telenovelescos venezolanos, de hombres y mujeres anodinos totalmente buenos contra totalmente malos, con las excepciones del caso, por supuesto. No creemos que en la historia como en la vida cotidiana hayan hombres que encarnen el sumo bien. Por lo menos no sería biografía histórica sino hagiografía. Los hombres hombres son: honestos o deshonestos en un contexto determinado, pero hombres, al final, insistimos. Miranda y Bolívar, con todo lo que en estatura universal tienen, fueron seres finitos; trascendentes, pero finitos. Aunque hay que decir, parafraseando a José Martí, que hasta el sol tiene mancha; el mezquino ve la mancha, el agradecido ve la luz.

En tal sentido estas notas hacen énfasis de lo sucedido entre Miranda y Bolívar, el crepúsculo para el primero y aurora para el segundo, tomando en cuenta una muestra arbitraria de algunas voces autorizadas sobre el estudio de la vida del Precursor, que nos pueden dar elementos para la comprensión de fenómenos contemporáneos similares y convidarnos al estudio serio sobre el mismo.

I. UN PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO

Miranda es una figura rutilante de la historia; los calificativos huelgan para referirse al criollo universal. Sin embargo, sobre los acontecimientos de la capitulación de San Mateo de 1812 se ha entretejido toda una trama propia de una película de suspenso. El escenario de 1812 es sumamente intrincado. La Primera República, que a tranca y barranca está dando sus primeros pasos, fue la que nació después del 5 de julio de 1811. Las calles de San Mateo a mediados de año 1812 están ocupadas con la efervescencia promonárquica, producto de la ocupación de las tropas de Monteverde. Todavía queda el desagradable recuerdo de aquel funesto terremoto que diezmó el bando patriota que habitaba en ciudades importantes del país, y que sirvió de pretexto al clero para manipular las conciencias de los infortunados. Llega la infausta noticia para los patriotas: el último bastión, Puerto Cabello, ha caído en manos de los realistas. Es en este preciso instante que Miranda acuña aquella manida frase en francés: *la patria está herida en el corazón*.

La fecha es el 30 de junio y en la madrugada dos traidores —acota el autor Manuel Gálvez (1946)—, que prestaban servicio a la República en el Castillo de San Felipe, han dado vítores a Fernando VII, rey de España: uno es el criollo Rafael Hermoso, oficial de Contaduría, y el otro es el español Francisco Fernández Vinoni, subteniente de Milicias, dejado al mando por Bolívar cuando tuvo que alejarse de la guarnición. De tal manera que por traición, palabra que se nos va a hacer familiar, se fraguó la empresa del coronel Bolívar, jefe civil y militar de Puerto Cabello. Pese a las medidas tomadas por el futuro Libertador todo estaba perdido. En su famosa carta que manda a Miranda el 14 de julio, dice salvar su honor aunque se fuera al traste “el último asilo de la libertad”. Según una fuente de gran importancia —el testimonio de Pedro Gual— fue verdaderamente catastrófica la noticia que recibiera aquella tarde de julio el Generalísimo, acompañado del coronel Sata y Bussy y Juan Germán Roscio, quienes en días anteriores aseguraban tener en pocas horas la victoria. El cuadro simplemente es dantesco: Barcelona ha caído en manos de los realistas, en Cumaná los partidarios

del rey van ganando terreno, en Margarita igual; soldados bisonños sostienen la república, las deserciones continúan, el desaliento pulula, el desorden se impone, la confusión está a la orden del día. Bolívar el 12 de julio ratifica el sombrío panorama mediante una lacrimosa misiva aunada a su drama personal: dice tener una deplorable salud y “trece días de insomnio”. Para colmo de calamidades, campea la escasez de víveres y una miseria general. No hay armas ni municiones; además, plena la enemistad de algunos republicanos connotados contra el revolucionario. El inventario sigue: un ejército desbandado, oficiales traidores, perdidos los puertos, la amenaza de negros sublevados, en fin, impera la desconfianza y el miedo. Es en este medio tan hostil que la respuesta es capitular. Un dato que es generalmente obviado es que esta dolorosa medida no es capricho del dictador Miranda, sino producto del consenso de la plana mayor: Casa León, Roscio, Espejo, miembros del Gobierno Federal; Francisco Antonio Paúl, secretario de justicia del Gobierno Provincial de Caracas, y Sata y Bussy, secretario de guerra, no pusieron objeción alguna a la resolución del Precursor. También el miedo a la “pardocracia” es un elemento a considerar; sobre esta situación, Gálvez es categórico:

Si aceptan capitular es por la certeza de que no queda otro remedio. Hombres de selección, republicanos, pero no demócratas, principalmente Miranda, que varias veces manifestara su horror al jacobinismo y al predominio de las clases bajas, han preferido la salvación de la sociedad, bajo el poder de España, a la independencia bajo el poder de los pardos y los negros (Ibídem: 450-451).

Nadie sale al auxilio de Miranda; no se divisa colaboración interna o extranjera, bien sea por falta de convicción política o simplemente por estar sus naturales aliados bajo dominio enemigo. Puerto Cabello, la Costa de Ocumare y Choroni definitivamente están perdidos. De nada valen las negociaciones con Monteverde, si este tiene una agenda oculta. Acusan a Miranda de traidor a la patria y ladrón: dicese que recibió mil onzas de oro del enemigo y veintidós mil pesos del erario público para sí. Así es retenido en La Guaira por Manuel de las Casas, Miguel Peña, Juan Paz Castillo y Simón Bolívar, entre otros. Bolívar, agitado, propone que se le

fusile por traidor. Gálvez explica las posibles causas de la entrega de Miranda a los españoles, a la vez que disculpa a Bolívar:

¿Por qué lo han hecho? Al parecer, algunos de los jefes creen que la prisión de Miranda es la única garantía del cumplimiento de la capitulación. Para otros, el ex Generalísimo puede ser un rehén. No falta quien proceda por venganza. O porque cree ser obra de justicia la prisión de Miranda: es el caso de Bolívar. Pero los que han entregado la ciudad no ponen al prócer, directamente, en manos de los realistas: ellos se limitan a abandonar La Guaira, y allí, en una de las cárceles, queda encerrado el Precursor de la Independencia de América (Ibídem: 460).

II. ÓPTICAS MÚLTIPLES

José Nucete Sardi (1964) coincide, en gran medida, con los argumentos de Manuel Gálvez. Existe toda una atmósfera de sospecha sobre la decisión de capitular de Miranda. Los propios mantuanos están divididos. La desconfianza de quien una vez fue execrado por ser *el hijo de la panadera* aflora en este nefasto momento. La presunción de ser un agente inglés que va a entregar “la causa” a intereses foráneos cobra fuerza en la imaginación de algunos. Pero este autor insiste en que las responsabilidades de la capitulación son compartidas. El marqués del Toro, acérrimo enemigo de Miranda, confabula contra el Generalísimo avivando el odio contra el ahora “extranjero infiltrado”.

José Nucete Sardi reitera la tesis de la traición a Miranda, producto del oportunismo de dos de sus adulantes hombres de confianza, Peña y Casas, y en cierta medida le hace un reclamo al furibundo coronel Bolívar:

Entre los más exaltados —que opinan por el fusilamiento de don Francisco— está el coronel Simón Bolívar, acusándole de traición por capitulación, y sin darse cuenta, quizás, de que Peña y Casas los están traicionando a todos, pues han consumado, cada uno por su lado, la traición de admitir las órdenes del jefe español. Ahora no recuerda el apasionado coronel, que a esa capitulación ha contribuido él mismo al perder a Puerto Cabello en sus manos de militar bravo pero inexperto. Tampoco recuerda que el Generalísimo, pudiendo encontrar la fórmula para castigar aquella imprudencia suya, se ha conformado con decirle, benévolutamente: “Esto hace conocer a los hombres...” (Ibídem: 363).

Existen autores que echan mano al psicoanálisis para explicar las intrigas palaciegas que llevaron a Miranda a la desgracia; también quienes, apelando a interpretaciones casi metafísicas, analizan la entrega de Miranda a los españoles. Desde este ángulo, Diego Córdoba es bastante enfático:

Bolívar no engaña a nadie. Prende a Miranda porque lo cree “un traidor a la patria; no para servir al rey”. Así lo protestará cuando el bondadoso Francisco Iturbe lo fíe con su persona ante el capitán canario para que le entregue el pasaporte. Monteverde no quiere acceder e Iturbe insiste: “Este joven no es más que una calavera. Déjelo que se vaya”. Bolívar, extraordinario temperamento de hombre de acción, recoge toda la angustia colectiva de la patria en peligro y se alza como responsable de su destino. Para un psicoanalista (Adler, Freud), el propio pundonor por haber perdido en sus manos Puerto Cabello, exasperado por las protestas públicas contra el gran error de Miranda al capitular, se le convierte en complejo al abatido coronel, que en el histórico 26 de marzo desafía a la naturaleza y “patea el terremoto”. Lo posee el ímpetu de su personalidad telúrica, la urgencia inaplazable de ser él –Simón Bolívar, 29 años– el que reivindique el honor de la patria y, como lo pensaría Unamuno, descarga su pasión contra el solemne Generalísimo, la montaña que le cierra el paso a la libertad (1967: 137-138).

De igual manera piensa Mariano Picón Salas. Sostiene que lo ocurrido en el año 1812 es digno de ser examinado por un psicólogo, amigo de hilvanar un discurso entendible haciendo uso de las categorías relacionadas con los complejos colectivos y las ciencias de los comportamientos inconscientes. Visto así, el racionalista Miranda no podía decodificar las fuerzas subterráneas que son los verdaderos móviles –invisibles ciertamente– de los grandes fenómenos históricos. Aquí Picón Salas hace gala de su aguda mirada. Los psicodinamismos de siempre: intriga, odio y envidia tienen una página interesantísima en los anales que se escriban sobre la vida de Miranda, y el humanista merideño así lo pone sutilmente en evidencia:

Y es ese el momento dramático en que el discípulo se enfrenta a su maestro; en que el subalterno se siente poseído de un heroico y grande destino, y quiere abrirse paso por sobre toda la ligadura de tradición o amistad. Para recuperar su ímpetu y su alma, en un acto como desesperado de salvación psicológica, Bolívar se cargó de cólera contra Miranda. Y esta cólera, atizada por todas las reacciones del ambiente, lo cura un poco del sentimiento de humillación e inferioridad que le produjera el desastre de Puerto Cabello. Bolívar anhela ahora ser el único dueño de su imperiosa misión. Desde ese momento ya no

tendrá más jefes. Un traidor –Manuel María de las Casas– quien ya espera entregar la plaza de La Guaira a Monteverde, y un resentido, quien cobra su antiguo encono contra Miranda, el licenciado Miguel Peña, comprometen a Bolívar en sus extraños planes. Capitalizan para la conjura toda la irritación psíquica que alberga entonces el alma de Bolívar (1972: 181).

Mariano Picón Salas también le endilga al “camaleónico” marqués Casa de León una responsabilidad en el desastre. Cristóbal Mendoza, pese a estar suscrito casi en su totalidad a las ideas esgrimidas anteriormente, hace una aseveración en descargo del futuro Libertador. Si bien es cierto que Bolívar fustiga la memoria de Miranda en juicios posteriores, nos acota que con la mesura que da el tiempo se refiere de su otrora detractor en los términos más positivos:

Pero el paso de los años y ya coronadas sus gloriosas empresas, Bolívar olvida sus rencores y, volviendo la vista a los momentos felices, no tiene ya memoria sino para los instantes, recogidos por la historia, en que él y Miranda se habían erigido en el símbolo de la Independencia de Hispanoamérica. El hijo de Miranda, Leandro, le había enviado su retrato y Bolívar le contesta: “Él me ha recordado ideas gloriosas y tristes a la vez porque reviven en mis ojos las facciones del ilustre padre” (1978: 159).

Sin lugar a dudas, el historiador venezolano, considerado acucioso investigador sobre Miranda, es Caracciolo Parra Pérez, quien merece un trabajo aparte por su aporte sobre la vida y obra de Miranda en la historiografía venezolana. No se puede soslayar su obra a la hora de evaluar las repercusiones de Miranda en la Primera República. Su juicio sobre el rol jugado por Bolívar en la detención de Miranda es parecido a todos los anteriores. Otros historiadores en verdad toman prestados sus razonamientos. Veamos:

En cuanto a Bolívar, su historia y sus propias declaraciones prueban que, al prender a Miranda, entendía castigar a quien juzgaba traidor a la patria y en manera alguna servir a los realistas. El Libertador, como hemos visto, no trató jamás de excusar su conducta de aquella noche: no justifica sus zarpazos el león (1992: 753).

Para Tomás Polanco Alcántara todo fue un malentendido. El proyecto de Miranda de salir del país para buscar ayuda en Cartagena y seguir la contienda era solamente conocido por el capitán Haynes y por Pedro Gual. El hacer silencio de sus planes alimentó las intrigas de los enemigos en una hora tan desesperada. También se debe sumar la presencia hostigadora de Monteverde, la dispersión del ejército republicano y del supuesto dinero de la venta de la guerra que empeoró el panorama. En el caso –nos dice Polanco Alcántara– que los jefes patriotas hubiesen estado al tanto de sus ideas, otro hubiera sido el desenlace –ratifica.

Gual, en sus anotaciones citadas, escribe que ese arresto de Miranda “habría durado poco tiempo porque una sola explicación habría bastado para disipar los pretextos erróneos con que se había hecho, pero ni aun hubo tiempo para hacerlo. Por una traición, la más infame, aquella plaza estaba vendida al enemigo. El ilustre arrestado y sus arrestadores se encontraban súbitamente prisioneros de guerra o, séalo, del Estado (...) No pertenece a la historia imaginar lo que hubiese pasado si, en lugar de apresar a Miranda, los jefes republicanos unidos en él pudiesen haber organizado la resistencia contra Monteverde o marcharse al extranjero para continuar la lucha (1996: 747).

COMENTARIO FINAL

Seguramente el mantuano Simón Bolívar se crio escuchando acerca de las peripecias de Francisco de Miranda en todas las revoluciones de su momento histórico. Sin embargo, sería en Londres donde prendería aquella fraternal relación entre dos impulsores de la independencia hispanoamericana, cuando Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello viajaran a Inglaterra para buscar ayuda a favor de la causa independentista de 1810. Otro episodio trágico ocurre en La Guaira dos años después, la madrugada del 31 de julio de 1812, cuando el Generalísimo es apresado por quien fuera en otra época su más ferviente admirador. Como se puede inferir, la entrega de Francisco de Miranda representa un verdadero *nudo historiográfico*, en el cual biógrafos mirandinos y bolivarianos se disputan la razón como el más preciado de los tesoros. En las páginas anteriores apreciamos la urdimbre de tan complejos hechos, acompañado de las plumas inquisidoras de algunos y defensoras de otros. Para los apologistas del Precursor, fue un error garrafal del futuro Libertador el deshacerse de Miranda; la inquina y las bajas pasiones tuvieron un papel protagónico en esta espuria acción. El pasaporte para salir de Venezuela, obtenido un mes después de la capitulación, parece ser el pretexto.

Por otro lado, están quienes ven en Miranda un traidor y en el joven coronel Bolívar la hidalguía que más tarde demostró a la hora de la lucha por la emancipación. Son de la idea que la noche en que Miranda acusó de bochincheros a los exaltados revolucionarios, más que anarquía, su retención fue un acto de justicia que en nada impide la proyección de Simón Bolívar como líder indiscutible de la independencia. Y uno tercero: disculpan a Simón Bolívar por ser, en gran medida, víctima indirecta de los enemigos de Miranda, que terminaron utilizándolo para sus inconfesables fines.

Para cerrar, los errores que tanto Miranda y Bolívar pudieron haber cometido, si cometieron alguno, no menguan la grandeza de ambos insignes americanos, sino más bien nos dan una lección de humanidad: aun quienes fungen como paradigmas del espíritu republicano tienen altibajos, caen y se levantan; son ellos y sus circunstancias hasta conseguir sus más altos objetivos. Ayer como hoy, quienes han liderado nuestros procesos de cambio y revolución son seres mortales, para decirlo como el filósofo alemán: humano, demasiado humano.

FUENTES CONSULTADAS

- Córdoba, Diego. (1967). *Miranda, soldado del infortunio*. Caracas: Ediciones Corporación Venezolana de Fomento.
- Gálvez, Manuel. (1946). *Don Francisco de Miranda*. Buenos Aires: Emece Editores.
- Grigulévich Lavretski, José. (1974). *Miranda, la vida del Precursor de la Independencia de América Latina*. Colección Historia, Caracas: Ediciones de la Contraloría.
- Mendoza, Cristóbal. (1978). *Las relaciones entre Bolívar y Miranda*. Caracas: Italgráfica.
- Nucete Sardi, José. (1964). *Aventura y tragedia de Don Francisco de Miranda*. 5.ª ed. aumentada. Biblioteca Popular Venezolana, 91. Caracas: Ediciones Ministerio de Educación.
- Parra Pérez, Caracciolo. (1992). *Historia de la Primera República*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Picón Salas, Mariano. (1972). *Miranda*. Biblioteca Popular El Dorado, 31. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Polanco Alcántara, Tomás. (1996). *Francisco de Miranda: ¿Don Juan o Don Quijote?* Caracas: Ediciones GE.
- Quintero, Inés. (2006). *Francisco de Miranda*. Biblioteca Biográfica Venezolana, 25. Caracas: *El Nacional*//Banco del Caribe.

CAPÍTULO VIII

**De la traición española
al deseo de libertad**

A MODO DE INTRODUCCIÓN

La Independencia, desde el punto de vista historiográfico, ha sido uno de los momentos más polémicos de la historia del país; período muy controvertido y susceptible de diferentes lecturas, algunas ciertamente antitéticas. Su dificultad aumenta cuando nos percatamos de que es exactamente en este momento decisivo de nuestro tránsito histórico cuando surge una especie de “conciencia nacional”, ese algo que nos dice que somos más que una mera extensión de España. Y es en este ambiente del despertar de la “venezolanidad” –valga el término– en que la historiografía emerge como un vehículo efectivo para bien-decir del rompimiento del vínculo con la metrópoli, lo que trajo como consecuencia un pugilato, no del todo resuelto, entre patriotas versus españoles. Esto devino, con sus profundas peculiaridades, en el culto al héroe máximo Simón Bolívar y en una interpretación mitopoética de la emancipación suramericana. Toda una épica bolivariana; una auténtica liturgia cívica atraviesa nuestros estudios históricos. Esto lo decimos sin desmedro a la estatura universal del mantuano caraqueño.

Positivistas, marxistas, revisionistas, eclécticos y otros harán lo propio en un filón historiográfico que está siendo revisitado con escarpelos más imparciales e interesantes, sin caer en ningún momento en la negación de la gesta independentista todavía inconclusa. La historia regional, historia de las ideas políticas, historia de lo político, historia cultural, historia de las mentalidades y representaciones, historia de los movimientos silenciados, análisis del discurso, etc., abren un gran abanico sobre lo que al examen de la Independencia venezolana se refiere. Los siguientes apuntes buscan recrear sintéticamente aspectos básicos de la Independencia a la luz de los estudios históricos en Venezuela.

I. LA TRAICIÓN ESPAÑOLA

En Venezuela, la historia como disciplina que estudia la sociedad nace imbricada al contexto de la guerra y al candente debate político. Es una hija realenga de las bayonetas y las proclamas de un conflicto fundacional todavía examinado, y ya podemos suponer lo que eso significa. Piénsese, por ejemplo, en Juan Germán Roscio o José Félix Sosa, acérrimos defensores de nuestra causa patriótica del siglo XIX. Exponentes —los dos nombrados y muchos otros— de una generación que desaprobó la colonización española y exaltó la independencia como la panacea de todos los males. Dicho de otro modo, la historiografía venezolana enmarcada en la Independencia surge como un arma que busca justificar el rompimiento con el nexo colonial, más que crear una conciencia nacional. Y esta afirmación es de importancia capital para decir algunas cosas de Francisco Javier Yanes.

Francisco Javier Yanes (1776-1842), considerado por Vicente Lecuna como “el padre de nuestra historia”, fue miembro de la Sociedad Patriótica, diputado suscriptor de la primera Constitución Federal de Venezuela y presidente del Congreso de 1811. Tuvo una visión epifánica y partidaria de la Independencia, que resumiremos en esta primera parte y que nos dará pista para comprender la complejidad de un fenómeno que todavía nos persigue: el de mirar la emancipación —a través de un maniqueísmo ideologizante, no del todo superado— como lucha de grupos irreconciliables en la cual la desaparición física del español parece ser el único motivo. Obras como el *Compendio de la historia desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado Independiente*, y su *Relación de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado Independiente hasta el año de 1821*, publicadas en 1840 y 1842, respectivamente, nos revelan delicados criterios de Yanes a la hora de evaluar todo lo referente a la “Madre Patria”.

Yanes fue cultor de una historia definida en su *Compendio* como “testimonio de los pueblos, antorcha de la verdad, maestra de la vida y pregonera de la antigüedad” (1944: xvi); saber nunca alejado de la lucha social pese a todo el alarde científico que se hiciera. Disciplina que compara los tiempos, investiga las tradiciones, examina “los documentos y actos públicos” y reflexiona sobre los “males de

los pueblos” (Ídem). Conocimiento que si bien en las monarquías se veía como un *divertimento* propio de la educación liberal de las clases pudientes, “en las repúblicas, donde todos los ciudadanos ejercen parte de la soberanía popular y pueden ser llamados a los primeros puestos, debe considerarse como una absoluta necesidad” (Íbidem: xvii). No escondía Yanes que la causa republicana pedía a gritos una Historia Patria que debía ser conocida por todo el pueblo; una historia que repudiara la voráGINE conquistadora, que denunciara a esos hombres “ciegos de codicia y sedientos de oro”; que mostrara que el hambre, la viruela y los gusanos era alimañas traídas por los invasores.

Yanes describía a los “buscadores de El Dorado” como seres crueles que arrebataron con alevosía el destino de Venezuela. Violadores que sembraron en estas latitudes el *infierno europeo*. “Sus habitantes vivían en crecido número y eran naturalmente felices con los beneficios producto de la tierra bajo la dirección patriarcal de sus caciques” (Íbidem: 192-193).

Yanes calificaba a los españoles de sangrientos y bárbaros; conquistadores autorizados por los monarcas españoles para hacer esclavos a los indígenas que se rehusaran al yugo de la obediencia. La perfidia y el engaño fueron herramientas de los usurpadores a lo largo de tres siglos. Por eso la libertad fue demanda, porque venía a lugar para reivindicar la propiedad y el derecho enajenado por el extranjero: “Era, pues, justo y conforme al derecho natural que se usase de sus derechos cuando pudiese recobrarlos. Sufrió por espacio de trescientos años el despotismo, videncias, depredaciones y escándalos de los sátrapas que enviaba la corte para aniquilarla, y siempre resplandeció una respetuosa obediencia al soberano, porque se creía incapaz de aprobar tales excesos” (Íbidem: 194).

Yanes afirmaba que Venezuela era fiel a Fernando VII y que el pueblo manifestó públicamente su hostilidad a los franceses; además—continuaba—si el 19 de abril se apartó de la Regencia de Cádiz fue por su carácter ilegítimo como había sido el de la Junta Central y la de Sevilla. Pero España nuevamente pagó mal; por eso se daban las revoluciones, insistía, por dos causas fundamentales: el despotismo de los soberanos o los malos gobiernos. En su afán de abogar por la independencia a toda costa, Yanes termina aprobando incluso uno de los hechos más reprochados del Libertador: el Decreto de Guerra a Muerte de 1813.

La conducta atroz de Monteverde y sus subalternos en Baragua, San Juan de los Morros, Calabozo, Nutrias y otras localidades, fue

el antecedente más inmediato de la guerra a muerte, según Yanes. El agobio, las prisiones, las multas y las exacciones que sufrieron los que con ímpetu lucharon por la libertad fueron otras causas. La violación del convenio de San Mateo por el gobernador de Trinidad, *Mr. Williams Monro*, así lo evidencia. ¿Qué decir de la actuación de Zuazola? El teniente, “más inhumano que Cerveris” y discípulo de Antoñanzas, fue destinado por Monteverde a reforzar Cumaná con 300 hombres, contra los patriotas que se habían situado en Maturín, y desde su salida de Cumaná empezó a saquear y quemar las casas y graneros de los habitantes pacíficos. A Zuazola, soldado distinguido del batallón de Caracas, a pesar de toda su crueldad lo renombraron “valeroso y buen español”. Este oficial de Monteverde engañaba con promesas a los patriotas perseguidos y luego violaba las capitulaciones acordadas. Zuazola, después de hacer *befa* y *escarnio* a los republicanos, cortaba sus orejas, desmembraba al cautivo con el hacha y el machete, y otros eran puestos en el cepo y mutilados. Nos sigue diciendo dramáticamente Yanes en su *Relación* que no escaparon ni las mujeres encinta ni los niños del furor del bárbaro (1943: 98-99).

Con interminables descripciones, ratificaba que la guerra atribuida a Bolívar era falaz, en virtud de que fueron los españoles quienes, de hecho, la ejecutaron desde su llegada a estas tierras: “No es preciso remontarse uno a los tiempos de la conquista, en que la guerra sin cuartel y exterminio era la suprema ley de los conquistadores contra los pueblos y personas que no se sometían al dominio del rey, o que procuraban recuperar su perdida independencia y libertad” (Ibídem: 152).

Esta será la tónica de Yanes y otros historiadores venezolanos coetáneos y posteriores –incluyendo en primer momento a los románticos– que pretendían legitimar un proyecto político, a la vez que edificar un sentimiento nacional identificando a España como el enemigo de la patria. Ésa es la preocupación intelectual de Yanes: construir una idea de Independencia como separación absoluta de orígenes y tradiciones de España; argumento que facilitó la propagación de cierta “leyenda negra”. No es gratuito que se apoyase fundamentalmente en los escritos de fray Bartolomé de Las Casas y de José de Oviedo y Baños a la hora de pintar la “inhumana actuación” de los españoles. El problema era y es que también somos España. Yanes niega con la Independencia el pasado; negación en la que la guerra a muerte sirve de ejemplo máximo como una mutilación simbólica, historiográficamente en observancia.

II. ¿GUERRA CIVIL O INTERNACIONAL?

La discusión sobre la Independencia va a encontrar en Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936) y Carlos Irazábal (1907-1991) dos de sus más álgidos exponentes, defenestradores en forma y contenido de muchas de las afirmaciones sostenidas por ilustrados, humanistas, enciclopedistas, liberales, heroicistas, románticos y nacionalistas. Como un movimiento pendular notaremos que la misma pregunta sobre los móviles de la Independencia serán respondidas desde dos puntos de vista, que si bien es cierto pudieran ser consideradas lecturas superadas por lo clásico de sus miradas, exactamente es por su condición de pioneras que deben ser ponderadas. Cualquiera persona encontrará en ambos autores una encomiable consulta de enfoques que se han sabido permear, tanto en el imaginario popular, la celebración de efemérides, las literaturas históricas, como también en la siempre intencionada enseñanza de la historia. De igual modo —es oportuno decirlo— a primera instancia se pone en el tapete una argumentación que a poca gente le gusta: la estrecha relación existente entre la posición política y la concepción historiográfica. ¿Hasta qué punto la “neutralidad axiológica” pregonada por doctos y especialistas es una manera subrepticia de validar inequidades? De estas y otras interrogantes nace, en parte, la razón de ser de este segundo matiz de la Independencia.

En Vallenilla Lanz la presencia de filosofías refractadas de Augusto Comte, Herbert Spencer, John Stuart Mill, Charles Darwin, Hippolyte Taine, entre otros, servirán de soportes para la explicación del devenir nacional. Nuestra historiografía no puede mirar de soslayo al autor del polémico *Cesarismo democrático* (1919), que con otros renombrados títulos como *Crítica de sinceridad y exactitud* (1921), *Disgregación e Integración* (1930), etc., generó un punto de inflexión en la interpretación de la historia venezolana. En los ensayos de impecable estilo y los artículos enjundiosos, ciertamente pesimistas, Vallenilla Lanz reduce a los sectores más humildes a la condición de masas anárquicas proclives al personalismo y a los más abyectos despotismos. Por su parte Irazábal, detractor de la dictadura andina y marxista de convicción, dará respuesta desde una historia más militante al celebrado autor progomecista. Irazábal, como defensor de los partidos políticos en los cuales encontraba las plataformas naturales para el afianzamiento

democrático, culpabiliza, con cierto esquematismo, al latifundismo y al caudillismo de ser lacras que han alimentado el atraso económico nacional. Sus celebérrimos *Hacia la democracia* (1939) y *Venezuela esclava y feudal* (1961), más el primero que el segundo, son una reacción tardía al redactor de *El Nuevo Diario*.

El talante intelectual de Vallenilla Lanz está enmarcado en el paradigma positivista, si bien esta aseveración será siempre discutible como lo han dejado expuesto sus más acuciosos investigadores. Sea positivismo o científicismo, no podemos negar la asunción de un conjunto de postulados que ejercen gran influjo en el estudio de la realidad doméstica. Por ejemplo, la creencia de la sociedad como una estructura con sus fases de crecimiento y maduración —como todo “organismo vivo”—, siempre domeñada por leyes inexorables de progreso social, es uno de los principios rectores que se percata a primera vista en Vallenilla Lanz. La sociedad sujeta a normas necesarias, ascendentes, cuasinaturales, que nos hacen pensar que nos dirigimos de orden simple a orden complejo, son ejes transversales del pensamiento de este escritor. Si hay direccionalidad del desarrollo histórico, entonces existen tipologías o razas —productos, a su vez, de la tradición y el medio geográfico, lo que no oculta la raigambre biologista del modelo— más avanzadas unas que otras. Este lente etnocéntrico aúpa la idea de que existen grupos acreedores exclusivos de la *cultura superior* que deben servir de patrones de la civilización y de luces a los subalternos. Esta expresión eurocéntrica está a favor de la inmigración selectiva europea (transfusión sanguínea) y de programas educativos como palancas del avance social. Esto explica la tajante afirmación de que la historia de Venezuela arranca con el tercer viaje de Cristóbal Colón, y que debido a nuestro legado cultural y a nuestros “instintos políticos” las mejores constituciones nacionales y leyes escritas sean letras muertas. ¿Qué puede salir de la mezcolanza de lo peor de España, presos sifilíticos de Puerto de Palo, el “indio ignorante” y el negro “flojo”? Las respuestas de Vallenilla Lanz, como de una pléyade de intelectuales venezolanos, serán fuerzas disgregadoras, impulsos anarquizantes, caudillos. De tener esto por cierto, entonces se requiere un gran loquero; una mano dura que para bien del conjunto social minimice la influencia autodestructiva de gamonales, huestes, caciques y afines. Es imperativo un gendarme necesario. Estas, con sus aristas, son las líneas gruesas en las cuales se inscribe la corriente historiográfica defendida por Laureano Vallenilla Lanz. Como se puede

inferir, son supuestos antagónicos de la óptica de Carlos Irazábal. Si para Vallenilla Lanz la “flaca voluntad humana” está subordinada a indeclinables designios de los elementos, para Irazábal el hombre es un actor muy consciente de su papel en la historia; no es un agente pasivo y referencial en el teatro de las luchas sociales. La historia como proceso indetenible no es mera evolución, sino revoluciones en las cuales el *medio geográfico, la población y la densidad de producción* tienen la última palabra. Las revoluciones son fenómenos inherentes a la realidad concreta, siempre dinámica y contradictoria.

Vallenilla Lanz es taxativo y bastante provocador: esa cacareada guerra de Independencia, “a la que le debemos el bien inestimable de llamarnos ciudadanos en una nación y no colonos, puede colocarse en la última categoría de cualquiera de nuestras frecuentes matanzas” (1994: 39). Aunque hoy parezca una perogrullada, hace más de nueve décadas era temeraria la idea de que la guerra de la Independencia fuera una guerra intestina; hipótesis que gozaba de poca simpatía en los círculos intelectuales. Empezando por llamar “matazón” en lugar de sacrificio, entrega o inmolación a la guerra que garantizaría la libertad misma de nuestro pueblo. “Matazón” es ya de por sí una voz peyorativa y este, es en parte, el carácter provocador al cual nos referimos. Vallenilla Lanz desdice de la naturaleza internacional de la “gesta emancipadora” defendida por los historiadores de otrora, señalándonos que si bien la guerra es parte de la “evolución progresiva de la humanidad”, es poquísimamente lo que podemos esperar de un acontecimiento en que el “determinismo sociológico” impone las reglas del juego. Es así como la guerra es una fatalidad en la que el hombre es un prisionero. Para sustentar su tesis, Vallenilla explica que un grueso de los soldados que integraron los ejércitos realistas fueron americanos. En todo caso, insiste, es una hiperbolización romántica el pintar cuadros sangrientos de héroes contra villanos; no hubo enfrentamientos masivos entre los nacionales y los extranjeros: “Los hombres que mandaron las montoneras delincuentes de aquellos años, aunque isleños y peninsulares muchos de ellos, tenían largos años de residencia en el país” (Ibíd.: 42). Vallenilla aduce la antipatía que albergaba el pueblo llano a la causa independentista y se vale de los testimonios de Rafael Urdaneta y Simón Bolívar, entre otros, siendo este último categórico en su Manifiesto de Carúpano de 1814, cuando dice: “Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro

seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares y os han condenado a la expatriación...” (Ibíd.: 45).

Vallenilla Lanz no visualiza en ningún momento a un Bolívar que se percata de la popularización de la guerra como garantía de triunfo, sino que se conforma con enfatizar lo errados que estuvieron los ilustrados de la Primera República al considerar que una masa de analfabetas pudieran adquirir el estatus de ciudadanos. Deponer las autoridades coloniales trajo como consecuencia la anarquía y los resentimientos sociales de los grupos explotados. Es así como Vallenilla Lanz impugna la psicología popular por ser caldo de cultivo de “hordas bárbaras”, de “gente feroz y perezosa”, gente ruin incapacitada de ejercitar las tan añoradas virtudes republicanas. ¿El colofón de su razonamiento? La necesidad histórica de Juan Vicente Gómez.

La contestación de Irazábal a Vallenilla pone en evidencia dos tendencias antagónicas a la hora de reinterpretar la Independencia. Porque veremos que en Irazábal la guerra de la Independencia es una guerra librada contra el “yugo español”; como reza nuestro himno nacional, es una guerra internacional, máxime cuando es expresión de la decadencia del régimen español que después de tres siglos de dominación anunciaba en sus colonias condiciones concretas de extinción. Es en este marco, según Irazábal, que debe ser entendido el rechazo a la Compañía Guipuzcoana por parte de Juan Francisco de León, la insurrección de José Leonardo Chirino, los movimientos revolucionarios de Manuel Gual y José María España, y las expediciones de Francisco de Miranda a mediados del siglo XVIII y la primera década del siglo XIX, respectivamente. Los movimientos preindependentistas fueron tentativas frustradas por ser iniciativas de grupos sociales ajenos a la nobleza territorial. Las duras medidas económicas tomadas por la monarquía española provocaron más fácilmente el contrabando de Inglaterra y Holanda; asimismo, los prejuicios económicos y cierto conservadurismo español que impedían el libre comercio en Hispanoamérica –nos dice Irazábal– aceleraron el rompimiento. El mercantilismo, la piratería, las guerras napoleónicas, la invasión francesa a España, los impuestos, los tributos, etc., fueron factores que favorecieron el ansia emancipatoria. Por otro lado, debido a la discriminación y a la relegación de los blancos criollos por parte de los peninsulares, se prendieron más fácilmente las ideas francesas de los derechos

ciudadanos. En todo caso, lo más resaltante en Irazábal es que si bien reconoce lo que Vallenilla ya había dicho sobre lo impopular de la guerra de Independencia, no lo hace aceptando elementos georraciales, sino exactamente por conciencia de clase. ¿Cómo podrían las masas populares estar a favor de quienes históricamente le habían cerrado el paso a la tan amada igualdad social? Defender la causa del rey, en la creencia de las mayorías, representaba dar al traste con la ignominia de los criollos. Si sumamos a esto un Boves que premiaba a los humildes con los “bienes de los nobles”, ergo, queda claro lo expuesto. Es así como en Irazábal la guerra de la Independencia es la confrontación entre la nobleza territorial y la monarquía española. Irazábal critica agriamente la tesis del gendarme necesario que hace –a su juicio– una descontextualización del pensamiento bolivariano, además de poner en evidencia una incompreensión y desprecio por el pueblo venezolano. Acusa a Gómez y a sus iguales de entreguistas a intereses foráneos, a la vez que señala que democratizando la propiedad de la tierra se puede construir una sociedad más justa sin dictadores de ninguna estirpe.

Si bien ambas miradas pueden ser rebatidas por los estudios historiográficos actuales, no es menos cierto que tanto Laureano Vallenilla Lanz como Carlos Irazábal nos invitan a visitar la Independencia, con categorías que superen moldes rígidos y extraños a nuestros procesos históricos.

III. EL DESEO DE LIBERTAD

No es exagerado decir que después de la muerte de Juan Vicente Gómez explota, además de un pueblo hambriento de justicia, un pensamiento nacional que busca agitadamente sus propios cauces. Su hábitat natural será el taller, la universidad y las agrupaciones políticas emergentes que se sienten llamadas a conducir el rumbo del pueblo venezolano. En este hervidero de ideas, la Historia, en algunas voces autorizadas, cobra inusitada importancia. Esto lo expresa diáfananamente Mariano Picón Salas: "... la historia me interesa no solo en cuanto pasado, sino en cuanto prueba de la psicología del hombre y de las reacciones del grupo social, y en cuanto ayuda a alumbrar también problemas y vivencias contemporáneas" (1983: 657).

Temas axiales, entre ellos la Colonia y la Independencia, son retomados con análisis innovadores y siempre polémicos. Una tesis que suscitó encarnizados intercambios fue la sostenida por César Zumeta, conocida como el "hiato histórico", en la cual explicaba el autor del *Continente enfermo* que la separación existente entre los tres siglos de colonialismo español y la vida republicana era producto de una ruptura total con el pasado. Este punto de vista defendido por Zumeta, en su "Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia" en 1932, era, a su vez, una refutación de los argumentos expuestos por Caracciolo Parra León, quien había subrayado las bondades de la instrucción en el período colonial. Mario Briceño Iragorry, contradiciendo a Zumeta, aclaraba:

El hiato, para admitirse en función histórica, necesitaría presentarse acompañado de un cataclismo geológico o de un asesinato integral, que hubiese borrado del suelo nacional todo elemento de continuidad. En Historia, lejos de existir acontecimientos que pudieran catalogarse como pasmos o silencios en el devenir social, existen metástasis que explican la presencia de procesos que sufrieron retardo en su evolución natural. En Historia no hay censura. Su ley es la continuidad (1992: 40).

En este mismo sentido, Augusto Mijares, Caracciolo Parra Pérez, Tulio Febres Cordero, Rafael García Chuecos, Rufino Blanco

Fombona y Mariano Picón Salas fueron partidarios de una estimación del vínculo colonial sin “prejuicios” de ningún tipo, dictaminando así que la Colonia contribuyó a la formación de la nacionalidad y fue la Independencia, en parte, la culminación de dicho proceso.

Centremos nuestra atención en este caso en un defensor del “hiato histórico” que en su momento dejó caer sentencias de nuestra Colonia e Independencia, que tienen vibrante actualidad. Para Enrique Bernardo Núñez, la Conquista fue funesta y la Independencia sintetiza el anhelo más soñado de los americanos: el ideal de libertad frente a la opresión colonial. Dominación que exterminó en primer momento a nuestros aborígenes. En su artículo titulado “Paraguaipoa”, de su columna “Signos en el tiempo”, el 10 de julio de 1940 dirá:

Los hombres de la conquista vieron a un indio muy diferente al de hoy. Vieron a una raza vigorosa e inteligente que supo resistir al invasor. La resistencia en Venezuela fue larga y tenaz. Los hombres llamados bárbaros por los cronistas asombraron al blanco con su intrepidez. Su raza cayó vencida y se embruteció. El silencio se hizo en su espíritu. No hablemos de las indias de México, Bolivia o Nueva Granada. En Venezuela fueron aniquilados y absorbidos por la población (1987: 18).

La Colonia es una temática fundamental en la obra de Enrique Bernardo Núñez a la hora de sopesar nuestra historia nacional. La reflexión histórica no puede ser esquiva a uno de los problemas más agudos de la contemporaneidad: la prolongación de la conquista, la colonización y la independencia hasta nuestros días; por ello dirá en su “Juicio de Historia de Venezuela”, discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de Historia en 1948:

No nos sería dado hablar de la colonia española sin referirnos a otras colonizaciones posteriores. Hablar de las miserias de ayer y callar las de hoy. De la inversión de capitales coloniales será preciso escribir voluminosos libros. Dos estilos o dos maneras en el fondo semejantes. En tal sentido la Real Compañía Guipuzcoana no difiere mucho de las compañías explotadoras del Petróleo, por ejemplo. Extraen la sustancia, la riqueza de la tierra (1987: 210).

Es tal la similitud de los hechos pasados y su identificación con el presente, que el manifiesto por la Compañía Guipuzcoana “en octubre de 1749, después de la insurrección de Juan Francisco de León, para demostrar sus beneficios, abunda en razones semejantes a las que hoy emplean las últimas (las compañías petroleras)” (Ídem).

Enrique Bernardo Núñez fustiga a los veneradores de la conquista; proceso que si bien trajo lengua, costumbre y fe religiosa, fue a costa de la sangre y el tesoro de los vencidos:

Los métodos de la conquista parecen una barbarie que se opone a otra. Una barbarie que dispone del arcabuz, del caballo y del perro de presa. El diálogo entre el “bárbaro” y “civilizado” es un admirable y complejo drama. El “bárbaro” aparece lleno de buen sentido, armado de razón, de su derecho ante el “civilizado”. A veces hace enmudecer a este, que no tiene otra razón sino la fuerza. En América, como otras tantas veces, el derecho se funda con el despojo de una raza por otra. No es preciso acudir a la “leyenda negra” ni a los enciclopedistas, a quienes tanto debe el pensamiento humano. Basta el testimonio de reales cédulas, de los juicios de residencia, las cartas de gobernadores y obispos, las protestas de los frailes, los mismos reglamentos de la explotación de minas, el sistema de encomiendas y el cobro de los tributos (Ídem).

La Colonia fue la expresión de una historia en la que, más que conversión al cristianismo, se malograron las profundas facultades del ser humano; más que una época de civilización transportada, fue una época de aculturación compulsiva. Contra el hombre americano —categoriza el autor—, con su antepasado indígena, se ha levantado todo un constructo ideológico refrendado por muchos historiadores con el fin de aprobar la conquista y la colonización. El español era inmaculado, mientras que los indígenas eran criminales y viciosos:

Los aborígenes dieron pruebas de grandes virtudes humanas. Coraje, lealtad y sacrificio. Todo lo que más encarece la raza vencedora, todo lo que ennoblece al hombre, puede hallarse entre los vencidos. Nada indica en ellos los signos de una raza inferior. El valor para defender el suelo nativo, el cumplimiento de las nobles leyes de la hospitalidad, el

mismo desprendimiento por el oro, tan encarecido y contradicho por el cristiano y civilizado (Ibídem: 215).

Y es exactamente esa dicotomía, donde los conquistadores son buenos e indígenas malos, la que debe ser erradicada de nuestros discursos mediante un sincero y mesurado examen de la historia nacional. Enrique Bernardo Núñez, haciendo uso de la metáfora, nos dice: “La conquista hace el efecto de la hoz en un campo de heno” (Ibídem: 213). Por esta razón los defensores intelectuales de este proceso deben ser severamente rebatidos:

En los últimos tiempos ha florecido toda una escuela de historiadores que pretende hallar en la colonia no solo motivos estéticos, la poesía del tiempo desvanecido, los mismos orígenes de la nacionalidad, sino un régimen justo, el más apropiado que pueda concebirse para los pueblos americanos. Solo espíritus extraviados por las pasiones pudieron desconocerlo. De otro modo, aseguran, no habría surgido de aquel mundo de sombras una generación tan extraordinaria como la del movimiento emancipador. Pero aquella generación lo fue porque obedeció su sino histórico, el romper con el pasado. Rompía con el pasado y al mismo tiempo le era obediente. Se emancipaba en primer término de las rancias disciplinas con que habían querido sujetarla (Ibídem: 220).

Hace más de seis décadas nos sugería Enrique Bernardo Núñez que la disertación histórica debía estar comprometida contra cualquier acción orientada a la doblegación del espíritu nacional, y que se tradujera en la conquista de ayer y la actitud antinacional de hoy. De tal modo que la conquista, la colonización y la Independencia no eran etapas superadas de nuestra historia, sino que coexistían dialécticamente en el tiempo. Siendo siempre la Independencia la lucha en todos los frentes contra las prácticas despóticas, contra la mentalidad de atraso: enemigos concretos de todo deseo de liberación.

FUENTES CONSULTADAS

- Briceño Iragorry, Mario. (1985). *La Historia como elemento creador de la cultura*. Colección Estudios, Monografía y Ensayos, 67. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Briceño Iragorry, Mario. (1992). *Mensaje sin destino*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Delgado, Antonio (2006). *La Independencia según la visión de dos autores venezolanos*, (mimeografiado), Instituto Pedagógico de Caracas.
- Núñez, Enrique Bernardo (1987). *Novelas y ensayos*. Compilación, prólogo y notas Osvaldo Larrazábal. Cronología y bibliografía R. J. Lovera de Sola. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Irazábal, C. (1979). *Hacia la democracia*. 4.^a ed. Colección Historia. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas,
- Picón Salas, Mariano. (1966). *Suma de Venezuela*. Caracas: Editorial Doña Bárbara C.A.
- Picón Salas, Mariano. (1983). *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Torres Iriarte, Alexander. (2006). *Pasión de actualidad. La visión del país y la concepción de la historia en Enrique Bernardo Núñez*. Premio Concurso Ensayo 2005. Caracas: Fondo Editorial Ipasme.
- Torres Iriarte, Alexander. (2006). *7 Ensayos de Historia de Venezuela*, Fondo Editorial Ipasme, Caracas.
- Vallenilla Lanz, L. (1994). *Cesarismo democrático*. Colección El Dorado. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Yanes, Francisco Javier. (1944), *Compendio de la historia desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado Independiente*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Ediciones Elite.

Yanes, Francisco Javier. (1943), *Relación de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado Independiente hasta el año de 1821*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Ediciones Elite.

CAPÍTULO IX

Afán por comprender

HISTORIA, CULTURA Y REGIÓN
EN PENSADORES VENEZOLANOS

A MODO DE INTRODUCCIÓN

El amor desinteresado por el país pasa por el menester de la mirada introspectiva. Leer y releer realidades, rostros y vías que nos van dando sentido a nuestras hipótesis y sosiego a nuestras incertidumbres. Quizás aquí radica lo excelso del estudio de lo social, en ese debate permanente de lo que entendemos y lo que el más profundo impulso de nuestra espiritualidad quiere que sean las cosas. Por eso es vital retomar senderos, hombres y angustias. Preparar los apuros y asumir las rutas que nos invitan a implementar la razón y la pasión, para lograr el encuentro con lo que fuimos y con lo que seremos. Porque Mario Briceño Iragorry (1897-1958), Mariano Picón Salas (1901-1965), Enrique Bernardo Núñez (1895-1964), Arturo Uslar Pietri (1906-2001) y Eduardo Arcila Farías (1912-1996) fueron —con sus matices y contradicciones— venezolanos de acendradas almas nacionalistas; auscultadores de nuestros más profundos vicios y virtudes que aún gozan de muy buena salud.

Fueron intelectuales; esos *lectores de las cosas por dentro* que contribuyeron con la formación espiritual de su pueblo, como ya lo dijera Enrique Bernardo Núñez en 1939:

Ser intelectuales solamente no es ser nada. Es preciso ser soldados, exploradores, obreros. En la Antigüedad y en siglo XVI los poetas, los escritores, los oradores sabían de esto muy bien. Un hombre sedentario, encerrado en una biblioteca, es poco menos que un hombre inútil. Queda el pensamiento, un trabajo tan fecundo como cualquier otro. Se ha dicho del pensador que es un hombre de acción malgrado (1963: 91).

Hombres que creyeron en esta tierra, conceptualizando el verbo creer no solo como la ciega confianza en algo, sino a la forma helénica como profunda verdad, como conocimiento cierto; en este caso, de que Venezuela puede alcanzar la categoría histórica de país. Sin embargo, debemos decirlo, existe una proverbial terquedad de algunos venezolanos, que muchas veces embelesados por modas extrañas han negado y niegan la existencia de un pensamiento nacional, y se han mofado y se mofan de quienes aupamos las contradictorias sendas de la venezolanidad y la apología de la patria chica. Tan añeja como bizantina discusión tiene muchas

veces oscuros intereses que no valen la pena ahora ser nombrados. Nuestra mejor protección a esta afirmación tan temeraria, a tamaño dislate, es aquilatar nuestros pensadores –mencionamos cinco arbitrariamente, pero son muchos más– en su justa dimensión y hacerles ver que mucho de lo que dijeron nuestros predecesores no es obra de museo, que no son “perros muertos”. Que tienen gran importancia en la nacionalización del conocimiento histórico, que fueron arriesgados teóricos con los cuales podemos tener serias diferencias; pensadores que supieron investigar y escribir y ya por eso son respetables.

Es oportuno advertir que todos estos autores, con sus respectivas tonalidades, estaban signados por lo que ellos calificaron como la *maldición del petróleo*. Vieron y reaccionaron ante el “oro negro” como una calamidad del cielo, como el destino y *fatum* de la tragedia griega. Era una respuesta natural de quienes vinieran de un país de paisajes bucólicos y de cierta candidez provinciana, a una época de urbanizaciones y automóviles. Con el advenimiento de la riqueza petrolera fácil también llegó la mudanza de modales y formas de vida de acento septentrional –entiéndase norteamericano e inglés– en la cotidianidad del venezolano. Este desmontaje de la Venezuela agroexportadora se acompañó de una ostensible crisis moral y política, en la que un pueblo marginado estaba subordinado a los grupos oligárquicos del momento. Esa Venezuela posgomecista oscilaba, como obcecado péndulo, entre el afán de la modernización y la pervivencia de nuestros males seculares, entre un posible ensayo democrático y la imposición de la bota militar. Empero, con sus altibajos, será después de la muerte del tirano de la Mulera cuando se suelten las amarras de los temas sensibles del pensamiento nacional. Dicha eclosión intelectual se va a nutrir de las diásporas de las guerras que asediaron las principales metrópolis del mundo. Fue en la efervescencia de las aulas, de los talleres y de la investigación donde surge una “lectura” de Venezuela y de su historia –llámese revisionista, ecléctica, sincrética, etc.–, siempre alejada del determinismo sociológico de los ideólogos del gomecismo. En esa obra edificadora el sentido histórico será vital; reevaluar la cultura y nuestro destino geográfico comenzó a ser el credo de una nueva religión: ser venezolanos, pese a las épocas menguadas que asolaron el cielo de la patria, como fue el derrocamiento de Rómulo Gallegos en 1948, que condujo al interregno de diez años que trastocó los imperativos de una nueva hora.

I. LA DISCIPLINA GENÉSICA

Cabría preguntarse, como los hombres del siglo XIX, si el pasado es un algo acabado, completo e inmutable. La respuesta afirmativa a esta polémica pregunta nos remite al positivismo en el campo de la historia. Para estos estudiosos, el conocimiento histórico es reflejo fiel de los hechos pasados: no existe interdependencia entre el sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento. Esto, en consecuencia, es una posición pasiva, contemplativa del reflejo propio del modelo mecanicista de boga en el decimonono. El positivismo sostiene que el historiador debe ser imparcial, sin condicionamientos sociales en su percepción de los acontecimientos, y que de los hechos bien documentados surge en sí misma la ciencia histórica. Por eso los positivistas soslayan toda reflexión histórica por considerarla sumamente perjudicial.

En Venezuela, el positivismo —otros prefieren llamarlo cientificismo— fue sui géneris, acrisolando una gama de filosofías refractadas y a veces de postulados contradictorios. El positivismo fue concebido como “renovación del saber”; una mundividencia que tuvo vara alta en las academias desde los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco, alcanzando su esplendor en el gobierno de Juan Vicente Gómez. Pero su apego al postulado de contar los acontecimientos tal como sucedieron, el uso del método experimental, la impronta eurocéntrica y el uso de categorías tales como raza, medio, ambiente; en fin, al adscribirse a los presupuestos epistemológicos de las ciencias naturales, condujo al pesimismo trascendental que terminó justificando la tesis del gendarme necesario. Por lo menos en uno de sus reputados representantes: Laureano Vallenilla Lanz.

En Briceño Iragorry, Picón Salas, Núñez, Uslar Pietri y Arcila Farías, en cambio, la historia no será concebida como el relato inaprensivo del pasado, ni mucho menos arma para el abuso del poder o analgésico adormecedor de conciencias, sino herramienta para amar a la patria, robustecer la nacionalidad y examinar el presente para prepararnos para el porvenir.

Para Briceño Iragorry, la historia es una columna vertebral para emerger de nuestra “crisis de pueblo”. El autor de *El caballo de Ledesma* responsabilizó a la historia de una gran función social, como toma de conciencia para el progreso social, y en todo momento la

observó como dadora de respuestas de nuestra propia existencia. Del desconocimiento del pasado –nos dice– heredamos la incompreensión del presente; por añadidura, más que una disciplina científica y literaria, la historia es una disciplina moral. En su lección inaugural de la Cátedra de Historia de Venezuela en el Instituto Libre de Cultura Popular, el 9 de octubre de 1942, fue enfático:

A los venezolanos nos han acostumbrado a vivir de la gloria de nuestro pasado y poco hemos hecho para acrecentarla y justificarla en la hora presente, debido en gran parte a que hemos estudiado sus hechos sin buscar en ellos esa función permanente de dar tono a nuestra conducta. Hemos preferido el enervante momentáneo de la apoteosis, y el examen de la realidad lo hemos suplantado por el ruido de los aplausos (1998: 95).

La historia está consustanciada con la formación cívica del pueblo, le explica al ciudadano común cómo el estudio del pasado marca el ritmo de su compromiso contemporáneo. Más que saber petrificado es “balance del tiempo”; inventario que no tiene que reflejar solo los traumatismos del desarrollo social que nos dan la impresión de que no hay nada valioso para ser destacado en nuestro devenir como pueblo.

Parecidos criterios tiene Mariano Picón Salas cuando expone en “Antítesis y tesis de nuestra historia”, en *Comprensión de Venezuela* (1948), que es hora de marcar distancia de los preconceptos de esa “pseudociencia marchita”, mal llamada historia, cultivada en un tiempo no muy remoto y proveedora de dogmáticos esquemas muy arraigados en la conciencia del venezolano:

La historia no puede interpretarse solo como la antítesis, como alternancia de gloria y de miseria, de premio o castigo. El hecho histórico tiene una vibración infinitamente más amplia que la que le impone nuestro subjetivismo romántico. Y ver en Venezuela, por ejemplo, una época grandiosa y dorada a la que se opone en claroscuro una época negra, es una forma de ilusión, una metáfora. La turbulencia y la ilegalidad violenta de todo un período de nuestra historia no significa para nosotros ninguna inferioridad específica en relación con cualquier pueblo americano o europeo, sino una explicable etapa de nuestro proceso social. Y aún podemos preguntarnos si esas revueltas

que retardaron nuestro avance material no contribuyeron, desde cierto punto de vista, a solucionar o, cuando menos, a precipitar la solución de otros problemas que sin ellas gravitarían o complicarían más la vida venezolana (1966: 85).

De lo que se trata es de entender que de nuestras reyertas intestinas afloraron también factores positivos, que definen –con razón y conciencia– nuestro carácter en el concierto de naciones hermanas. Ver la historia más allá del maniqueísmo de lo bueno y lo malo es percibir un “signo favorable” para la valoración, incluso técnica, de nuestro país. Historia no es solo pasado, es planificación y voluntad organizadora.

Para Enrique Bernardo Núñez –en el mismo hilo conductor– la historia es una maestra de vida, que es lo mismo que decir pasión de actualidad, como lo dejó plasmado en sus “Juicios sobre Historia de Venezuela”, discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia:

Tucídides escribe la guerra del Peloponeso, no solo porque la considera la más importante de cuantas habían hasta entonces, sino porque deseaba dejar a los siglos futuros la moral sacada de los acontecimientos; convencido de que por la naturaleza de las cosas humanas habrían de repetirse en formas más o menos semejantes. Maquiavelo no estudia historia y no trae a su época los ejemplos de la antigüedad sino con el pensamiento puesto en la liberación de Italia. Así, la historia es pasión de actualidad (1987: 209).

La historia misma puede interpretarse como un gran aprendizaje; tal vez la génesis de nuestros entuertos, reveses y hasta falta de lógica. De tal manera que la historia es el análisis de lo pretérito, para un diálogo comprensivo y fecundo de nuestra contemporaneidad. Enrique Bernardo Núñez invita a una sincera indagación acerca de nosotros mismos: ¿hemos alcanzado realmente la libertad? ¿Se sigue la obra emancipadora? ¿Debemos vivir para el pasado o abriremos nuevos escenarios? En todo caso, las batallas de hoy nos interesan más que las batallas de ayer, cuando la historia que sigue la Independencia es tan importante como la que la precede. Para Enrique Bernardo Núñez, más que afinamiento intelectual o “platónico”, el propósito de la historia es la lección ejemplarizante.

El estudio de los hechos acaecidos —y que son generalmente tergiversados— nos dan sugerencias didáctico-moralizantes para un presente más vivible. Por otro lado, argumenta el autor de *El Hombre de la Levita Gris* que el discurso histórico, aun el que presume de immaculado, reproduce los intereses políticos de los grupos. Por ende, la historia dominante es parcial y esa manera “ascética y docta”, con su gran carga de falsedades, debe ser reescrita. De aquí que el autor nos exhorte al compromiso: “... tenemos que ser parciales por nuestro país”. Pero dicha parcialidad debe estar cimentada en la razón, la justicia y la verdad (Torres, 2006).

Ante la interrogante, ¿para qué sirve la historia?, Eduardo Arcila Farías (1957) nos da una contestación bastante ilustrativa; se trata de una disciplina ineludible de la condición humana, más que un turbio oficio de crípticos eruditos o de prosistas elegantes. Interpelar los hechos pasados es una necesidad que nos permite escrutar lo que vendrá. La *unidad de la historia* es un principio rector del pensamiento de Arcila Farías, lo que no quiere decir un apego a la idea de una evolución cultural en línea recta que considere al hombre-presente superior al Pithecanthropus, al Cro-Magnon o al Neanderthal, nos pone por caso. Entonces, en Arcila Farías la historia es trastrocada en una especie de antropología filosófica: ayuda hoy como ayer la teología a superar el miedo a lo desconocido. Si bien es inútil buscar en ella un recetario para dirigir el comportamiento social de los individuos o sacar un decálogo de buenas conductas, sí ayuda a reducir la posibilidades del error y puede servir de pábulo para vivencias exitosas; para fijar conocimientos sobre experiencias previas, no iguales pero sí parecidas a las antiguas. Sin la historia estuviéramos como en el drama de Sísifo: condenados siempre a empezar. Así, la historia es la base de todo desarrollo y es ontológicamente *pragmática*.

Por su parte, Uslar Pietri la valora como “forma de pensar”, “hacer social”, y como memoria común. Critica la imagen de la historia como leyenda de combates de ángeles contra demonios, como la continuación de escenas de cuadros heroicos o terroríficos que no nos dejan entender cabalmente el pasado. De allí que el 1 de agosto de 1960, en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, fuera diáfano:

Si carecemos de una visión del pasado, suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, careceremos de historia en los dos sentidos: de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente. Vista así, la historia nos resulta la más completa empresa de rescate de la personalidad nacional. Una empresa para la que ciertamente necesitamos despertar a los muertos, pero también desvelar a los vivos para que puedan participar en plenitud en la continuidad creadora del hacer histórico. Es el rescate completo del pasado la condición previa para la completa posesión del presente. Nada menos que esto significa la historia para un pueblo (1992: 489).

Es de notar que dos grandes aportes sobre la utilidad de los estudios históricos nos llegan con gran nitidez del mundo greco-latino y judeocristiano: la creencia de la historia como “maestra de vida” es el primero; y como salvación, como un gran *propósito* que se va consumando en el tiempo, es el segundo. Esa idea de historia como memoria y esperanza, como diálogo fecundo entre el pasado y el presente, es un eje transversal en los pensadores venezolanos tangencialmente tratados. Por supuesto, es necesario adelantar estudios más pormenorizados de los mismos y en este sentido existen algunos trabajos recomendables.

Por ahora, tengamos pendientes sus vidas consagradas al oficio de historiar, sus reproches a la liturgia histórica, sus prédicas en contra del fatalismo histórico y el pesimismo sociológico, y sobre todo, esa mirada de una historia integral para la resolución de problemas contemporáneos. De tal manera que la historia es el hombre-presente, auscultando en el pasado claves, imágenes, ideas y representaciones que le den herramientas para avanzar. Vemos atrás, buscando una mirada aprobadora del rumbo que decidiremos en lo inmediato a seguir. Se desnaturaliza la historia cuando se regodea de momias enmohecidas que no nos proyectan sobre nuestro mañana.

II. EL LABERINTO

Es hartamente conocido que lo cultural entraña gran complejidad temática. Desde los albores del siglo XIX, cuando el inglés Eduard Taylor definió la cultura como “el conjunto complejo que abarca los conocimientos, las creencias, el arte, el derecho, la moral, las costumbres y demás hábitos y aptitudes que el hombre adquiere en cuanto miembro de la sociedad” (Torres, 2007), hasta la actualidad, la cultura es objeto de encarnizados debates. Sabemos que lo cultural se relaciona con procesos significativos del sujeto —que ve, siente, interpreta, actúa— en su realidad social. Las producciones de sentidos, las simbolizaciones, las normas, las cosmovisiones, los códigos, etc., van dando como resultado una práctica social muy específica que modifica o ratifica los patrones de comportamientos. Por eso, la cultura es histórica, es intercambiable, es dialéctica, es producto y factor a la vez. Por eso, además, no puede ser el mero reflejo de las condiciones sociales de los grupos; no es un fenómeno simplemente superestructural.

En la Venezuela de mediados del siglo XX es, sin lugar a dudas, Mariano Picón Salas quien en su discurso de incorporación como individuo de la Academia Nacional de la Historia, titulado “Rumbo y problemática de nuestra Historia” (1947), incita a abrir las compuertas de la historia más allá de la epopeya militar o la contingencia política. El autor de *Viejos y Nuevos Mundos* exhortaba a adoptar parámetros innovadores para la investigación y el uso de las fuentes históricas, siendo la cultura, con honrosas excepciones, tierra baldía. Su verbo, siempre transido de preocupación por Venezuela e Hispanoamérica, abogó por concesiones con otras disciplinas para desmarañar nuestro plexo cultural:

Diríase que la interpretación personal llevada a cabo por nuestros más eximios historiadores requiere ampliarse a la luz de las necesidades y exigencias venezolanas de este momento, con una sistemática tarea de grupo en que colaboren, por igual, lingüistas, antropólogos, folkloristas, etc. Porque el trabajo científico en Venezuela sea puro impulso de vocación, horas de absoluta gratuidad espiritual robadas al apremio económico; tenemos apenas sobre nuestro país un conocimiento

disperso que es preciso perseguir con voracidad de maniático en raros folletos o colecciones de periódicos guardados en alguna hermética biblioteca (1987:32).

Es interesante este canto a lo que hoy llamamos interdisciplinariedad, que realizó hace más de seis décadas nuestro humanista por excelencia. Y es que la demanda de cerrar filas todos los especialistas, independientemente de sus formaciones científicas—recuérdese que se creaba el Departamento de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela—, más que un excentricismo del pensador andino, es el producto del conocimiento profundo de que Venezuela con parcelas teórico-metodológicas no podría ser aprehendida.

Picón Salas nos recuerda que la historia es más que el documento oficial y “el papel escrito”, y que para poder desentrañar la peliaguda realidad nacional se tiene que profundizar en las turbias aguas de la cultura:

Por qué el habla de Cumaná y de la región oriental de Venezuela presenta tanta semejanza con el idioma de Santo Domingo y Puerto Rico; por qué el “papelón” de forma piramidal de la antigua provincia de Caracas se trueca ya al llegar al estado Trujillo en “panela” cuadrada; por qué en los Andes el “requinto” sustituye al “cuatro” como instrumento popular y aún los campesinos de Mérida celebran festejos navideños acompañando sus villancicos y viejas canciones al son de los rústicos violines—caso único en nuestro folclore musical—, he aquí una serie de cuestiones usuales, sensibles a quien recorre el país, y que piden su respuesta a los futuros historiadores de nuestra cultura (Ibídem: 33).

Así, enfatizaba las similitudes de manifestaciones culturales que a primera vista no tenían relación. Por otro lado, la colaboración de diversos especialistas nos da una aproximación más completa de la realidad, no solo como curiosidad investigativa, “sino también para que todo lo que se haga en materia de progreso o reforma social consulte hasta donde sea posible las modalidades locales” (Ibídem: 34). Todo esto pasaba por ensanchar solícitamente las fuentes de la historia, además de rescatar una arista fundamental para decodificar nuestra nacionalidad: el estudio del mundo indígena en una época en la que se soslayaba la indianidad, y en la que se sostenía

el desconcertante apotegma de que el indígena no tiene historia. Es oportuno, nos dice, “la descripción *in situ* de tribus y grupos étnicos antes de que los acabara de dispersar el conquistador, y la extraña problemática que el mundo físico y las sociedades americanas produjeron en el europeo” (Ibídem: 35).

Todo su discurso es un alegato de ir más allá de las fórmulas convencionales. Trascender la historia más inspirada en la *Gaceta Oficial* que en la realidad misma. Por supuesto que esta declaración de principios parecida a la invitación de Febvre en la Escuela de los Annales—a negociar perpetuamente nuevas alianzas entre disciplinas próximas o lejanas; sin fronteras y comportamientos estancos—era una admonición a no desgastarnos en fatuas disertaciones sobre tradición, en un momento en que grandes contingentes de extranjeros llagaban a nuestro país y la fisonomía cultural de Venezuela sufría otra embestida. El nudo gordiano era el petróleo y la transculturación, y ante tan grave dubitación tenían que ser removidos los cimientos del pensamiento nacional. Por eso, tanto Picón Salas como Iragorry—para nombrar solo dos—diferencian tradición como nostalgia de tradición, como valor histórico. No es la tradición de rimbombantes efemérides, micro patrioterismos exagerados, de declarada xenofobia, la que debemos cultivar en Venezuela, sino “conciencia de continuidad histórica”, posiciones reflexivas y combativas en nuestra encrucijada. En este sentido, Mario Briceño Iragorry en *Mensaje sin destino* es elocuente:

Mas no debe entenderse que la tradición sea una actitud estática y conformista, que convierte a los hombres nuevos en meros contempladores de los valores antiguos. La tradición es la onda creadora que va del ayer al mañana, y sin consultarla no crecerán para el porvenir las sociedades. Hay quienes la adversan por confundirla a la ligera con el ánimo retrógrado y fanático de ciertos temperamentos conservadores, opuestos al espíritu de modificación progresiva que cada generación está en el deber de realizar en el orden del perfeccionamiento del legado transmitido por los antecesores. Pero la tradición, lejos de impedir el avance de dicho espíritu, es el módulo que determina su progreso (1992: 43-44).

III. EL MOSAICO

Cualquiera sea su enfoque, la región es asunto neurálgico de la historia regional y local. Son diversos los elementos y factores que permiten que “una porción del espacio terrestre” sea considerada como región, sin negar su grado de desarrollo económico y su relatividad histórica. Una región se define por los vínculos existentes entre sus habitantes, se organiza alrededor de un centro y existe como parte integrante de un conjunto. Luis González y González —maestro de generaciones, autor de *Pueblo en vilo*, libro pionero de la microhistoria en América Latina— despacha el problema de la región de una manera más llana. Sostiene el historiador mexicano que una región es cualquier extensión de tierra que en cierta forma difiera de las áreas vecinas. No debe confundirse la región producto de la acción humana con la natural, siendo esta última un espacio homogéneo, hechura de los ciclos naturales con nula intervención cultural. La región es explicada por su dinamismo, por sus centros y vías de comunicación; de tal modo que una región estará mejor constituida en cuanto mayor importancia relativa tenga el centro, y la preponderancia e influjo que ejerza sobre todo el territorio. También las mutaciones tecnológicas, revoluciones comunicacionales, los cambios económicos y el control social son agentes catalizadores de la evolución del marco regional, como podemos suponer.

La región histórica se define más como un ente cultural, como un fenómeno producto de la acción deliberada y transformadora del hombre sobre el espacio, donde lo natural va perdiendo terreno por el carácter modelador del individuo. En todo caso, hablamos de un metaconcepto o modelo teórico que traspasa las delimitaciones político-administrativas. Como bien se sabe, la ciudad es importantísima con su dinámica exclusiva, con una personalidad muy concreta en la que los lugareños han creado redes de solidaridad, valores, mentalidades y representaciones sociales a lo largo del tiempo, además de un “darse cuenta” de tener una especie, valga el término, de *biografía colectiva común*.

Hacemos esta aclaratoria inicial para llamar la atención de un aspecto que nos parece cardinal: sin llamarlo “región histórica”, en Venezuela a principios y mediados de siglo xx se teorizó acerca de

cierto particularismo geohistórico de los “espacios menores” venezolanos. Si bien no se hizo un trabajo tan sistemático como hoy, sí se tuvo como un factor para la reflexión el oficio de historiar y las tareas pendientes. Como lo dejó asentado Mario Briceño Iragorry en su *Mensaje sin destino* (Ob. cit.): “Ha faltado el ensayo que presente la obra del pueblo civil como factor de hechos constructivos, del mismo modo que para interpretar el valor conjugante de la nacionalidad han faltado las historias parciales de las varias regiones que se juntaron para formar la unidad de la Patria” (1992: 34).

Asimismo, Mariano Picón Salas en su extensa ensayística nos deja muchas radiografías de lo que él mismo denominó “nuevos perfiles venezolanos”. Su preocupación por la cultura del “hábitat” y sus diversos retratos de generaciones, personalidades, anécdotas, ciudades y gentilicios, nos proporcionan una imagen caleidoscópica de la Venezuela mutante. ¿Es que acaso al hablar de “contrastes geopsíquicos” en las semblanzas de sus “andes pacíficos” no nos estaba acercando a claves para una morfología cultural específica? Expresiones como: “Al caliente paisaje del cacao, de las vegas de caña, al sombreado y fresco del café y la gélida paramera del frailejón, correspondían también psiques y actitudes distintas” (1987: 167-168), son una verdadera tesis histórica. O tal vez de manera más explícita cuando al aludir la problemática andina, tanto suya como de sus coetáneos, deja caer un juicio muy sugerente: la región es proyecto de avance social. Decir región es invocar el grito de “vencer la naturaleza” del caraqueño inmortal:

Dentro del plan general de Venezuela quizás se requiere un prospecto de los Andes —considerando los tres estados como región natural y unidad geográfica— que reforeste y recupere las tierras perdidas, racionalice y modifique los cultivos, incorpore a formas modernas de producción el buen instinto artesanal de las gentes y abra todos los caminos necesarios para la conquista económica de ese *hinterland*, que al pie de la serranía forman los llanos barineses y las tierras bajas de la periferia lacustre. Y cuando un gran ferrocarril de penetración se construya —preterido sueño andino de hace más de ochenta años—, las caídas aguas y los blancos chorrerones que se despeñan de los páramos podrán electrificar una industria como la que al pie de los alpes forjó la grandeza de la Italia del norte. En esta soñada Venezuela, Mérida y Trujillo serían el Piemonte, y el Táchira la más ancha Lombardía. Próvidas de

aguas y con ritmo creciente de población, ciudades como San Cristóbal y Mérida ya no se conforman con su arcaico destino rural; quieren ascender a la moderna tecnología. Con mejores rutas y organización económica, el capitalismo —que ya comienza a ser henchido— de una metrópoli mercantil como Maracaibo podría volcarse también sobre la región montañesa. Los Andes tienen no solo frescos paisajes, ríos blancos y lejana corona de nieves perpetuas para reparo y alegría de los turistas, sino esfuerzo humano que —como en toda Venezuela— a veces degeneró en aventura y violencia cuando encontraba obturados los ecuánimes caminos del trabajo pacífico. Y no es cuestión de que cada comarca presente a las otras su lista de agravios y resquemores regionales, sino que todas se identifiquen en la tarea de la patria única (Ibídem: 176).

Ejemplificaba Mariano Picón Salas para refrendar esta idea, cómo la región andina, pese a ser incorporada a la Capitanía General de Venezuela en 1777, permanecía con su conexión ancestral con la Nueva Granada, e incluso en pleno comienzo de la Independencia las familias merideñas y pamplonesas tenían relaciones estables. No hubo tan cacareada unificación política, como dijera más tarde Arcila Farías:

La Cédula de 1777 no hace sino extender esa función militar que ya detentaba desde un comienzo el Gobernador de Caracas, con el solo objeto de atender mejor a la defensa de estos territorios, que anteriormente dependían de jurisdicciones muy remotas (...) De ahí que los gobernadores de Cumaná o de Maracaibo y Barinas se dirijan al Capitán General de Caracas como a su superior en lo militar, y no al Gobernador de Caracas (...) Los gobernadores de las otras provincias, que posteriormente integraron la República, conservaron su autonomía política y solo dependían del Gobernador de Caracas en lo puramente militar... (1966: 12-13).

Picón Salas, así, advertía algo que —sobre todos los cultores de la historia regional y local— es premisa fundamental: extrapolar mecánicamente es negar la diversidad. Lo regional no tiene que ser un mero reflejo de lo nacional.

Para reforzar esta idea, tomemos en cuenta el ensayo de Mariano Picón Salas intitulado “Leyenda y color de Margarita” en su

libro *Comprensión de Venezuela*. Sobre los atributos del paisaje del territorio insular nos dice:

El siena de algunas tierras esperando el agua pluvial: los cerros duros, de vegetación espinosa, coronados de piedras y cardos como guerreros guaiqueríos, y por contraste, la suma dulzura y verdor de los otros valles-oasis (San Juan, el Espíritu Santo) con sus cocales, lechozos y nísperos y su muy florido pañuelo de frutos menores; el mosaico líquido de la Arestinga, aladinesco brazo de mar donde la vegetación, el agua y la luz ensayan todos los colores, y el mar, siempre el mar cabrilleante, vestido cada día de nuevas turquesas y cobaltos, fijan la variedad y policromía de Margarita entre todas las regiones venezolanas (1948: 177).

Ese “mosaico geográfico” se llama de ese modo en honor a Margarita de Austria. El cuadro que nos pinta Picón Salas sobre el “dorado perlífero” nos hace evocar lo real maravilloso de la obra *Cubagua* (1931) de Enrique Bernardo Núñez, quien rompió los moldes de la novelística criolla al conjugar esta tierra de ficción, historia y realidad. En la pluma de Picón Salas palpitan aventureros y avezados guerreros, ágiles y musculosos guaiqueríos, diestros en la flecha y la canoa. Ni el hierro de Marcelo de Villalobos hacia 1530, ni el látigo del mayoral hambriento de ostras y perlas pudo amainar sus admirables bríos. Y la palpitante fémina margariteña no pasa inadvertida en la hermosa crónica del merideño:

Junto al hombre, en paz y en guerra, comparece también la ternura y energía de la mujer margariteña. Al lado de Fajardo estarán siempre los consejos y hábil diplomacia de su madre, la cacica Isabel Charayma, como el heroísmo casi infernal de Arismendi se completa y sublima en la estoica resistencia de Luisa Cáceres. Nunca hubo en Margarita sitio para la mujer indolente y ociosa. Como singular supervivencia de quién sabe qué matriarcado prehistórico, cuando el hombre margariteño rapta a la hembra, acude, para santificar las nupcias, a pedir que su madre bendiga la compañera, en ceremonia que suela preceder a la del matrimonio eclesiástico. Y la misma mano maternal se yergue para desear buenos augurios a la goleta que se lanza al océano, y al grupo de muchachos esforzados a quienes la alta densidad demográfica de la isla y la esperanza de mejor fortuna envían a trabajar y poblar en las

húmedas tierras del Delta del Orinoco o en las petroleras del Zulia y del Oriente (Ibídem: 180).

Pese a toda esta hibridez cultural, el merideño nos bosqueja un “margariteño esencial” que se sigue llamando “cuñao”, concurre animoso ante el sancocho de pescado y sigue defendiendo “el culto de la Virgen del Valle, especie de divinidad maternal y totémica de la Isla” (Ibídem: 181). El margariteño es ese lugareño que entre abrazos, apodos, tuteos y bromas practica el verdadero ejercicio democrático: comparte el mar con sus iguales; ese mar inmenso, esa “zona colectiva de pesca”. La gracia de la danza del “Carite” ablanda la dura jornada.

Leyendo las remembranzas de Picón Salas –al término de la distancia–, sería bueno preguntarnos qué sucedió con el sombrero de paja, el sabroso “ponsigué”, en fin, todos esos elementos que nos recuerdan una margaritañidad extraviada. Todavía hay mucho que investigar sobre esta tierra de embrujos. Picón Salas apunta una realidad tan obvia hoy y que echaba raíces hace más de sesenta años. El “hábitat” isleño fue desplazado. El pescado fresco es una rareza. La explosión de fábricas y comercios saltan a la vista. El turismo es la gran industria. Atras quedó el “yodado pecho guaiquerí de la montaña”; sin embargo, Picón Salas no dejó de ponderarle su gran significación histórica.

UNA NOTA DE CIERRE

La breve consideración sobre la tríada historia, cultura y región en los cinco autores trabajados despierta el sospechoso olor de lo contemporáneo. Estamos ante pensadores que, si bien circunscribieron sus oficios a los años axiales de la Venezuela posgomecista, nos fueron anunciando las ingentes tareas en aras de la comprensión de un país todavía en construcción. El requerimiento de alcanzar la liberación cultural del pueblo venezolano fue la premisa mayor para la edificación de un Estado en intención modernizadora. El apego por entender los recovecos de nuestro ser nacional en el concierto latinoamericano, sentimiento profundamente galvanizado en Mario Briceño Iragorry (1897-1958), Mariano Picón Salas (1901-1965), Enrique Bernardo Núñez (1895-1964), Arturo Uslar Pietri (1906-2001) y Eduardo Arcila Farías (1912-1996), nos ayuda a desmontar los discursos históricos paralizadores y derrotistas y nos explica cómo la problemática cultural es factor concomitante en los derroteros subsiguientes. Una y otra vez nuestros intelectuales fueron insistentes de concebir la cultura como un fenómeno multidimensional, que exigía –ayer como hoy– una visión poliédrica por parte de los estudiosos de lo social. Cultura venezolana –que ya empezaba a ser cultura– a la que la ola perturbadora del petróleo y las entuercas le daba un carácter ciertamente atípico.

Por su parte, la región asistirá como un rango de gran contenido histórico y estratégico; más que como un ente estático y conformista, una pujante acción transformadora. Sin lugar a dudas, a mediados del siglo xx venezolano certificamos la existencia de una multi-Venezuela; es decir, la presencia de un conjunto nacional cuyo dinamismo y complejidad no se puede explicar sin un acercamiento crítico, en el cual el pensamiento holístico nos da el principio orientador: así como la totalidad es más que la suma de las partes, del mismo modo Venezuela es mucho más que el agregado de sus zonas y lugares.

Lo dicho hasta ahora nos autoriza a corroborar la existencia de un pensamiento nacional que, una vez contextualizado en autores y corrientes universales, nos convida a urdir miradas innovadoras, a implementar ópticas emergentes sin prejuicios en las que los connacionales sean tenidos más como creadores y recreadores de tendencias interesantes, que meros receptáculos de doctrinas foráneas.

FUENTES CONSULTADAS

- Arcila Farías, Eduardo. (1957). *Cuatro ensayos de historiografía*, Colección Letras Venezolanas, n.º 5. Caracas: Edime.
- Arcila Farías, Eduardo. (1966). *La intendencia en España y en América*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Bloch, Marc. (1979). *Introducción a la historia*. 9.ª reimp. Breviario del Fondo de Cultura Económica, 64, México.
- Briceño Iragorry, Mario. (1984). *El caballo de Ledesma*. Colección Letra Viva, de la ed. de 1942. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Briceño Iragorry, Mario. (1985). *La historia como elemento creador de la cultura*. Colección Estudios, Monografía y Ensayos, 67. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Briceño Iragorry, Mario. (1992). *Mensaje sin destino*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.
- Burke, Peter (1999). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. España: Editorial Gedisa.
- Carbonell, Charles-Olivier (1986). *La Historiografía* (Traducción de Aurelio Garzón del Camino). México: Fondo de Cultura Económica.
- Núñez, Enrique Bernardo. (1987). *Novelas y ensayos*. Compilación, prólogo y notas Osvaldo Larrazábal. Cronología y bibliografía R. J. Lovera de Sola. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Núñez, Enrique Bernardo. (1963). *Bajo el samán*. Caracas: Tipografía Vargas.

- Picón Salas, Mariano. (1987). *Comprensión de Venezuela*, Publicación de Petróleos de Venezuela y sus empresas filiales, Caracas.
- Picón Salas, Mariano. (1966). *Suma de Venezuela*. Caracas: Editorial Doña Bárbara C.A.
- Torres Iriarte, Alexander. (2005). “Ciencia del Terruño (Notas sobre la historia regional y local)”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, tomo LXXXVIII, n.º 350, Caracas, abril-junio de 2005.
- Torres Iriarte, Alexander. (2006). *Pasión de actualidad. La visión del país y la concepción de la historia en Enrique Bernardo Núñez*, Fondo Editorial Ipasme/ Premio Concurso Ensayo 2005, Caracas.
- Torres Iriarte, Alexander. (2007). “Lo cultural”. En: *Todosadentro*, Semanario Cultural de la República Bolivariana de Venezuela, Caracas, 7 de julio de 2007.
- Uslar Pietri, Arturo. (1992). *Medio milenio de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| PRESENTACIÓN | 9 |
| CAPÍTULO I. LA GRAMÁTICA DE LA OPRESIÓN Cinco notas para una reflexión histórico-cultural en una Venezuela en transformación | |
| A modo de introducción | 15 |
| I. Ellos... el ombligo del mundo | 18 |
| II. Solo los vencedores | 21 |
| III. El macho es el que manda | 24 |
| IV. Mientras más blanca, mejor | 26 |
| V. La chusma no hace la historia | 29 |
| Fuentes consultadas | 31 |
| CAPÍTULO II. EL ORO DE LA DISCORDIA Breves apuntes sobre historia, mito y codicia | |
| Unas palabras iniciales | 35 |
| I. España ejerce el control | 36 |
| II. Amarillos fulgores | 40 |
| III. Hacerse rico de la noche a la mañana | 44 |
| IV. Aguirre, “El Loco” | 46 |
| V. El alucinado Berrío | 49 |
| VI. ¿Un inglés por estas tierras? | 52 |
| Fuentes consultadas | 55 |
| CAPÍTULO III. MÁS QUE UNA FIESTA Estudiantes del 28, preludio de las luchas modernas en Venezuela | |
| A modo de introducción | 59 |
| I. Vientos de cambios | 62 |
| II. Un intento inesperado | 65 |
| III. Los actores hablan | 69 |
| Una nota de cierre | 73 |
| Fuentes consultadas | 74 |

CAPÍTULO IV. ¿EL OTRO SALVAJE?

Los indígenas en tres voces venezolanas

| | |
|---------------------------------|----|
| A modo de introducción | 79 |
| I. “Enemigos de la vida civil” | 83 |
| II. Más emotivos que pensadores | 88 |
| III. La palabra disfrazada | 92 |
| A guisa de cierre | 97 |
| Fuentes consultadas | 98 |

CAPÍTULO V. CUMBOTO O LA HEREDAD NEGATIVA

| | |
|-------------------------------|-----|
| A modo de introducción | 103 |
| I. La voz relegada | 107 |
| II. Los hijos del degredo | 113 |
| III. La clave del “Mensajero” | 116 |
| Fuentes consultadas | 121 |

CAPÍTULO VI. BOLÍVAR POLIÉDRICO

El Libertador en cinco autores venezolanos

| | |
|-------------------------------|-----|
| Palabras iniciales | 125 |
| I. Una vida a imitar | 127 |
| II. El culto palabrero | 130 |
| III. La ejemplaridad creadora | 132 |
| IV. Una lección positiva | 137 |
| V. El perenne magisterio | 140 |
| VI. La inagotable presencia | 143 |
| VII. Político creador | 148 |
| Balance | 152 |
| Fuentes consultadas | 155 |

CAPÍTULO VII. ENTRE LIBERTADORES TEVEAS

1812: Bolívar y Miranda en la historiografía venezolana

| | |
|--------------------------------|-----|
| A modo de introducción | 159 |
| I. Un problema historiográfico | 161 |
| II. Ópticas múltiples | 164 |
| Comentario final | 168 |
| Fuentes consultadas | 169 |

**CAPÍTULO VIII. DE LA TRAICIÓN ESPAÑOLA
AL DESEO DE LIBERTAD**

| | |
|------------------------------------|-----|
| A modo de introducción | 173 |
| I. La traición española | 174 |
| II. ¿Guerra civil o internacional? | 177 |
| III. El deseo de libertad | 182 |
| Fuentes consultadas | 186 |

**CAPÍTULO IX. AFÁN POR COMPRENDER
Historia, cultura y región en pensadores venezolanos**

| | |
|---------------------------|-----|
| A modo de introducción | 191 |
| I. La disciplina genésica | 193 |
| II. El laberinto | 198 |
| III. El Mosaico | 201 |
| Una nota de cierre | 206 |
| Fuentes consultadas | 208 |

Edición digital
Diciembre, 2019
Caracas - Venezuela

La gramática de la opresión intenta adentrarse en los “aspectos neurálgicos” de la historia venezolana. El texto propone el rescate de nuestra historia, pretendiendo excavar las raíces con el objetivo de comprender nuestro presente. El autor hace un repaso a lo largo de nueve nutridas partes abordando la historia desde la manera como se la ha entendido y reducido (“asexuada y de neutralidad axiológica”), pasando por la llegada de los colonizadores, analizando luego la figura controversial de Simón Bolívar y su relación —para el año 1812— con Francisco de Miranda y para finalizar, explica la razón por la cual él considera que nuestro proceso de Independencia, aún hoy, es un hecho inconcluso. Sin duda, es un texto que busca reflexionar sobre las nuevas miradas e interpretaciones de nuestra historia y nuestra cultura.

Alexander Torres Iriarte (Caracas, 1971)

Magíster en Historia de Venezuela Republicana (UCV) y doctor en Cultura y Arte para América Latina y el Caribe (IPC-UPEL). Se ha desempeñado en el ámbito de la docencia como profesor de Historia (IPC-UPEL). Ha sido merecedor del Premio Nacional de Ensayo Ipasme (2005), Premio Historias de Barrio Adentro (2010), Premio Municipal de Periodismo Guillermo García Ponce (2011), Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca (2016). Se ha destacado como miembro de varias instituciones científicas y ha publicado tanto trabajos de investigación en revistas como libros. En la actualidad, es presidente del Centro Nacional de Historia.

